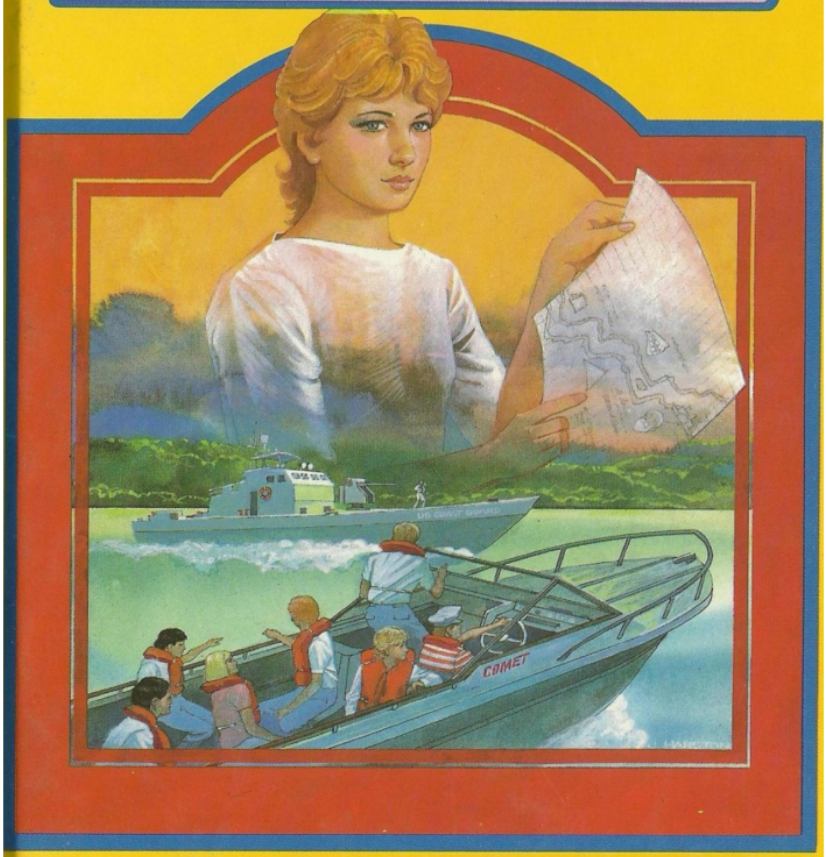
TRIXIE BELDEN

11

MISTERIO EN EL MISSISSIPPI



Durante un viaje a St. Louis, la detective Trixie Belden descubre unos misteriosos papeles en su habitación de hotel y pronto se da cuenta de que ella y sus amigos están siendo seguidos mientras navegan en un remolcador por el río Mississippi.

Kathryn Kenny

Misterio en el Mississippi

Trixie Belden - 11

ePub r1.0
Titivillus 19-11-2018

Título Original: *Trixie Belden and the Mystery on the Mississippi*
Kathryn Kenny, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Promesa de aventura • 1

LA PUERTA DEL COBERTIZO de los Bob-Whites se abrió de golpe, y Trixie Belden, que tenía catorce años, irrumpió con las mejillas sonrosadas, el cabello pajizo desarreglado, y los ojos azules muy abiertos por la curiosidad. Honey Wheeler, su mejor amiga, entró pisándole los talones.

—¿Sabéis qué? —preguntó Trixie a los miembros del club que allí se encontraban.

—¡Te viene siguiendo un oso negro! —dijo su hermano Mart, y, fingiendo pánico, cerró la puerta por donde las chicas acababan de

entrar.

Trixie se hundió en una silla e hizo sentarse a Honey de un empujón en otra, a su lado. Las dos se quedaron unos segundos alternando risas y jadeos.

—Mart, es mil veces más emocionante que eso. ¡Tú no lo adivinarías ni en cien años!

—Han encontrado un pozo de petróleo en nuestro jardín.

—Inténtalo otra vez. No estás ni siquiera templado.

—Hay oro en las colinas que hay detrás de la reserva forestal de los Wheeler —dijo Mart.

—No, pero ya estás menos frío. Tiene algo que ver con el padre de Honey.

—¿Algo que ver con papá? —preguntó Jim, el hermano mayor de Honey, desde un rincón del cobertizo—. ¿Y cómo es eso? Cuando yo me vine para acá, él estaba a punto de salir para coger el tren. ¿Qué pasa, Trixie?

—Si me dejarais respirar, os lo diría… pero no, tal vez sea mejor esperar a que lleguen los demás…

Mart se levantó de un salto protestando.

—Trixie Belden, sabes bien que no podrás guardar el secreto hasta que todos los Bob-Whites estemos juntos. Dan no saldrá de su trabajo hasta la noche, y Diana no volverá a casa hasta dentro de un mes. Aquí estamos cinco de los siete Bob-Whites. Eso significa que hay quorum o como se diga. ¡Venga Trixie, suéltalo antes de que explotes!

—Bueno, pues ahí va —dijo Trixie muy despacio, con cierta solemnidad—. ¿Qué os parecería coger un avión para San Luis, en Missouri… hasta el mismísimo lugar donde fabrican las naves espaciales… y están las fábricas, prácticamente en el mismo aeropuerto?

—¡Guau… fabuloso! ¿Va en serio, Trix? —preguntó Mart, entusiasmado.

Trixie asintió enfáticamente; le bailaban los ojillos.

—¡El señor Wheeler va a tratar de negocios en San Luis con uno de los magnates de la aviación más importantes del mundo!

—¿Y qué? —preguntó Brian, el primogénito de los Belden—. Eso no nos viene a decir nada nuevo. ¡Menuda noticia!

—¡Bien, pues esto sí que es una noticia! Un ejecutivo voló hasta

aquí ayer, para hablar con el padre de Honey y Jim. Vino con una avioneta privada. Mañana regresa para allá, llevará con él al señor Wheeler, y…

—¿Y a algunos de nosotros? ¿Quiénes? ¿A mí? —gritó Mart.

—A algunos no. ¡A todos nosotros! A todos y cada uno de los Bob-Whites —dijo Honey, y, poniéndose más seria, añadió—: Menos a Diana, que está fuera. Y también es posible que Dan no pueda dejar el trabajo, pero… ¿no es maravilloso?

—¡Desde luego! —exclamó Mart sujetándose la gorra, para que no se le cayera con los nervios—. Tengo que decírselo a Dan. Está entrenando al equipo Junior. Quién sabe… igual la Oficina le da unos días para que pueda venir con nosotros. ¡Uf! ¿Os imagináis lo que será meterse en una cápsula que puede estar a punto de subir al espacio? —añadió antes de desaparecer por la puerta.

—Si se hubiera esperado un segundo, podría haberle dicho una cosa —dijo Jim—. Él debería saberlo. Todo lo de la investigación espacial se lleva muy en secreto. No nos dejarán acercarnos a menos de una milla de las fábricas.

—Estás equivocado, Jim —intervino Trixie—. ¿Verdad, Honey?

—Sí, Jim, papá dijo que hay una exposición abierta al público. Por lo menos podremos ver una cápsula donde fueron algunos astronautas.

—¿Y creéis que nos dejarán ver algo del programa espacial? —insistió Jim—. Ojalá pudiera hablar con papá.

—Pregúntale esta noche, cuando vuelva de la ciudad. En la avioneta caben diez personas… diez pasajeros, quiero decir, además de la tripulación. Nosotros seremos seis, contando con Dan. Pero eso sí, tenemos que estar listos para partir mañana mismo.

—¡Por mí, nos vamos ahora mismo! —dijo Brian, subiendo la voz, que era normalmente tan pausada—. ¡Ah! Y en San Luis no sólo hay naves espaciales. ¿Os habéis parado a pensar que por allí pasa el río Mississippi? A lo mejor podemos coger un barco de vapor hasta Hannibal; ya sabéis, el país de Huck Finn y Tom Sawyer. O quizás hasta Nueva Orleans…

—Tranquilo, Brian. No vamos a pasarnos allí el resto del verano, ¿eh? ¿Cuánto tiempo dijo papá que estaríamos fuera, Honey? —preguntó Jim a su hermana.

—Menos de una semana —murmuró Honey.

—¡Adiós Nueva Orleans! —dijo Brian tristemente—. Bueno, de todos modos yo me apunto a lo de Hannibal o a ir a cualquier otro sitio con uno de esos vapores.

—Y yo también. ¡Estoy tan nerviosa que voy a estallar! —exclamó Trixie cogiendo a Brian del brazo—. Más vale que vayamos a darle la noticia a mamá.

Trixie y Brian corrieron colina abajo, hasta Crabapple Farm, asentada plácidamente en el valle de Catskills. Una cerca blanca rodeaba los rosales de la señora Belden, un huerto de manzanos, y el jardín. El señor Belden trabajaba en el Banco de la pequeña ciudad de Sleepyside, y la señora Belden era… bueno, era nada más y nada menos que «mamá» para Brian, Mart, Trixie y el pequeño Bobby… ah, sí, y para Reddy, el setter irlandés de la familia.

Más arriba de Crabapple Farm, en una pendiente, se levantaba la casa de los Wheeler, rodeada de cuadras, un lago donde se podía nadar y hacer esquí acuático, y una enorme reserva forestal.

Brian y Jim estudiaban el último curso en el instituto de Sleepyside; y Trixie, Honey y Mart eran los miembros fundadores del club que habían llamado «Bob-Whites de Glen», o «Bob-Whites de la Cañada». El viejo cobertizo de los Wheeler era la sede de su club. Los Bob-Whites habían invertido tiempo y dinero en reformarlo hasta convertirlo en lo que era: un lugar acogedor, seguro, cálido en invierno, fresco en verano, y decorado con gusto por dentro. Cuando Diana Lynch, que tenía la edad de Trixie, se mudó al descomunal caserón que había al lado de la casa de los Wheeler, se sentía sola y desorientada. Los Bob-Whites la invitaron a formar parte del club. Meses más tarde, Dan Mangan, el sobrino huérfano de Regan, que era el mozo de cuadras de los Wheeler, se convirtió en el séptimo miembro.

Los Bob-Whites eran todos muy buenos amigos, y juntos habían trabajado en proyectos interesantísimos para recoger fondos para la UNICEF, la Cruz Roja, y otras asociaciones locales o nacionales. Todos estos asuntos tenían la extraña peculiaridad de transformarse en fantásticas y arriesgadísimas aventuras.

Trixie parecía tener un sexto sentido que le había permitido ayudar a los guardianes de la ley a resolver casos de lo más complicado. Estando juntos los Bob-Whites, de vacaciones, Honey y ella habían investigado misterios en un rancho para turistas en

Arizona, en una granja de ovejas de Iowa, en una cabaña de los rápidos de Missouri, en la ciudad de Nueva York, y hasta en su pueblo, en la pequeña ciudad de Sleepyside. Con Honey, su eficaz ayudante, Trixie confiaba en crear algún día la Agencia de Detectives Belden-Wheeler.

Los Bob-Whites trabajaban muy bien juntos, pero había algo que hacían mucho mejor cuando estaban reunidos: divertirse, sobre todo teniendo en cuenta que, dondequiera que fuese Trixie, teman asegurada la aventura. «Trixie atrae a los criminales como si tuviese un imán», había dicho una vez Mart. «Sabe olfatearlos mejor que un sabueso». No era de extrañar, entonces, que les tuvieran fascinados las posibilidades del prometido viaje en avión a San Luis.

Pero ni en sueños podían imaginar, mientras hacían las maletas, los numerosos peligros que tendrían que correr antes de volver a casa.

Al final, Dan pudo acompañarles; un sustituto se ocuparía de su trabajo. Sólo Diana, que se había ido de vacaciones con su familia, faltó cuando llegaron a la Posada de Vacaciones, cerca del aeropuerto de Lambert, en San Luis.

—Creo que será mejor que todos los Bob-Whites tengamos las habitaciones cerca —dijo Jim a su padre cuando el conserje del hotel le ofreció una pluma.

—Tienes razón; más vale que no os alejéis mucho unos de otros —opinó su padre.

Él estaría en una habitación al fondo del pasillo, pero pasaría la mayor parte del tiempo en casa del ejecutivo de la empresa fabricante de aviones, el señor Brandio.

—Nadie puede predecir en qué lío se meterá Trixie. Ninguno de vosotros debería perderla de vista. El señor Brandio te prestará un coche, Jim. La ciudad está a una hora de aquí, en coche. Trixie no podrá ir muy lejos a menos que la llevéis vosotros.

—Trixie no necesita que la vigilen, papá —le dijo Honey—. Y yo tampoco.

—Claro que no. Era una broma. Aunque no del todo. Trixie se ha visto envuelta en situaciones muy, pero que muy peligrosas. En este viaje quiero que os lo paséis en grande, y nada más, ¿eh, Trixie? —dijo con una cálida sonrisa.

—Yo nunca busco los casos —insistió Trixie—. ¿Qué le voy a

hacer si de vez en cuando Honey y yo tropezamos con algún misterio y tenemos que resolverlo?

—Supongo que nada —repuso el señor Wheeler, más en serio—. Supongo que nada. Yo tampoco puedo dejar de alegrarme, Trixie, de teneros a todos «en el mismo cuartel». ¡Y ahora, a pasároslo lo mejor que podáis! El coche está en el aparcamiento, Jim. Ten la llave. Estaré en contacto con vosotros.

Mart cogió la llave y se la pasó a Jim.

—¿Cómo se va a la fábrica del señor Brandio desde aquí?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo el señor Wheeler.

—Es que queríamos ver todo eso del espacio. Ya sabe, una de la cápsulas que fueron a la luna… o alguna que vaya a ir a otro planeta.

—¿Lo dices en serio, Mart?

—Pues claro. ¿Hay algún problema?

—Sí, que es secreto, nada más —intervino Brian—. Te lo habríamos dicho ayer, en el cobertizo, si no te hubieras largado a avisar a Dan tan pronto. Todas esas cosas del espacio son secretas. ¿No es así, señor Wheeler?

—Me temo que sí. Pero hay una exposición abierta al público. Oye, espero que no os hayáis llevado una desilusión. Hay un montón de cosas que ver en San Luis, aparte de eso. Con el coche podréis verlas todas…

—Gracias, señor Wheeler —le interrumpió Trixie, frunciéndole el ceño a Mart—. Seguro que encontramos un montón de sitios adonde ir. No se preocupe por nosotros ni lo más mínimo.

—Eso está bien —dijo el señor Wheeler tranquilizándose, y se marchó apresuradamente, porque el señor Brandio le estaba esperando en su coche.

Los chicos llevaron el equipaje desde la conserjería del motel por el amplio paseo que rodeaba a la piscina. Allí chapoteaban unos niños, desafiándose entre sí para ver quién hacía las acrobacias más difíciles en el agua. En el cielo, los reactores no paraban de pasar, a punto de aterrizar o acabando de despegar. Los taxis entraban y salían, dejando o recogiendo pasajeros. Las doncellas iban de aquí para allá, preparando las habitaciones para los nuevos ocupantes.

Ésta de aquí es nuestra habitación —dijo Trixie a Honey, al ver el número de la puerta. Jim y Brian metieron las maletas—.

Vosotros dos estáis en la de al lado, y Dan y Mart la tienen enfrente de la vuestra, ¿no?

—Sí —confirmó Jim—. Silbad cuando estéis listas. Entonces decidiremos qué hacer hoy.

Cuando se quedaron solas, Trixie dejó su bolsa en un estante.

—Sólo voy a colgar los vestidos. No creo que vaya a necesitar más que estos dos —abrió la puerta del armario y soltó un silbido de sorpresa—. Mira Honey. Parece que la doncella no acabó de preparar esta habitación. Alguien debe seguir hospedado aquí. Al menos, hay algo en el armario que parece un portafolios. Me figuro que nos dimos demasiada prisa en meternos en la habitación… o que la doncella creyó que la teníamos.

Honey se puso de puntillas y examinó el interior del armario.

—Aquí no hay nada de ropa. Sólo el portafolios.

—Es verdad. Más me valdrá llevar esto a recepción. Debe habérselo olvidado algún hombre de negocios. Cielos, espero que no le haya hecho falta. ¡Mira que dejarse esto!

Trixie fue a cogerlo, y el portafolios se cayó al suelo, esparciéndose todos los papeles.

—¡Ay! ¡No estaba cerrado! Ayúdame a recogerlos, Honey.

Las dos se pusieron en cuclillas y juntaron los papeles tan deprisa como pudieron. Trixie sólo pudo distinguir unas hojas amarillas llenas de números garabateados y un revoltijo de hojas de papel cuadriculado. Trató de meterlo todo en el abultado portafolios. Tan absorta estaba en esa tarea que no se percató de que alguien había abierto la puerta. Una voz ronca le hizo ponerse de pie de un salto.

—¡Pasadme eso! ¡Es mío, jovencitas!

Un desconocido, de muy mal humor y con el pelo negro, le quitó el portafolios de las manos con violencia. Echaba fuego por los ojos, que tenía negros como el carbón.

—¿Qué pretendíais abriendo mi maletín?

Trixie, alarmada por la furia de aquel individuo, no pudo responder. Se quedó inmóvil, como hipnotizada. También Honey se había quedado sin habla.

El hombre metió precipitadamente los papeles en el maletín, lanzando miradas iracundas a las chicas, que temblaban como hojas.

—¿No sabéis que está muy mal eso de ir tocando la propiedad privada de otras personas? ¿Qué hacíais con mis papeles? ¡Entrometidas! —dijo, y apartó a Trixie de un codazo.

Honey recobró la voz:

—¡Ni siquiera tocamos sus papelotes! —dijo fríamente.

—Y le agradeceríamos que cogiera sus pertenencias y saliera de nuestra habitación —añadió Trixie—. ¡Fuera! —Y, al salir, cerró la puerta con tanta fuerza que retumbó.

Honey fue a la ventana y observó cómo el individuo, que tenía pinta de ser un extranjero, se alejaba por el paseo de la piscina.

—¡Será mal educado! Espero que pierda el taxi y que pierda el avión. Espero…

—Venga, venga, ¿y a quién le importa lo que le pase? —dijo Trixie.

Honey se apartó de la ventana y se echó a reír.

—A ti.

—A mí no, Honey Wheeler. Yo sólo… Bueno, ¿qué le haría reaccionar con tan malos modos? Debe de haber algo raro en ese maletín.

—Sí, todas esas hojas cuadriculadas eran bastante rarillas.

—Honey, este hotel está justo al lado de todas esas fábricas de aviones.

—¿No crees que tenía pinta de agente extranjero? —exclamó Honey—. ¿Le viste los ojos?

—¡Uf! Te atravesaban como un taladro. ¡Si por poco me hipnotiza!

—Igual que a mí. Oye, Trixie, ¿a ti te parece que podría ser un espía?

—¡Quién sabe! Se comportó de una forma bastante rara, desde luego. Mira, ¿ves esos papeles de la papelera?, ¿serán suyos? Parece que a la doncella se le olvidó vaciarla.

—Puede que sí sean suyos —Honey metió la mano en la papelera y sacó un montón de hojas arrugadas—. ¿Ves esto?

Trixie los extendió un poco encima de la cómoda.

—Mmm… esto es algo más que papel cuadriculado. Ese hombre pudo haber estado copiando planos. Estas hojas están llenas de números. Y también hay algo escrito. Hay un mapa del río Mississippi… ¿Y ves estos dibujos tan extraños en los márgenes del

río?

—Déjame ver. No están bien dibujados. Tal vez no sean más que bocetos que hizo para sus hijos.

—No creo. Yo diría que son mucho más importantes de lo que tú dices —dijo Trixie mientras doblaba los papeles y se los metía en el bolso—. Vamos con los chicos, a enseñarles lo que hemos encontrado. Jim sabrá si hay algo raro en todo esto. Date prisa, Honey.

—Más vale que te calles lo del codazo que te dio ese tipo. Jim y Brian le partirían la cara si lo viesen.

—Yo pensé que eso era lo que tú ibas a hacer —dijo Trixie—. Te volviste contra él como un gato montés.

—Tuve miedo… muchísimo miedo, Trixie. Espero que no nos volvamos a tropezar con él.

—Pues… a mí… me parece… que es posible que sí —dijo Trixie lenta y misteriosamente—. Pero puede que sólo se trate de una de mis absurdas premoniciones.

«La Princesa del Pez Gato» • 2

JIM, BRIAN, DAN Y MART estaban sentados en un banco que había junto al borde de la piscina, esperando a las chicas.

—Oye, Trix —dijo Dan—, ¿por qué tardáis tanto en empolvaros la cara si es que es eso lo que hacíais? Ya podríamos estar a medio camino de la ciudad, a esta hora.

—Un momento, Dan —le interrumpió Trixie, abriendo el bolso y sacando los papeles—. ¿Qué piensas de esto? —se inclinó sobre el respaldo del banco y dejó caer los papeles sobre las rodillas de Jim.

—¿Qué son? ¿De dónde los habéis sacado? —preguntó por curiosidad.

Honey se lo contó:

—… y tendríais que haber visto qué mirada nos echó al vernos recoger sus papeles del suelo.

—¡Una mirada asesina! —dijo Trixie, añadiendo dramatismo a la escena—. ¿No os parecen raros esos papeles? ¿Dan? ¿Brian? ¿Mart? ¿Qué te pasa, Jim? ¿Qué es lo que encuentras tan gracioso?

—Nada, Trix, nada —Jim reprimió una carcajada—. No puedo dejar de reírme cada vez que pienso que si papá hubiera esperado quince minutos más, te habría visto coger el monóculo y empezar con tus investigaciones.

—No son investigaciones. Sólo quería enseñaros esto y preguntaros qué creéis que debemos hacer con ello.

—Si quieres mi opinión, yo se los devolvería al hombre que os visitó —dijo Brian.

Jim coincidió con él.

—No veo ninguna razón para seguir rompiéndose la cabeza por unos papeles. Haz lo que Brian te ha aconsejado. Devuélvelos.

Trixie frunció el ceño.

—¿Y tú, Dan? ¿Piensas lo mismo?

—Yo no estoy tan seguro. No vi a ese hombre, y Honey y tú sí.

No sueles equivocarte cuando algo te huele mal.

—No dejes que Brian o yo te influyamos, Trix —le dijo Jim.

—No. Pero tal vez debería devolvérselos. Lo malo es que puede que esté ya a varias millas de aquí. Parecía tener mucha prisa. Bueno, de todos modos, olvidémonos de eso ahora —Trixie se metió los papeles en el bolso—. Vamos donde queráis.

—Nosotros queremos intentar coger el próximo vapor que atraque en el muelle de San Luis —dijo Mart.

—No será hoy. La cosa no es tan fácil —dijo Brian—. Ah, sí, Trix, mientras os esperábamos a ti y a Honey, preguntamos en la recepción del motel, y el señor no sabía nada de vapores. Tenía una vaga idea de que hay un vapor que va Mississippi arriba, Mississippi abajo. Le pregunté cuándo pararía en San Luis, pero no lo sabía.

—Nos dijo que podíamos preguntar en el Jefferson Memorial, que está en Forest Park —añadió Jim—. Ahí es donde tienen toda clase de piezas históricas… maquetas de las habitaciones de los vapores más antiguos, y otras cosas sobre el río. A mí me apetece ir esta tarde. Podríamos explorar el resto del parque, también… el zoo, la maqueta del ferrocarril… Papá nos contó algo del parque al volver de uno de los viajes que hizo aquí. Parece que Forest Park no tiene nada que envidiarle al Central Park de Nueva York. ¿Has traído la cámara, Trixie?

Trixie se llevó la mano a la boca.

—Se me olvidó. Aquel hombre me puso tan nerviosa… Iré corriendo a cogerla. No tardaré ni un segundo.

Al llegar a la habitación, Trixie encontró la puerta abierta. La doncella seguía trabajando allí.

—Ya casi he terminado —le dijo a Trixie. Después bajó la voz hasta un murmullo—. Ese hombre ha entrado a ver sí se había dejado algo. ¿Lo ves?

El tipo del pelo negro estaba de espaldas a Trixie, y hurgaba en una enorme papelera. Se volvió e iba a decirle algo, pero parece que se lo pensó mejor.

—¿Qué hace? —le susurró Trixie a la doncella.

—Busca unos papeles que debo de haber vaciado de la papelera de tu habitación. Eso es lo que me dijo. Si quieres mi opinión, yo creo que está un poco… —se puso un dedo en la sien como dando a entender que no estaba muy bien de la cabeza.

—¿Por qué?

—Puso el grito en el cielo cuando le dije que no podía entrar en la habitación. Me armó tal escándalo que al final tuve que dejarle entrar, pero claro, yo fui con él, para que no tocara nada de lo tuyo. Es un tipo raro, sí.

El hombre se dio cuenta de que estaban hablando de él. Lanzó a la doncella una mirada temible. Ella, asustada, levantó la voz para disimular.

—¿Y qué es lo primero que van a visitar en la ciudad, señorita Belden?

—Estamos locos por dar un paseo en barca por el Mississippi —respondió Trixie—. Pero creo que antes iremos al Jefferson Memorial, para ver una exposición de viejas barcas de vapor. Allí supongo que sabrán lo que hay que hacer para coger uno de esos vapores.

—Seguro que sí. Yo acabaré aquí dentro de unos minutos.

Trixie se quedó vacilando en la puerta. *Tal vez debería hacer exactamente lo que me dijo Brian* —pensó—. *Puede que fuera mejor devolverle los papeles*. Iba a abrir el bolso, pero entonces reconsideró su decisión. *Creo que antes les echaré una buena ojeada. Nadie se altera de ese modo si no tiene algo que ocultar. Me gustaría saber quién es. Podría preguntar en recepción*.

Al marcharse Trixie, el hombre se levantó, murmuró una maldición, e increpó a la doncella:

—¿Tenías que quedarte por aquí tanto tiempo? Ahora ya es demasiado tarde.

Trixie no estaba del todo segura de haber entendido sus palabras. Se detuvo, perpleja, y luego fue a recepción.

Como respuesta a su pregunta, el conserje señaló el registro. Poma: «Pierre Lontard, Lista de Correos, Nueva Orleans, Louisiana».

—¡Uf, te has entretenido lo tuyo! —le dijo Mart—. Me imagino que la cámara estaría escondida en el fondo de la maleta.

Trixie no le hizo ni el menor caso.

—¿A qué no adiviináis cómo se llama ese hombre? —dijo con tono intrigante.

—¿Qué hombre? —preguntó Brian.

—Ése del que os hablé antes, el que se llevó el maletín de nuestra habitación. Se llama Pierre Lontard. ¡Y es de Nueva

Orleans!

—¿Y qué? —preguntó Mart, algo contrariado—. Nueva Orleans es una ciudad muy grande, Trix. Pues estás apañada si quieres sacar algo en claro del hecho de que un tipo viva en Nueva Orleans.

—No es sólo eso. Él es misterioso. Su dirección es «Lista de Correos», sin más. Si una persona no quiere dar su domicilio, es por algo.

—¡Venga, Trix, por favor, olvídate de él! —le aconsejó Brian, y la cogió del brazo para acompañarla hasta el coche—. Te damos unos minutos, y nos sales con una historia de espías. Vamos, hay que ponerse en marcha.

—Muy bien. Burlaos de mí si queréis.

—Yo no me burlo, Trixie —dijo Honey, corriendo hasta ponerse a su altura—. Ahí está ese tipo, cerca de nuestro coche. ¿Ves? Allí, metiéndose en el Mercedes negro. Le está costando trabajo abrir el coche.

—A mí también me está costando —dijo Jim—, pero no abrir el coche, sino hacer que os metáis para poder salir. ¡Arriba! ¡Vamos!

El coche salió a toda velocidad y se metió por la carretera que llevaba a la autopista.

Trixie, todavía escéptica, volvió la cabeza.

—¡Lo tenemos detrás! —exclamó.

—¡Vamos a ver cómo corre este cacharro! —gritó Mart.

Jim pisó a fondo el acelerador. Al llegar a un semáforo, el auto negro se puso al lado, como queriendo provocar un choque de refilón. En su interior, el hombre agarraba con fuerza el volante, esperando a que el semáforo se pusiera verde. Al hacerlo, el coche de los Bob-Whites salió disparado. Por la ventanilla de atrás, Trixie, Mart y Honey vieron que el Mercedes desaparecía detrás de un camión enorme.

—¡Apuesto a que está echando fuego por la boca! —exclamó Trixie, entusiasmada.

—¡Apuesto a que le hemos despistado! —insistió Mart.

—Ya veremos. Te aseguro que no le hemos despistado. Ya sabes lo que el señor Wheeler nos contó. Toda esta área está llena de espías, en varias millas a la redonda. Hay un montón de gente interesada en saber lo que ocurre en esas fábricas de aviones.

Mart soltó una carcajada.

—¿Y tú crees que algún espía pensaría que un grupo de chavales

guarda secretos de Estado?

Trixie se enfureció.

—Pierre Lontard nos vio llegar con el ejecutivo importante de una de las compañías, ¿no? Quiero decir, que nos habría visto si hubiera querido. ¡Y yo creo que sí quería!

—Y yo también —dijo Honey, demostrando su lealtad—. Si no, ¿por qué organizó tanto escándalo por un montón de papeles?

—En eso tiene razón —dijo Jim a los demás—. Tendréis que admitirlo.

Mart no estaba convencido.

—Pura coincidencia. Sucedió, y punto. Vamos a olvidarnos de Trix y de sus sospechas un rato. Eso de allí es el Memorial, donde te metes hacia el boulevard Lindell, ¿no, Jim?

Jim dobló la esquina y metió el coche en el aparcamiento.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó.

—Vamos a parar antes en la oficina —sugirió Brian—. Puede que allí nos informen de cuándo sale el próximo vapor de los muelles.

—¡Cruzad los dedos para que sea mañana! —gritó Mart, esperanzado—. Brian, pregunta tú. Allí está la oficina.

Se apiñaron ante el mostrador, y todos hablaron a la vez. Desde allí se veía la sala de exposición de los barcos de vapor.

—¡Vale, vale! ¡Tranquilos! ¡De uno en uno! —dijo el señor de pelo cano que había al otro lado del mostrador, con una sonrisa—. ¿Qué? ¿El próximo vapor? ¿De qué estáis hablando? Sólo queda un vapor en el Mississippi que organice viajes que valgan la pena: «La Reina del Delta».

—¡Ése es el nuestro! —exclamó Mart—. ¿Cuándo sale?

—Dentro de dos meses.

—¿Qué? —exclamaron todos los Bob-Whites a coro.

—Dije que dentro de un par de meses… más o menos. Sólo hace un viaje al año. Sale de Cincinnati y atraviesa Ohio hasta El Cairo, en el estado de Illinois, que está a unas doscientas millas al sur de aquí. Allí es donde el río Ohio confluye con el Mississippi. Luego sigue hasta Nueva Orleans y río arriba hasta Saint Paul. Aquí para, al ir y al volver… dos veces al año.

—¿Y lo hemos perdido? —preguntó Trixie. A los Bob-Whites se les había caído el alma a los pies—. ¿Y no hay ninguna otra barca?

—Ni una. Hay una viejísima, que se cae a pedazos, en el puerto. Podéis ir a verla. Hay otra que la han convertido en exposición flotante. Hacen una obra de teatro todas las noches, a bordo.

—¿Pero no hay ninguna que nos lleve por el río? —preguntó Jim.

—Está el «Almirante». La utilizan para hacer excursiones. Pero no se parece en nada a los antiguos vapores. Sólo se usa para bailes y meriendas. El crucero no recorre más que un círculo de unas diez millas. Sale varias veces al día.

—¡Bah! —dijo Mart, rechazando de plano esa posibilidad—. Vamos, chicos. Por lo menos veremos lo que eran los vapores.

La exposición era impresionante; había reproducciones auténticas de las habitaciones de algunos buques de vapor, aquellas barcazas gigantescas movidas por unas descomunales ruedas de paletas que seguían el curso del Mississippi un siglo antes.

Habían colocado la timonera a varios metros del suelo; el timón era grandísimo; mediría casi dos metros de diámetro. En una silla alta, un muñeco de cartón piedra (el capitán) escudriñaba el horizonte que podía ver por la ventana. A su lado había un banquito… idéntico al que ocupara el famoso ayudante de timonel Samuel Clemens mientras admiraba la destreza con que su héroe luchaba, valiéndose del timón, contra la corriente imprevisible y llena de remolinos.

—¡Guau! —exclamó Mart—. No me extraña que a la gente de entonces le entusiasmara la idea de hacerse timonel. ¡Era fantástico! ¿Habéis visto todos esos murales? ¡Es casi como si estuviésemos en el río!

—Si allí arriba, en la timonera, te da esa impresión, ven aquí y verás —dijo Trixie indicándole con un gesto que fuese adonde Honey y ella estaban, cogidas con fuerza de una barra y con la nariz pegada a la escotilla del salón de las señoras—. ¡Cielos, es todo de terciopelo rojo! ¿Veis aquel candelabro? Y todas esas lámparas de cristal, y los vestidos adornados con lentejuelas, y los cuadros, y…

—Me parece que me dará un ataque si no conseguimos dar un paseo por el río —dijo Jim, y se le notaba que lo decía con toda sinceridad.

—Pues como no sea hacer una de esas excursiones con el «Almirante» —le recordó Trixie tristemente.

—Eso nunca. Tiene que haber alguna otra cosa. Si logramos apartar a Dan de la exposición de escopetas antiguas de aquel balcón, podemos volver a preguntar en la oficina. ¡Dan! —gritó Jim cuya voz resonó en la enorme sala.

—Deja que se quede. Iremos los demás a preguntar —dijo Mart —. Jamás apartaríamos a un futuro policía de Nueva York de una exposición de rifles de Kentucky y pistolas de las que usaban en los duelos. Por aquí, Jim, cruzando este arco… allí está la oficina. No sé de qué nos va a servir preguntar otra vez, pero a mí tampoco me haría ninguna gracia irme de aquí sin dar un paseo por el río, sea como sea.

—¡Ah, hola! —exclamó el señor al que habían preguntado antes, cuando los Bob-Whites entraron en la oficina—. He estado investigando y puede que tenga lo que buscáis.

—¿En serio? —preguntó Trixie—. ¿En una barca de vapor de verdad?

—¿Es que han ido a ver si les sobraba alguna? —preguntó Mart.

—No es un vapor. Y tampoco ninguna sobra. Es otra cosa. No se por qué no se me ocurrió antes. Un hombre entró poco después de que os marcharais y me lo recordó.

—¡Pero, por Dios, díganos qué es! —dijo Trixie con impaciencia.

—Eso intento, cielo —dijo el anciano—. Este hombre… quería que yo le informara de dónde podía comprar una barca de vapor…

—Y usted lo sabía, y se lo dijo, y él accedió a darnos una vuelta por el río… —gritó Trixie.

—¡Eh, no tan deprisa! No, señor. El caso es que quería comprar un vapor. Hay unos cuantos amarrados aquí y allá, entre San Luis y Nueva Orleans, pudriéndose en los muelles… y también al norte del río. Sí señor, aunque dudo de que alguno de ellos flote. Total, que él quería que le reparasen uno, y que se lo llevaran hasta Nueva Orleans para usarlo como sala de fiestas y…

—Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros? —exclamó Mart, olvidando sus buenos modales.

—A eso iba, si me dejáis hablar. Un remolcador. Ésa es la respuesta. Pensé que os gustaría hacer un viaje por el río en un remolcador.

—¿Un remolcador? ¿Quiere decir uno de esos trastos que arrastran barcazas? —a Trixie se le habían abierto los ojos como

platos ante la sugestiva imagen de esas barquitas de los puertos que meten a los gigantescos transoceánicos por el canal, entre los espigones.

—No, de arrastrar nada. Los remolcadores que yo digo empujan gabarras, no las arrastran. Y os aseguro que no es lo mismo.

—Antes preferiría llevar pedaleando una vieja chalana —dijo Brian decepcionado—. Lo que nosotros pretendíamos era vivir a bordo de una barca de vapor dos o tres días.

—Bueno, eso es posible —contestó el hombre—. Al menos, podréis intentarlo. Es una cuestión de invitaciones. Los remolcadores no llevan pasajeros, pero sí que aceptan invitados. Este señor que vino me dijo que hay uno, «La princesa del Pez Gato», que partirá hacia el sur dentro de uno o dos días. Él creía que no tendríais problemas en subiros a bordo.

—¿Pero hay camarotes en un remolcador? —preguntó Trixie.

—Naturalmente que los hay… y tan buenos como los de un transatlántico. Bueno, puede que exagere un poco, pero son limpios y cómodos. Y la comida también es buena… excelente. Con eso es con lo que los marinos sueñan más… con la comida. De hecho, los remolcadores siguen muchas costumbres de los viejos buques de vapor. Los capitanes y los timoneles lo son por vocación… porque eso es lo que querían ser cuando eran pequeñitos.

—¡Guau! —exclamó Mart, sacudiéndose de pies a cabeza—. ¿A qué estamos esperando?

—Tendremos que informarnos sobre cómo hacer que nos inviten a bordo, digo yo —respondió Jim, más sereno.

—¿A quién conocéis en la ciudad? —preguntó el hombre.

Desolados, los Bob-Whites bajaron la vista.

—¡El señor Brandio! —exclamó Honey de pronto.

—No lo conozco —replicó el hombre—. ¿Quién es?

—El presidente, creo —empezó Mart. El hombre frunció el entrecejo—. Presidente de la Corporación de Aeronaves «Clear Meadow», quiero decir.

El hombre soltó un silbido de admiración.

—¡Bien! Si él no consigue meteros en el remolcador, nadie lo hará. Un hombre de su categoría debe tener negocios con media docena de empresas. Preguntádselo, de todos modos. Por cierto, ese señor de pelo negro que entró nada más iros es el que quería

comprar un vapor. Fue él quien me hizo pensar en subir en un remolcador para vuestro viaje. Ojala lo consigáis. Volved cuando queráis, a contarme como os fue.

—Gracias, señor. ¡Volveremos, se lo prometo! —dijo Jim cortésmente—. ¡Esto es una maravilla!

Fuera, Trixie señaló el aparcamiento.

—Ahí está, el hombre del motel, metiéndose en el Mercedes. ¡Es el mismo!

—Sí —añadió Mart haciendo un saludo con la mano—. No me gustó tu comportamiento en la autopista, amigo, ¡pero gracias por lo de «La princesa del Pez Gato»!

Buenas noticias • 3

MIENTRAS EL COCHE atravesaba la ciudad a gran velocidad hasta la carretera que llevaba al aeropuerto, Dan estuvo muy callado.

—Echa una mirada hacia atrás, Dan —dijo Jim, volviendo la cabeza—. ¿Ves algo de nuestro amigo… el del Mercedes?

Dan no contestó.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Mart, y la preocupación ensombreció su rostro.

—Ese tipo de Nueva Orleans —dijo Dan poniéndose rojo—, puede que nos haya hecho un favor con lo del río, pero… ¿por qué creéis que se nos tiró encima de esa manera cuando íbamos hacia la ciudad?

Mart se inclinó hacia adelante para mirar a Dan.

—¡Oye, eres un poco lento!, ¿eh? ¿Por qué no dijiste nada de eso antes?

—He estado dándole vueltas. Tampoco pudo ser casual que fuera al Jefferson Memorial. Todo esto no me hace ni pizca de gracia.

Jim se echó a reír.

—¿Quieres apuntarte a la Agencia de detectives Belden-Wheeler, Dan? ¿Es que nunca se te había cruzado un coche antes, en un atasco?

—Naturalmente. ¿Pero cómo es que nos tropezamos con él en todas partes?

—Yo creo que ya no le volveremos a ver el pelo —dijo Jim—. Olvidas que él estaba pagando la cuenta del motel cuando nosotros nos estábamos inscribiendo. Eso significa que ya no nos lo encontraremos en la Posada de Vacaciones, por lo menos.

—No estaba pagando la cuenta para marcharse —le interrumpió Trixie—. Cuando busqué su nombre, vi que lo único que había hecho era cambiar de habitación. Dijo que había demasiado ruido al

lado de la piscina. El conserje me lo dijo por si yo creía que sería demasiado ruidosa para nosotras.

—Y ahora nos lo dices —dijo Jim, armándose de paciencia—. Mira, Trixie, ¿qué te parece si, a partir de ahora, nos ocupamos nosotros de nuestros asuntos y dejamos que ese francés de Nueva Orleans se ocupe de los suyos?

Dan todavía parecía perplejo.

—Entonces, Jim… ¿tú no crees que nos siguiera hasta el Jefferson Memorial?

—Pues claro que no. El hombre de la oficina nos dijo que sólo quería ver si podía comprar algún viejo vapor, ¿no?

Dan volvió a enrojecer.

—Sí… Supongo que no caí en eso. Quedo expulsado de tu agencia de detectives, Trixie.

—¡No señor! Necesitamos tu ayuda, Honey y yo. ¿Qué habríamos hecho sin ti cuando aquellos ladrones de joyas me secuestraron en Nueva York? No haces más que echarme cuerdas, Dan. Tal vez Jim, Brian y Mart piensen que no hay nada misterioso en ese señor, Pierre Lontard, pero yo voy a seguir con los ojos bien abiertos, por si acaso.

—Hazlo, Trixie —le dijo Jim—. Entretanto, yo tendré cuidado con este tráfico. ¿Habéis visto algo semejante en vuestra vida?

—Todo está lleno de gente que va y viene de esas fábricas de aviones —dijo Trixie pensativa—. A ese tipo, Lontard, habrá que tenerlo vigilado, Honey.

Honey, apretada entre Jim y Brian en el asiento delantero, asintió firmemente.

—Te ayudaré en lo que pueda. Lo sabes. Aunque, sinceramente, Trixie, todavía no encuentro nada que sea muy sospechoso.

—Eso será porque no te fijaste bien en esos papeles tan extraños del maletín.

—Pues no. Y tú tampoco. Tú tenías la misma idea que yo de lo que tenías delante de tus ojos, es decir, ninguna. Y tampoco sabes de qué tratan los papeles que llevas en tu bolso. Sigo pensando que ese señor pudo haber estado dibujando bocetos para sus hijos.

—Saca esos papeles, Trix —sugirió Dan—. Deja que les eche una buena ojeada.

—Están llenos de números. Y unos garabatos incomprensibles,

en las hojas cuadriculadas. Aquí los tienes, Dan. Ahí hay unas palabras que parecen escritas en castellano. Honey, tú sabes español.

Dan extendió los papeles, que estaban bastante arrugados.

—Mmm… palabras en español. Claro, Honey sabe un poco de español. ¿Os acordáis de cuando nos tradujo la profecía de aquella echadora de la buena ventura mejicana?

—¡Y tanto que lo recuerdo! —Trixie le cogió a Dan los papeles —. Ten, Honey. ¿Qué significan estas palabras?

—Aparta un poco, Brian —dijo Honey—. No lo veo bien. Las letras son tan pequeñas y tan raras… Trixie, a mí no me parece español. Aunque sí, puede que lo sea. Algún dialecto, quizás, pero no el español que yo aprendí en el internado.

—¿Y no reconoces ni una palabra? —preguntó Dan impaciente.

—¡Dale tiempo! —dijo Brian—. No pierdas la calma, Dan. ¿Qué nos dices, Honey? ¿Entiendes algo?

—Esta palabra de aquí significa «dinero». Y… a ver… aquí pone «esté puntual».

—Bueno, algo es algo —dijo Trixie muy animada—. Ahí lo tenéis… ¿qué otra prueba queréis? —se puso a aplaudir con entusiasmo—. Todas esas rayas son copias de planos. Algo de aeronáutica, tan real como me llamo Trixie. Y eso de «dinero», y de que «llegue a tiempo»… lo único que puede significar es que robó los planos y que le van a pagar por ellos, y que ahora exige el dinero que le habían prometido…

—¡Uf! ¡Aterriza, Trixie! —le aconsejó Jim. Levantó el pie del acelerador y se paró en el arcén—. Mirad bien ese papel. Me extraña que algún gobierno sudamericano nos quiera robar planos. Los sudamericanos son aliados nuestros.

Trixie agitó sus rizos, indignadísima.

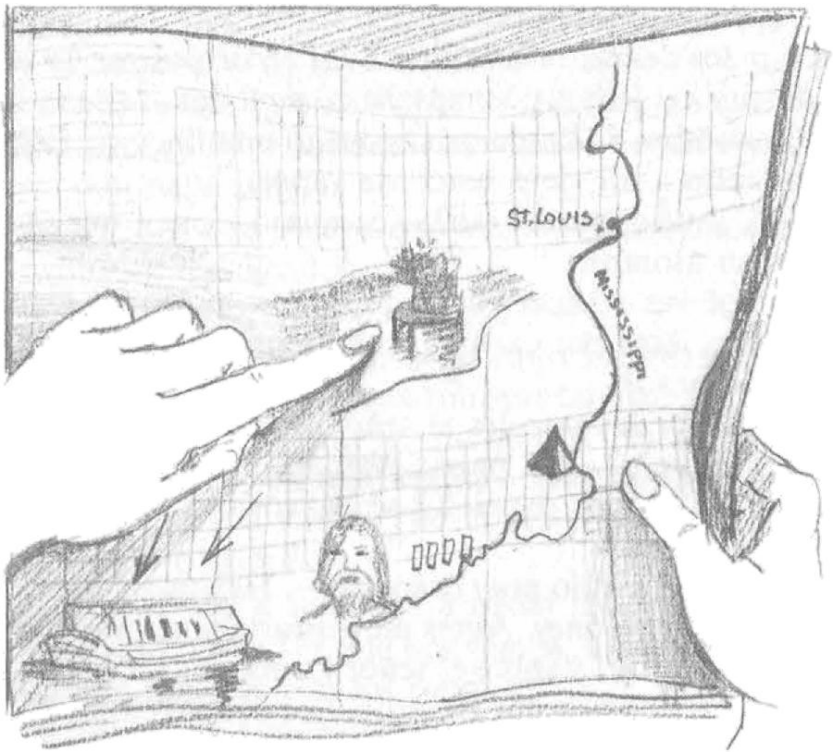
—Olvidas, Jim, que la gente habla español en Cuba. Y darían un montón de dinero por averiguar nuestros proyectos espaciales y pasárselos a…

Honey saltó del asiento.

—Tienes razón, Trixie. Como siempre. Mirad… aquí pone «La Habana» y… ¡madre mía!… aquí dice «vamos a Cuba»…

—Eso no parece que lo haya escrito para unos niños —dijo Mart, confundido—. ¿De dónde sacaste esa idea, Honey?

—Del mapa del río, que tenía unos dibujos muy raros. Enséñale esa hoja, Trixie.



Trixie pasó a su hermano el papel donde alguien había dibujado el curso del río Mississippi.

—Yo no saco nada en claro de esto —dijo—. ¿Y tú?

El sinuoso Mississippi se arrastraba, de meandro en meandro, desde el pie de la hoja hasta la esquina opuesta, arriba. Aquí y allá, a lo largo de su curso, había unos dibujos.

—Esto parece un gorro —dijo Mart, señalando un punto—, y aquí hay una pirámide. Oye, ¿qué será eso?

—Egipto, por supuesto —dijo Brian—. Pero ¿qué tiene que ver Egipto con las naves espaciales? Esto de aquí también es curioso… una dentadura postiza. Y mirad… a su lado… una isla en el centro del río.

—Parece uno de esos juegos de las revistas que hay en la biblioteca del colegio —dijo Honey—. Jeroglíficos, me parece que

los llaman.

—Así es —dijo Trixie, encantadísima con el súbito interés que los demás Bob-Whites estaban demostrando—. Y aquí tenéis el jeroglífico más difícil de todos… este retrato de un hombre de barba gris, y luego una línea de flechas apuntando a un viejo barco de vapor.

—Sí, ¿qué os parece eso? —preguntó Honey, que no salía de su asombro.

—¿Qué vas a hacer con todo esto? —preguntó Dan—. Toda esta jerga me parece incomprensible. ¿Cuál será tu próximo paso?

—Enseñar los papeles al señor Brandio, por supuesto —dijo Honey—. Y a papá. ¿Verdad, Trixie?

Trixie dobló los papeles y se los volvió a guardar en el bolso.

—No creo —dijo muy despacio—. Hay que darle tiempo al tiempo, Honey. Antes me gustaría tener algún dato más sobre esto… y sobre el señor Lontard… antes de acudir a tu padre y al señor Brandio. Los dos se reirían de mí, sin más.

—Ahora que lo pienso, tienes toda la razón —dijo Mart—. Gente de todo el mundo no para de entrar y salir del aeropuerto de Lambert, en San Luis. Unas cuantas palabras en español en unos papeluchos no pueden ser tan importantes, Trix.

—No estés tan seguro de eso, Mart. Yo no quise decir que no me pareciera sospechoso. Sólo me refería a que necesitamos más datos antes de seguir con esto. Honey y yo tendremos que averiguar si Pierre Lontard está metido en algo sucio. Entonces lo denunciaremos a las autoridades.

—Eso me parece prudente —dijo Brian—. Me figuro que el FBI debe recibir miles de denuncias todos los días, que no serán más que rumores. Pero te conozco, Trix. Eres como un bulldog que le hubiera atrapado la pierna a algún vagabundo. No vas a soltar la presa, pero por ahora olvídalo. Aquí está el motel. Veamos lo que podemos hacer respecto a esa invitación que nos hace falta para subir a bordo de «La Princesa del Pez Gato». Ése es el primer punto de nuestra agenda. ¿Todos de acuerdo?

—¡Desde luego, Brian! —dijo Jim. Estacionó el coche correctamente y miró la hora—. Ya casi es hora de encontrarnos con papá para la cena.

—Esperemos que él sepa qué hacer para que nos inviten a subir

al remolcador.

El señor Wheeler sí que lo sabía.

—Un montón de empresas neoyorquinas utilizan las gabarras del río Mississippi para transportar sus mercancías —dijo—. Salen mucho más baratas que los trenes… se tarda más, pero también son más seguras. ¿Recuerdas, Honey, cuando el señor y la señora Thompson vinieron a visitarnos el verano pasado?

—Claro, llevaba a sus hijos a nadar todos los días.

—En efecto. Cada vez que nos vemos, su padre me dice lo bien que te llevas con los niños.

—Gracias. Pero ¿qué relación guarda eso con «La Princesa del Pez Gato»?

—Es posible que ninguna. La empresa del señor Thompson posee una línea de gabarras en el Mississippi; la base de su línea está en Cincinnati.

—¿Y tú crees que «La Princesa del Pez Gato» pertenecerá a la empresa del señor Thompson? ¿O algún otro remolcador, papá? ¿Y que nos invitaría?

—Ya veré qué se puede hacer. He visto al señor Thompson hoy, en el Club de Atletismo de Missouri, así que al menos sé que se encuentra en la ciudad.

—Oh, ¿y va a llamarle?, ¿ahora mismo? —a Trixie se le salían los ojos de sus órbitas.

—Sí, señorita Ahora-o-Nunca, lo haré. Trataré de encontrarle. Id al comedor, y yo iré a llamar a ese teléfono de allí. Enseguida estoy con vosotros.

—¡Guau, mira que tenemos suerte! —dijo Mart mientras entraban en el comedor—. Es como si los Bob-Whites no tuviésemos más que desear algo, cerrar los ojos… ¡y ahí está!

—Todavía no estamos a bordo —le recordó Jim.

Trixie cruzó los dedos.

—¡Nada… no hay nada en el mundo que pueda impedirnos hacer ese viaje!

Jim cogió el menú.

—Todo lo que digo es que esperéis a que venga papá. Ya sé lo que voy a comer. Costillas asadas, si hay. Aquí viene papá. Ahora lo sabremos.

El señor Wheeler ya iba sacudiendo la cabeza mucho antes de

llegar a la mesa. A Trixie se le cayó el alma a los pies. Apartó el menú.

—¿No vamos? —preguntó al señor Wheeler.

—El señor Thompson vendió las acciones que tenía en la línea de gabarras hace unos meses. Mala suerte, Bob-Whites.

—¿Y no conocerá a alguien que conozca a alguien que pueda subimos a ese transbordador? —preguntó Jim—. ¿Se lo preguntaste, papá?

—Por supuesto que no. Esperé a que él se ofreciera a ayudarme de alguna manera, pero no lo hizo. Me dijo que las gabarras no suelen invitar a jovencitos, porque siempre están armando alboroto y metiéndose en toda clase de jaleos. Los remolcadores no son barcos de recreo, claro.

—Ya lo sabemos —apuntó Brian—. ¿Y no le dijo que los Bob-Whites nunca se meten en lo que no les importa?

El señor Wheeler se quitó las gafas, las dejó en la mesa, delante suyo, y sonrió.

Jim también sonrió. Y Brian, pero Trixie parecía perpleja.

—¿No le ves la gracia, Trix? —preguntó Mart—. ¿Tú tampoco, Honey?

—Lo que quieren decir es que nosotras sí nos metemos en lo que ellos creen que no nos importa —repuso Honey—. Pues a mí se me ocurren unos cuantos ejemplos en los que las cosas habrían salido muy mal si no llega a ser porque nosotras investigamos.

—En eso os damos la razón —dijo el señor Wheeler—. Todavía no me rindo. Cuando acabemos de cenar, llamaré al señor Brandio y le preguntaré si a él se le ocurre algo. Ahora, vamos a pedir la cena.

Al señor Brandio no se le ocurrió nada.

—Tiene la cabeza tan llena de viajes aéreos que no conoce a nadie a quien todavía le guste viajar por agua o por tierra —dijo el señor Wheeler a los Bob-Whites.

Mart chasqueó los dedos.

—¡Se desmoronó un sueño!

Honey suspiró.

—Oh, no. Piensa, papá. Conoces a tanta gente…

—Estoy pensando, cariño. El problema, Honey, es que tú crees que soy un prestidigitador, que puedo sacar de la chistera lo primero que se te ocurra.

—Su chistera ha salvado a los Bob-Whites montones de veces, señor Wheeler —dijo Trixie, agradecida—. Cielos, y hay otras mil cosas que hacer en San Luis.

—Dime una —dijo Mart, desconsolado.

—¡Tenía tantísimas ganas de dar un paseo por el río, papá! ¡Tiene que haber algún modo! —dijo Honey.

El señor Wheeler se levantó de pronto, dándose una palmada en la frente. Desapareció sin decir palabra y fue al teléfono que había junto a la piscina. Cuando volvió junto a los Bob-Whites, estaba sonriente.

—¡Olvidad vuestros problemas! ¡Puede decirse que ya estáis a bordo!

—¿De «La Princesa del Pez Gato»? —preguntó Jim.

—Creo que sí. ¿Os acordáis de aquel viejo capitán de barco, el capitán Wainwarton, que habló en el instituto de Sleepyside hace un tiempo?

—¡Claro que me acuerdo! —respondió Jim—. Escribió un libro sobre la vida de Mark Twain en el Mississippi. Caramba, papá, ¿quieres decir que has hablado con él?

—Eso es. Recordé que era de San Luis, y ¿sabéis qué? «La Princesa del Pez Gato» le pertenece en parte. Se acordaba de los Bob-Whites. Al menos nombró a Trixie, pero ¿quién se puede olvidar de Trixie…? —el señor Wheeler desplegó una sonrisa—… para bien o para mal —añadió.

—Eso sí que es un cumplido «equívoco» —dijo Mart—. Así, no se te subirán los humos, Trixie. ¿Y quiere decir que de verdad podremos hacer un viaje a bordo de «La Princesa del Pez Gato»?

—Eso es justamente lo que andaba buscando, Mart. Sólo hay un obstáculo. «La Princesa» va hasta Nueva Orleans. El viaje de ida y vuelta podría llevar mucho más tiempo del que disponemos.

—Entonces, ¿por qué dijiste que fuéramos haciendo las maletas? —preguntó Honey con un mohín.

—A eso voy, Honey. Los remolcadores paran en muchos puntos del río, para dejar allí las gabarras vacías o llevarse alguna nueva. El capitán Wainwarton sugirió que podríais ir con «La Princesa» hasta El Cairo, en el Estado de Illinois, por ejemplo. Dijo que sería un viaje interesantísimo.

—¡Hannibal… veremos Hannibal! —Mart no pudo dejar de

levantar la voz, de tan excitado que estaba—. ¡Chicos, con la ganas que tenía yo de ver la tierra de Huckleberry Finn!

—Lo siento, Mart, pero Hannibal queda río arriba saliendo de San Luis. Deberíamos dar las gracias por poder ir adonde sea, en lugar de ser tan exigente.

—Tal vez podamos ir hasta allí en otra ocasión, en coche —se apresuró a decir Mart—. Me molestaría no ver ese sitio.

—Cualquier lugar del río Mississippi tiene que resultar fabuloso —dijo Trixie, mirando a Mart con cierto retintín.

El señor Wheeler sonrió.

—Eso parecía creer el capitán Wainwarton. Mencionó una ciudad donde hay unas tumbas indias, y también habló de un lugar en el río donde se había escondido Jesse James.

—Guau, me gustaría ver eso —dijo Dan entusiasmado—. Estamos en tierras de Jesse James, en pleno medio oeste. Pero señor Wheeler, usted ha dicho que el remolcador va hasta El Cairo. ¿Cómo volveremos nosotros río arriba desde El Cairo?

—No lo haréis —dijo el señor Wheeler con una sonrisa al ver la cara que ponían los Bob-Whites—. No, no vais a quedaros en El Cairo para el resto de vuestras vidas. Lo que quiero decir es que no regresaréis en barca. Enviaré un coche para que os recoja al día siguiente de vuestra llegada. ¿Qué os parece? ¿Creéis que podréis tener todo listo para salir mañana por la mañana, en los muelles de San Luis?

Mart contestó en nombre del grupo.

—¡Denos la oportunidad y verá!

—¡Es tan maravilloso que parece increíble! —le dijo Trixie al señor Wheeler, casi sin aliento—. Y le estamos muy agradecidos por todas las molestias que se ha tomado.

—¡No ha sido nada! Os dejaré sueltos un par de días. Y otra cosa… Trixie y Honey no encontrarán nada en el remolcador que ponga en peligro sus vidas por hacer de policías.

Trixie abrió el bolso, asomó apenas los papeles arrugados, y los volvió a guardar rápidamente, sonriendo… con una sonrisa cargada de misterio. Al ver que Honey le había leído el pensamiento, le guiñó el ojo. *Menos mal* —pensó— *que no le enseñé estos papeles al señor Wheeler. Puede que no tengan ninguna importancia, pero, si él no sabe que existen, no se preocupará*.

Algo en el aire • 4

A LA MAÑANA SIGUIENTE, bien temprano, el pequeño coche, a punto de reventar de tantos Bob-Whites como iban dentro, se metió en el aparcamiento que había junto al muelle de cargas de la Compañía de Gabarras.

—Papá dijo que buscáramos un sitio apartado —dijo Jim—. Así, a la vuelta de El Cairo, cuando pasemos por aquí, yo recogeré el coche. Chicos, aquí se ponen a trabajar tempranísimo, ¿verdad? ¿Habéis visto alguna vez tanta actividad en el puerto de Nueva York?

Allá abajo, en los muelles, se apreciaba una gran actividad. Las barcazas echaban grandes columnas de humo, arrastrando a las gabarras hasta los muelles para que subieran la carga.

Las grúas irrumpían por doquier con sus largos brazos; una de ellas estaba bajando madera a un carguero que esperaba; otra vaciaba entretanto una gabarra que llevaba largos tubos de acero.

Río arriba y río abajo, hasta donde alcanzaba la vista, los Bob-Whites se admiraron de la interminable flota de gabarras que invadía las aguas. Algunas de ellas, cubiertas de enormes lonas para proteger su carga de grano de la lluvia, esperaban a que llegara algún remolcador a gasoil de los que esperaban a lo largo de la orilla del río para llevárselas. Otras, vacías, aguardaban la carga, mientras los estibadores iban como locos, de un lado a otro, cuidando una y otra vez de que todo estuviera en orden.

Jim sacó del auto dos bolsas, se las pasó a Mart y a Dan, y cerró las puertas del coche.

—Supongo que habrá que buscar el sitio donde tenemos que presentarnos —dijo a los demás Bob-Whites—. Quizás nos estén esperando en la oficina del almacén. ¡Eh! ¿Qué mosca te ha picado, Trixie? —añadió con curiosidad.

Trixie gesticulaba del modo más enigmático en la esquina

opuesta del aparcamiento.

—¡Ese Mercedes! ¿No decíais que habíamos despistado a Pierre Lontard? Y, entonces, ¿qué hace su coche aquí?

Apuntando a otro Mercedes que había por allí cerca, dijo Mart con un bufido:

—Supongo que tú crees que éste también es suyo, y aquél de allá, al lado de ese edificio. Para ti, todos los Mercedes negros del mundo pertenecen, desde ahora, a ese francés.

—Sí, pero a su coche le falta el tapacubos de la rueda de atrás. ¿Ves? La de la izquierda —dijo Trixie con aire triunfal; Honey lo notó enseguida—. Cualquiera que presumiera de querer llegar a ser detective algún día tendría que estar atento a detalles de este tipo.

—¡Tú ganas! —reconoció Mart—. Pero ¿no tendrá él más cosas que hacer en un sitio como éste que nosotros, si tiene la intención de comprar un barco de vapor viejo?

—En eso tienes razón. Lo olvidé —admitió Trixie—. Pero todavía me sigue pareciendo bastante raro que tropecemos con ese Pierre Lontard en todas partes —calló un momento—. ¿Aquel hombre de la oficina nos está llamando?

Un hombre con gorra de capitán se dirigía hacia donde estaban los Bob-Whites, sonriendo.

—Me dijeron que estuviese atento a vuestra llegada. ¡Buenos días! —dijo estrechando la mano de todos ellos—. Soy el capitán Martin, de «La Princesa del Pez Gato». Mi tripulación y yo nos alegramos de teneros a bordo con nosotros. Qué lastima que tengáis que bajar en El Cairo. La parte baja del río, desde Natchez a Nueva Orleans, es la más interesante. Sin embargo, la navegación por allí es arriesgada, vamos casi tanteando, porque el río se estrecha y parece transformarse en otro distinto cada vez que pasamos.

—Pues si ustedes se alegran, imagínese nosotros, capitán Martin —dijo Honey, tan cordial como siempre—. Y qué más da un tramo u otro. Papá nos advirtió que procurásemos no estorbarles en su trabajo.

—Sí, pero cuando vaya conociendo a Trixie verá que la advertencia no es más que papel mojado —dijo Mart—. Honey y Trixie son chicas detectives. Si a alguien se le cae un ancla, Trixie dragará el río para buscarla.

—Y dará con ella nueve de cada diez veces —dijo Jim dándole

mérito—. La Agencia de Detectives Belden-Wheeler se va a tomar unas vacaciones por un par de días… o eso creo.

Lanzó a Trixie una mirada inquisitiva. Ella sonrió pero no dijo nada.

El capitán Martin parecía perplejo. Se acarició la barba castaña. Luego se rio con ganas.

—Ah, ya veo. Es una broma, ¿no? A veces me gustaría tener detectives a bordo pero, claro, no dos chiquillas. Este remolcador, desde el momento en que abandona el muelle, se convierte en una isla. De hecho, quería aconsejaros que dejéis bien cerradas las puertas de vuestros camarotes cuando no estéis dentro. Cualquier cosa puede suceder. Ya ha pasado algo extraño, esta misma mañana. Nuestro cocinero no apareció, y no me ha hecho ninguna gracia. Todo el éxito del viaje puede en ocasiones depender de que haya un buen cocinero a bordo. En realidad, tienen el mismo rango que los oficiales, y cobran lo mismo, y realmente se lo merecen. Pero ya veis, aquí estamos, a punto de zarpar, y no tenemos a nadie que nos ase el pavo. Habrá asesinatos a diestro y siniestro, Trixie, y un montón de casos que poner en manos de un buen detective si la tripulación no tiene el estómago lleno.

—¡Caramba! Honey y yo podríamos ocuparnos de la cocina, o al menos intentarlo. No somos malas cocineras.

—De eso estoy seguro. Pero no será necesario. Gracias de todos modos. Ha ocurrido algo curioso. Me acababan de informar de que nuestro cocinero había tenido que ir al hospital cuando se presentó una pareja. Son marido y mujer, y querían enrolarse como cocinera y marinero de cubierta. La mujer dijo que ya había servido en otros barcos. Por supuesto, tampoco tuve tiempo para comprobarlo. Cruzad los dedos. Sé que a vuestra edad os gusta comer bien.

—¡Bah! Nos da lo mismo lo que comamos o dónde durmamos o cualquier otra cosa —se apresuró a decir Trixie—. ¡Yo no hago más que darme pellizcos, porque todavía no me creo que estemos aquí! Ha sido usted tan amable al invitarnos a viajar en «La Princesa del Pez Gato»… Por cierto, ¿es alguna de esas barcas de allí?

—¡Sí señora! —dijo el capitán Martin con orgullo—. Pero no una cualquiera… es aquella barca… la más grande, con sus nueve mil toneladas. Es uno de los dos transbordadores de la empresa. En todo el país hay pocos buques más grandes que éstos.

Mart se puso la mano de pantalla para ver mejor.

—¡Guau! ¡Mira que tenemos suerte! ¿Cuándo levantamos anclas, señor?

—Esperábamos haber salido hacia el mediodía. Todo el asunto del cocinero nuevo nos ha retrasado un poco. Vamos a arrastrar un cargamento de grano… veinte gabarras. Ya están listos para sacar las diez primeras. ¿Las veis allí, alineadas en filas de dos en dos en el centro del embarcadero? ¿Queréis subir ahora mismo o esperar al resto de la carga?

—¡Ahora! —dijeron todos los Bob-Whites a coro.

—Muy bien. ¿Creéis que podréis hacerlo solos?

—¡Seguro! Como le ha dicho mi hermana, no queremos ser un estorbo. No se preocupe. Subiremos a bordo sin problemas.

Jim reunió a todos los Bob-Whites y todos juntos fueron hasta el muelle. Un marinero de cubierta les indicó por dónde tenían que subir a la primera gabarra y ayudó a las chicas a subir a la chalana. Desde allí, agitaron las manos para que el capitán Martin supiera que ya estaban a bordo, mientras un pequeño remolcador del puerto arrastraba la gabarra hasta el remolcador que sería su hogar durante un par de días.

A bordo de «La Princesa del Pez Gato», blanca como la cal, los Bob-Whites se fijaban en todo cuanto sucedía a su alrededor con la curiosidad de un niño o de un viajero. Al pasar por la galera, vieron a la cocinera y a las doncellas abriendo cajas de verduras, metiendo kilos y kilos de carne en un refrigerador gigantesco, y desempaquetando cajones llenos de latas de comida y de galones de leche. Ya el aroma de la carne asada hacía de la galera el lugar más atractivo del barco, mezclándose con el olor de las tartas de frambuesa que se estaban haciendo al horno.

—Por aquí —les indicó una doncella—. Vuestros camerinos están al fondo de este corredor. Las chicas aquí, y los chicos en este camerino de cuatro literas. Las habitaciones de los oficiales las tenéis a los dos lados. Espero que no ronquen la nueva cocinera y su marido, porque los tenéis pared con pared, chicas.

Trixie se quedó asombrada ante la puerta del camarote, contemplando la blancura nívea y la comodidad que allí había.

—¡Es fabuloso! ¿Ves, Honey? ¿No es una maravilla?

—Hay un salón al doblar la esquina —continuó la doncella—,

donde tienen revistas.

—Gracias otra vez pero ¡bueno, lo que queremos es ir a cubierta y ver el río! —Trixie y Honey pusieron su bolsa en la litera—. No se moleste por nosotras —le dijo Trixie a la doncella.

El ancho río se extendía a su alrededor. Era un hervidero de aparatos de todas clases… lanchas camino de Alton Dam; remolcadores como «La Princesa», de los que empujaban la carga; y remolcadores de los que la arrastraban, echando humo como si realmente protestaran. Al otro lado del río se hallaba el Estado de Illinois y el ajetreado Este de San Luis. Frente a ellos, mientras la grúa iba subiendo el grano a las gabarras, los marineros de cubierta iban de un lado a otro como locos, comprobando, atando y llevando cuerdas, alambre y cadenas de acero.

Los visitantes contemplaban atónitos la escena.

—¡Es delirante! —opinó Trixie—. Todo este ir y venir, todas esas máquinas de los muelles cargando y descargando, todos esos marinos trabajando como hormigas…

—¡Y el cuidado que ponen en amarrar las cargas… nunca había visto unas cuerdas tan gordas! Allí hay un chaval, que tendrá mi edad, llevando una tonelada de cadenas. Lo conocí en el muelle, antes de subir a bordo. Se llama Paul. ¡Miradlo! —dijo Mart mientras se asomaba por la borda y veía a un muchacho muy moreno, de pelo rizado, dejando en el suelo su carga. Éste miró hacía arriba, sonrió, y les saludó con la mano.

—Su tío es timonel. Paul también aspira a ser timonel de remolcador —añadió.

—Sí que te has enterado de su vida pronto. Ni siquiera te he visto hablando con él —dijo Trixie.

—Estabas demasiado ocupada tras las huellas de aquel francés. Paul lleva más de un año trabajando en esta barca. Me dijo que al principio casi se muere, que el trabajo se le hacía pesadísimo. Su tío empezó de estibador en el dique, luego pasó a marinero de cubierta, y a los pocos años se sacó el título de timonel. Y eso es lo que Paul pretende, más que ninguna otra cosa. Si te paras a pensarlo, yo podría llegar a ser timonel un día de estos, en lugar de granjero —Mart suspiró, anonadado—. ¡Todo este jaleo! ¡Aquí no paran!

—¡Y todo ese trabajo durísimo! —añadió Brian, en plan aguafiestas—. A esos hombres se les puede oír cómo gruñen aún por

encima del ruido de los motores. Hay que sudar la gota gorda para atar esos cables de acero y amarrar unas gabarras a las otras. Mirad cómo dan la vuelta a esos trinquetes. ¡Uf! Los tienen que encadenar tan justito que no podrías pasar una moneda por el resquicio que dejan.

—Eso lo hacen para que no se suelten. Dejan un cable que llaman «línea de popa» y que va desde la popa de cada gabarra hasta el remolcador —dijo Mart en tono profesional—. Eso mantiene a las gabarras en línea; de no ser así, cada vez que tuvieran que hacer una maniobra las gabarras se abrirían como un abanico.

—Cielos, Mart, ¿todo eso te lo enseñó Paul?

—En parte. Ese chico sabía todo lo que hay que saber del río, Trix. Pero también hablé con otros hombres, mientras esperábamos en el dique. La única forma de enterarse de las cosas es preguntando.

—Yo creía que Trixie era nuestra entrevistadora oficial —dijo Jim.

—Yo lo único que hago es repetir como un loro lo que otros me dicen —dijo Trixie—. No sé qué haría si no estuvierais vosotros para sacarme de los enredos en que me meto.

Mart se echó una mano a la cadera y se puso a dar vueltas, bailando.

«Empecé en esto de almirante,
del puente de mando me engancharon al timón,
luego a las calderas, para estar caliente,
ahora quieren que me coma el tiburón».

Los demás Bob-Whites se unieron en una típica danza de marineros. La doncella, apoyada en la fregona, se quedó boquiabierta. Abajo, en las regalas, la tripulación, sudorosa y fatigada, oyó la canción y miró hacia arriba, sonriendo.

—¡Chist! —gritó Mart de pronto—. Por ahí viene el capitán Martin. Va a pensar que nos falta un tornillo. La barca debe estar a punto de zarpar. Paul y los demás marinos van a enganchar la grúa a la proa de «La Princesa». ¡Uf! ¡Si llevásemos gabarras por delante!

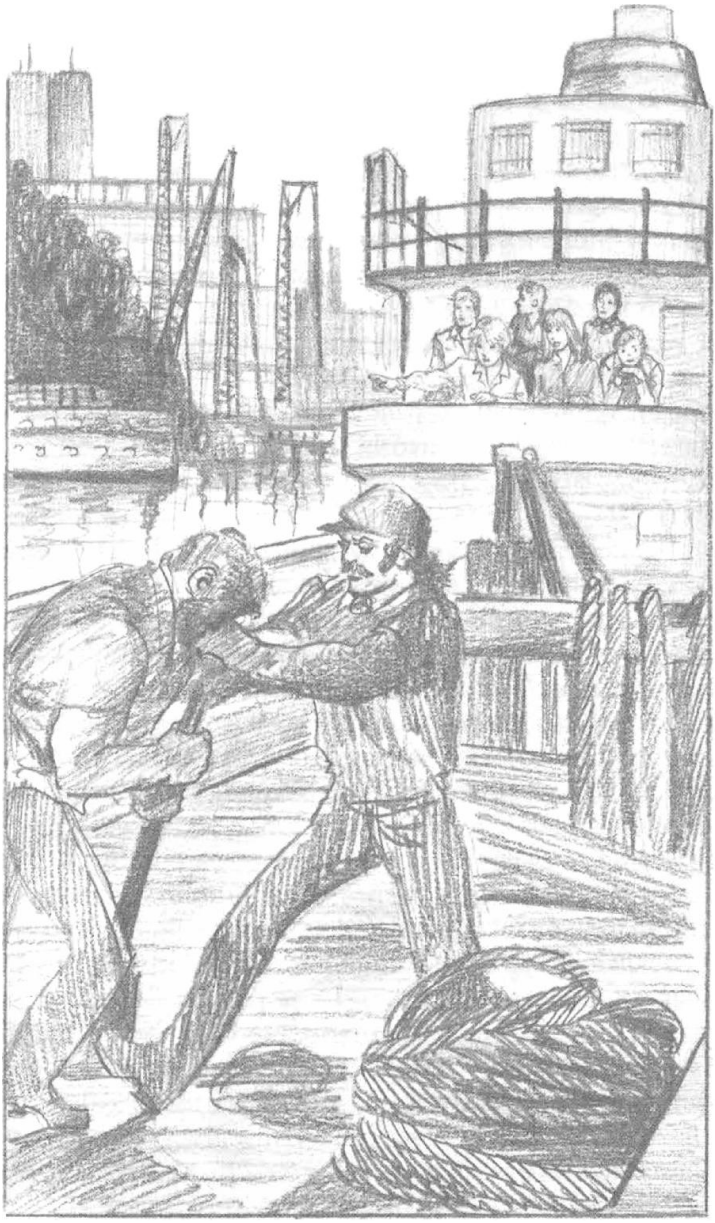
El capitán saludó a los Bob-Whites con la mano, luego subió los escalones que llevaban a la timonera. Allí habló con el timonel de servicio y tomó asiento delante de los controles. Con precisión,

lentamente, movió la barcaza remolcadora hasta que tocó de frente la última de la larga cadena de gabarras, sin apenas producir una sacudida. Entonces los marineros amarraron la grúa al remolcador con enormes cadenas y cables de acero. Los Bob-Whites observaron, fascinados, el trabajo de los sudorosos y robustos hombres del río.

—Chicos, haría falta un terremoto para que la grúa se soltara —dijo Jim, siguiendo con la mirada cada paso de la operación.

—¡Sí! —reconoció Brian, maravillado—. Mirad, ese individuo de allí está haciendo señas. ¡Parece que esto se pone en marcha!

Un silbido sonó, como un trueno. El gigantesco remolcador pareció estremecerse, como aliviado. Los motores se aceleraron, y la resplandeciente «Princesa del Pez Gato» empujó su carga hasta el centro de la corriente y se encaminó al sur.



—¡Divino! ¡Estamos flotando! —dijo Trixie, a quien le costaba creer que tanta tonelada no fuera a hundirse en cualquier momento —. ¿Creéis que estaremos así de cerca de la orilla todo el tiempo? —dijo, y le cogió la mano a Honey y siguió con curiosidad las maniobras con los ojos muy abiertos—. Desde aquí hasta veo un perro corriendo por la orilla.

Dos silbidos agudos interrumpieron su discurso.

—Veo que mueves los labios, Trix —gritó Mart— pero no oigo ni una palabra de lo que dices. Ese pitido nos llama a la mesa. Estoy muerto de hambre. ¡Vamos a bajar de la cubierta, no se vaya a enfriar la comida!

En el comedor, el capitán Martin distribuyó a los Bob-Whites en la mesa, apartó la silla de Trixie para que ésta se sentara, e indicó con un gesto a la camarera que empezara a servirles.

—No podemos perder el tiempo en ceremonias —anunció—. Sólo tenemos media hora para comer. La primera guardia lleva retraso… más de una hora. Normalmente entro de guardia de doce a seis de la tarde, y luego desde la medianoche hasta las seis de la mañana. Perdonad si veis que arremeto contra mi plato con furia. Vosotros tomaos todo el tiempo que queráis. No tenéis nada que hacer sino contemplar el río y comer. En este momento, yo tengo que darme prisa.

La comida comenzó a invadir la mesa como por asalto… un puré de patatas humeante, aderezado con una salsa riquísima, ensalada, salsa de manzana, bollitos calientes, recién sacados del horno, jalea, mermelada, tomate frito, salmuera, leche, café, té… Unas fuentes llenísimas pasaban volando de mano en mano. Nadie conversaba. Allá abajo, las máquinas rugían. Un estrépito de platos y unas carcajadas tremendas se oían desde el comedor de la tripulación.

Los oficiales apuraron sus platos con rapidez, se levantaron de las sillas, y desaparecieron.

—Hoy tenemos tres clases de tarta —susurró el capitán Martin al oído a Trixie y Honey antes de irse.

Cuando los oficiales se marcharon, una mujer cansada y enrojecida se sentó a la mesa como dejándose caer. Obviamente, era la nueva cocinera.

—Es bueno sentarse —le dijo a Trixie—. Soy nueva aquí, y resulta complicadísimo encontrar las cosas en la cocina.

—No me extraña que esté cansada —dijo Trixie, comprendiéndola—. ¡Todo este festín de reyes! —añadió dándose unas palmadas en la tripa—. El capitán Martin dijo que usted se enroló en «La Princesa» esta mañana… usted y su marido.

—Así es. Soy Elena Aguilera, y mi marido se llama Juan, Juan Aguilera. Para él las cosas están siendo todavía más difíciles, porque no está en forma. El trabajo en la cubierta es duro, y él no está acostumbrado.

Trixie escuchó las palabras de la mujer, pronunciadas con voz dulce y cultivada. La miraba perpleja como pidiéndole una explicación más detallada.

—Mi marido y yo nos alegramos de poder estar aquí, en «La Princesa». ¿Sabéis? Está escribiendo un libro sobre los grandes ríos de América, y yo hago las fotos que servirán luego de ilustraciones para su libro. Como casi no hay barcos de pasajeros en el río, ésta es prácticamente la única manera de poder recoger nuestro material. Yo siempre he sido una buena cocinera, y mi esposo es un experto en toda clase de barcos.

—¡Es usted una cocinera espléndida! —le dijo Brian, inclinándose hacia delante, pues estaba algo alejado de ella.

—¡Debe ser fascinante, eso de escribir un libro! —añadió Trixie.

—¿Y cómo puede hacer fotos si no paramos de movernos? —preguntó Dan—. Un montón de fotos movidas no servirán de nada en el libro, ¿verdad?

La señora Aguilera levantó la vista bruscamente.

—Tienes razón. Pero creo que bajaremos a la orilla de vez en cuando, de aquí a Nueva Orleans. Tengo entendido que van a parar con el fin de cargar o descargar gabarras. Si sucede cuando esté libre, sacaré unas cuantas fotos. Y vosotras, chicas, ¿qué vais a hacer después del almuerzo? Antes me he paseado por todo el barco, y lo conozco bastante bien. ¿Os gustaría explorarlo conmigo?

—¡Nos encantaría! Bueno, si no es ninguna molestia. Pero usted estará demasiado cansada…

—No. Esta taza de té era justo lo que necesitaba. Tengo el cuarto al lado del vuestro, me parece. Os veré allí.

—¡Eh! ¿Qué te ha parecido? —preguntó Trixie en voz baja mientras las dos amigas subían a su camarote.

—¿Qué me ha parecido el qué?

—Esa cocinera. ¿Qué hace una mujer culta como ella en un sitio como éste, donde hay que trabajar tanto?

—Quería estudiar el río. Ya lo oíste. Igualito que nosotros. Es la única forma de ver el país desde el río. Y tienen que hacerlo, para que su marido pueda escribir el libro.

—Me pregunto qué aspecto tendrá su marido —dijo Trixie pensativa—. Supongo que será como todo el mundo pero ¿quién es?

—Pues un escritor, supongo, tal y como dijo la señora Aguilera.

Trixie no pareció escuchar a Honey.

—Primero dice que está tan cansada, y ahora se va a recorrer todo el barco con nosotras. Es un poco raro, eso es todo. No la entiendo.

—¡Venga, Trixie! Ella quiere ser amable con nosotras. Puede que tenga hijas. A veces creo que Mart tiene razón… que tenemos la cabeza llena de pájaros.

—Muy bien. Espera y verás. Aquí está pasando algo verdaderamente extraño.

—Es curioso, pero yo tengo la misma impresión, Trixie. Ah, no por lo de la señora Aguilera. A mí me cae bien. Pero hay algo en el aire… tan real como que me llamo Honey.

Música a la luz de la luna • 5

HONEY Y TRIXIE, conducidas por la señora Aguilera, subieron los pocos escalones de la timonera. El capitán Martin, sentado frente a los mandos, saludó a las chicas cordialmente. Luego miró inquisitivamente a la señora Aguilera.

—Estoy enseñando el barco a las jovencitas, señor —dijo—. No sabían muy bien adonde ir. Los bocadillos están listos, y la cena va haciéndose.

—Se ve tan bonito todo desde aquí arriba —dijo Trixie suspirando.

Las ventanas de la timonera estaban abiertas. La barca se deslizaba sobre el agua lentamente; las máquinas funcionaban en vacío. Tan cerca pasaban de la orilla que podían oír el canto de los pájaros en los sauces. Más allá de los árboles, un bob-white [1] silbó, alto y claro. Instintivamente, Trixie contestó a la llamada con un agudo silbido bob-white.

El capitán Martin, asombrado, levantó la vista. Trixie se tapó la boca y soltó una risita. Honey también se rio. Entonces Trixie le explicó:

—¿Sabe qué pasa? Que nuestro club, allá en Sleepyside, en nueva York, se llama los Bob-Whites, y la llamada del bob-white es el silbido de nuestro club. Todos nosotros pertenecemos a un club… Jim, Brian, Dan, Mart, Honey y yo. Ah, sí, y otra chica, Diana Lynch. Ella no pudo venir con nosotros. Los Bob-Whites siempre respondemos a la llamada cuando la oímos, y eso es lo que hice, sin pensarlo.

—Qué interesante —dijo el capitán Martin, que, evidentemente, seguía confundido—. Ahora, justo enfrente, tenéis una vista del río magnífica —señaló el horizonte, por encima de la grúa—. A la derecha podéis ver Cahokia. Allí vivían indios… construían unos

túmulos muy curiosos sobre sus tumbas. Si utilizáis estos binoculares, veréis algunos de esos túmulos. El primer asentamiento de colonos del Estado de Illinois fue en Cahokia; es más antigua que Chicago.

—La vieja barcaza «La Pastora» sufrió un accidente a esta altura del río, en 1844. Setenta personas se hundieron con ella. En 1849, el «Bates» se incendió. Logró llegar a la orilla, pero prendió fuego a toda una flota de barcos que había en los muelles. Eso ocurrió justo allí —concluyó, y sacudió la cabeza como para espantar el horror.

Fascinadas, las chicas escucharon historias y leyendas del río, mientras la señora Aguilera tomaba notas para el libro de su marido.

El capitán les explicó el funcionamiento de los controles del barco. Hasta dejó que Trixie moviera una de sus palancas, para que viese cómo la grúa levantaba su brazo ante su leve toque.

—Encontraréis un montón de cosas que hacer, chicas —les dijo cuando ellas le dieron las gracias y bajaban las escaleras—. Husmead por donde queráis. No hay ningún peligro. Sólo una cosa: mirad dónde pisáis cuando vayáis caminando por la cubierta. Id hasta la última gabarra, si os apetece. Los chicos ya casi han llegado a la mitad. Desde aquí parecen pigmeos, ¿no? Si la cocinera no tiene tiempo para acompañaros, no os será difícil explorarlo todo vosotras mismas.

—No queremos abusar de usted —dijo Trixie a la señora Aguilera con educación—. Como dijo el capitán Martin, husmearemos por ahí nosotras solas.

—Bah, tengo tiempo de sobra. A mí también me encanta andar por aquí, ver la grúa… Os acompañaré, al menos hasta las pasarelas que llevan a las gabarras. Tal vez sea más seguro si voy con vosotras.

—Usted no conoce los sitios donde hemos estado —empezó a decir Trixie.

—¡O los riesgos que hemos corrido! —añadió inmediatamente Honey—. Jim, mi hermano, suele llamarla «Trixie, la intrépida».

—Así que, ya ve, podemos apañarnos sin… —la interrumpió Trixie bruscamente.

Se calló, sin embargo, ante el codazo de Honey. Aturdida, Trixie continuó:

—Bueno… esto es, iremos un momento a los camarotes a coger las bufandas. Se está levantando un viento helado —dijo, y se marchó corriendo, seguida de Honey.

—Ahora dime, ¿por qué estuviste tan seca con ella? —preguntó Honey a su amiga cuando ya la señora Aguilera no estaba a la vista —. Probablemente se siente sola, y quiere ser amable con nosotras.

—Eso es lo que tú te crees. Nos está siguiendo. Eso es lo que pasa.

—¡Trixie Belden, eres la chica más mal pensada que conozco!

—¡Mira quién fue a hablar! Es preciso ser mal pensado si se quiere ser un buen detective. Ya te lo dije antes, y te lo vuelvo a repetir: aquí está sucediendo algo muy extraño.

—Si es así, no creo que ella tenga nada que ver con ello —declaró Honey firmemente—. Oye, ¿qué ruido es ése? Viene del cuarto de los Aguilera. Y ella no está allí porque precisamente nos está esperando abajo.

Las dos se detuvieron y se quedaron inmóviles delante de la puerta del camarote contiguo. En ese momento, el silbato de la timonera emitió un pitido largo y agudo.

—¡Qué mala suerte! —le dijo Trixie a Honey al oído—. Ahora no oigo nada. ¿Qué crees que pudo ser eso que oímos?

—No lo sé. Pero ahí dentro hay alguien.

—Si no llega a ser por ese pitido, estaríamos seguras… ¿Qué dices?

—Digo que somos unas tontas. El señor Aguilera también vive en este camarote. Seguramente estará echándose una siesta.

—Claro. Allí está la señora Aguilera, en la cubierta. ¡Hola!

Las chicas corrieron a su encuentro.

Las tres cruzaron con mucho cuidado la pasarela que unía «La Princesa» con la última gabarra. La señora Aguilera señaló a su marido, que estaba trabajando con una cuerda. Al ver a su mujer y a las chicas, las saludó y volvió a su tarea.

—¿Y ahora qué? —susurró Trixie un momento en que estuvieron alejadas de la cocinera—. Si es verdad que oíste a alguien dentro de ese camarote, desde luego no era el señor Aguilera.

—Bueno, vale, oí a alguien. Lo que no sé es qué tiene que ver eso con el misterio, y cuál es el misterio, para empezar. Tengo un lío en la cabeza que no me aclaro. Míranos, qué mal educadas…

hemos dejado a la señora Aguilera muy atrás.

—Perdone por no haberla esperado —dijo Trixie con cortesía—, pero todo esto es tan nuevo para nosotras… —aparte, dijo a Honey —: Si esta señora es una cocinera profesional, yo soy un chimpancé.

Honey hizo un gesto de impaciencia ante las sospechas de Trixie, luego se entretuvo examinando una marca en un lado de la gabarra.

La señora Aguilera y Trixie fueron caminando hasta la primera gabarra.

—¡Qué pequeño y alejado parece desde aquí el remolcador! —dijo Trixie—. ¡Lejos, lejos!

—Aquí reina el frío, la calma, el silencio —dijo la señora Aguilera, marcando las palabras y entornando los ojos—. Lejos de todo, lejos de todo el mundo.

A Trixie le dio un vuelco el corazón; algo en el tono de su voz y en la expresión de su rostro la había aterrorizado. Antes de que pudiese analizar la razón de su miedo, la señora Aguilera la arrimó a la borda de la gabarra.

—Mira, Trixie. Hay cosas interesantísimas que ver en el fondo del río. Agáchate. ¡Más! Yo te sujetaré el bolso.

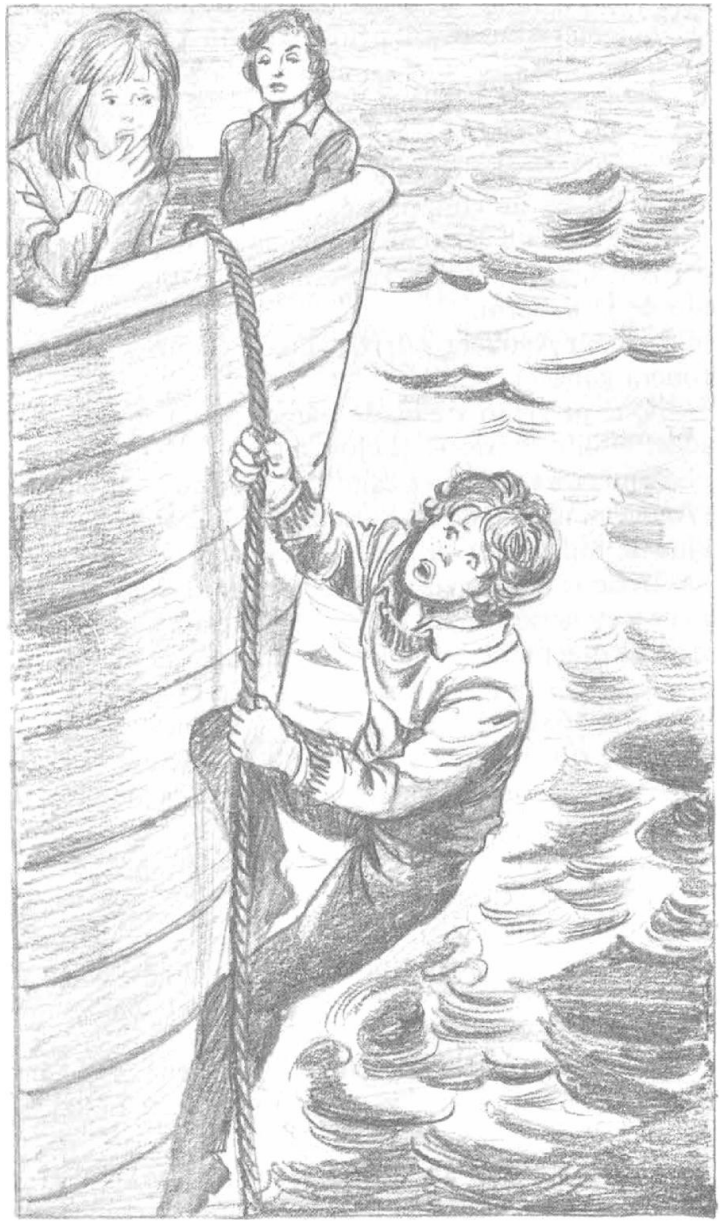
Mientras la cocinera hablaba, Trixie se cayó por la borda, lanzando un grito de terror. Se agarró frenéticamente a una cuerda que colgaba y buscó algo en que apoyarse, por encima de la furiosa corriente.

—¡Honey! ¡Honey! ¡Mi bolso!

Las olas, al chocar contra la gabarra, apagaban su voz. Al cabo de un segundo, Honey ya estaba allí, inclinada por encima de la borda, mirando a Trixie.

—¡Agárrate fuerte! —ordenó—. ¡No sueltes esa cuerda, Trixie! ¡Señora Aguilera! ¡Señora Aguilera! ¡Cójala! ¡Sálvela!

Como saliendo de un trance, la cocinera se echó al suelo, cogió a Trixie de las manos, y la subió. Presa del pánico, Trixie no dejaba de temblar. Miró en torno suyo, aturdida.



—¿Qué ha pasado? ¿Y mi bolso… dónde está mi bolso? —dijo con voz entrecortada. Miró alternativamente a la señora Aguilera y a Honey, inquisitiva.

—¿No lo ves? ¡Lo tiene la señora Aguilera! —exclamó Honey—. Lo cogió cuando te caíste. Si no es por ella, lo pierdes. Y a ti también te ha salvado, Trixie. ¡Te ha salvado la vida!

—¡Gracias! —dijo Trixie a la cocinera, de forma escueta. Le cogió el bolso y se lo puso bajo el brazo, sujetándolo con fuerza—. Podríamos haber acabado los dos en el río, mi bolso y yo.

—Siéntate un minuto y descansa —dijo Honey a Trixie con voz trémula—. No me gusta estar tan lejos de todos. Volvamos al menos adonde están los chicos.

—Sí, vamos ahora mismo —dijo Trixie—. Gracias, señora Aguilera. No queremos entretenerla más.

Con una sonrisa breve, la señora Aguilera las dejó y se marchó a buen paso hacia el remolcador.

—Ya la has vuelto a ofender —dijo Honey a su amiga—. ¡Y te salvó la vida!

—Eso habría que verlo —dijo Trixie muy despacio—. Hubo unos segundos en los que no sabría decirte qué era más importante para ella, si mi bolso o mi vida.

Entonces Trixie se apresuró a ver si los papeles seguían en el bolso.

Honey abrazó a Trixie.

—Te has salvado por los pelos. Ay, Trixie, tú no eres así… estás siendo injusta con la señora Aguilera.

—Puede que sí —admitió Trixie—. Puede que sí, pero es que hay algo en ella que…

Cuando se reunieron con los chicos y Honey les contó lo que había ocurrido, Trixie no pronunció ni una palabra. Escuchó en silencio sus comentarios y les dijo que procuraría andar con más cuidado en el futuro. Pero en ningún momento olvidó la mirada de la señora Aguilera justo antes del accidente; le costaría mucho olvidarla.

Una vez fuera del área metropolitana, el río fluía a través del campo. Los cuarteles de Jofferson se recortaban contra los árboles. Las calles de los pueblos por allí desperdigados bajaban hasta el río siguiendo trazos caprichosos. Chicos y chicas saludaban desde las

veredas a las barcas que pasaban. De las orillas del río les llegaba el olor de la tierra mojada, de la arena, de los capullos en flor, de la humedad de los pantanos, y la dulce fragancia de los sauces. De vez en cuando una garza batía sus alas y se quedaba mirando el remolcador al sobrevolarlo.

Pronto se estrechó el canal, y vieron acantilados de piedra caliza que se erguían hasta alturas inverosímiles desde ambas orillas. Los halcones, rota su paz por el ruido de los motores, extendían sus anchas alas y chillaban.

—Paul me dijo que por aquí había una cueva de varios centenares de metros de profundidad —dijo Mart a los Bob-Whites —. Tal vez sea aquello de allí. ¿Veis ese agujero negro? Puede que sea la entrada. Según Paul, Jesse James se escondió ahí dentro una vez; le perseguían más de veinte hombres. Acabó a tiros con todos ellos, uno por uno. Sí, eso hizo… me lo dijo Paul… y después huyó.

—Missouri está lleno de cuevas —dijo Jim—. Lo que nunca se me olvidará es aquel pozo en la cueva del Bob-White, en las Ozarks, donde se cayó una tal Trixie. Caramba, Trixie, aquella vez te faltó un pelo para no contarlo.

Trixie se apoyó contra una escotilla y suspiró con ojos soñadores.

—Y no lo hubiera contado si no llega a ser porque vosotros vinisteis a salvarme. Los Bob-Whites siempre aparecen cuando uno de sus miembros está en peligro. Y normalmente soy yo la que se encuentra en esos trances. Y tú, Jim, sueles llegar a la cabeza de la expedición de rescate.

—Bueno, pues por lo que más quieras, Trixie, trata de no meterte en más líos —le dijo Jim muy seriamente—. Ahora mismo las acabas de pasar canutas, y eso no es plan.

—¡Olvídalo! ¿Sabéis? Puedo imaginar exactamente cómo se sintieron Tom Sawyer y Huckleberry Finn cuando la corriente del río les llevaba a la deriva en balsa. Tom dijo: «Se ve el cielo allá en el fondo», y es verdad.

—Sí, y cuando Tom le dijo a Huck: «Ahí fuera hay un buen montón de agua», ¿recuerdas lo que Huck respondió? ¿Te acuerdas, Mart?

—Ajá. Dijo: «¡Sí, y eso que sólo ves la última capa!». ¡Uf! ¿Creéis que conseguiremos ir a Hannibal antes de regresar a Nueva York?

Me fastidiaría mucho tener que decir a los chicos del colegio que estuve tan cerca y que no fui allí. ¡Chicos, lo que me gustaría ver la isla de Jackson!

—¡Sí, y aquella valla que Tom Sawyer encaló! —dijo Dan.

—¿Y no te puedes conformar con el sitio en que estamos ahora? —preguntó Trixie, mirando a Mart—. Querías dar un paseo por el Mississippi, y aquí estás.

—Sí, claro, aquí estamos, y de fábula. Pero ¿quién sacó el tema de Tom Sawyer y Huckleberry Finn, Trixie?

—Yo. Y espero que podamos ir a Hannibal; de todos modos, ahora mi felicidad es casi absoluta.

Pasó una hora volando, y luego otra. Los acantilados eran cada vez más altos, y sus largas sombras cubrían el serpenteante canal. En una ocasión se cruzaron con otro remolcador. Todo el mundo, tanto los miembros de la tripulación como los oficiales, se asomaba para curiosear. El grupillo que formaban los Bob-Whites, en la gabarra central, agitaba las manos alegremente, disfrutando de su ocio. Siguieron con la vista al otro remolcador, empujando una larga fila de gabarras llenas de carbón, espiándolo hasta que se perdió de vista. El sol fue bajando en un cielo sin nubes. En la costa, los pájaros aleteaban buscando sus nidos en los altos peñascos. Un viento frío vino del Este, y un silbido agudo anunció que la cena estaba preparada.

Protestaron, aduciendo que no podían tener hambre, después del copioso almuerzo, pero los Bob-Whites acabaron con todo el pollo frito que había a la vista.

—¿Sabéis qué? —preguntó Mart cuando salían del comedor—. Paul toca la guitarra. Forma parte de un trío en Nueva Orleans. Tocan canciones populares.

—¿Y crees que querrá cantarnos algo? —preguntó Honey—. ¿Allá adelante, en alguna gabarra, a la luz de la luna?

—¡Pues claro! —exclamó Mart alegremente—. Ya lo tenemos todo arreglado. Celebraremos un festival de la canción. Saldremos en cuanto estemos listos. A vosotras os esperamos aquí.

Al final de las escaleras que conducían a su camerino, las chicas tropezaron con el señor Aguilera. Cuando éste las vio, intentó tapar una bandeja de comida que llevaba. Al pasar a su lado, se puso rojo como un tomate.

—Espero que nadie esté enfermo —se apresuró a decir Trixie—. ¿Es que la señora Aguilera está cansada? La cena estuvo riquísima. ¿Ha tenido usted que traerle una bandeja de comida?

—Ella está bien. Tengo prisa —dijo el señor Aguilera, y se alejó, llegando a empujarlas para que le abrieran paso.

—Bueno, ¿qué mosca le habrá picado? —preguntó Trixie a Honey—. No es ningún crimen llevarle la bandeja a alguien.

—Quizá esté enfadado por algo. Trixie, ¿acaso no cerraste la puerta con llave?

—Yo creo que sí la cerré. Sobre todo después de que el capitán Martin nos advirtiera que lo hiciésemos. ¿Está abierta?

—Sí. Pero no ha pasado nada, que yo vea. Siempre que llevemos los bolsos encima, no dejaremos mucho que perder aquí.

—Pero que haya un ladrón a bordo parece imposible. ¿Tú crees que alguien que consiga un empleo en un barco tan extraordinario como «La Princesa» se arriesgaría a perderlo?

Trixie sacó un suéter bien calentito de la bolsa y se lo pasó a Honey.

—Sí, y la gente que hemos conocido a bordo me ha parecido estupenda. Ahora, es verdad que el capitán Martin nos lo advirtió. Así que echa el cerrojo y no pierdas el bolso de vista, Trixie. Yo llevo el mío.

Al pie de las escaleras se encontraron con Paul, otros dos marinos de cubierta, y una joven llamada Deena, que los esperaban. Jim, Dan, Mart y Brian estaban con ellos.

Los faros de la timonera lanzaban un rayo de luz blanca que iluminaba los remolques mientras los jóvenes pasaban de gabarra a gabarra hasta la última, o la primera, según se mire. Allí formaron un semicírculo; Paul se puso a afinar la guitarra.

La luz de la luna había transformado el agua en papel de plata. Las luces del río, indicando cada punto y cada curva de su curso, parpadeaban como luciérnagas. De vez en cuando, unos peces diminutos saltaban fuera del agua en grupos, resplandecían en la oscuridad, y desaparecían. La lengua opaca de la niebla baja daba a la escena un aspecto fantasmal.

Esto es de película —pensó Trixie—. *¡Las estrellas! ¡La neblina! Podríamos estar en otro país. Me encanta ver a Paul afinando su guitarra, y oír el ruido de los motores Diesel. Deena es guapa. Me*

recuerda a Linnie, en la posada del tío Andrew, en los Ozarks, pero debe sentirse muy sola aquí, sin ver nunca a otras chicas de su edad. Las otras camareras parecían mucho mayores que Deena, y no son tan amables.

El pitido de una barca que pasó a su lado sonó como un quejido lastimero. Trixie se estremeció. *Niebla… humedad… ese pitido… la atmósfera parece embrujada* —pensó.

—¡Eh, Trixie, aterriza! —susurró Jim—. Es la segunda vez que te hablo, y no me contestas. Estabas a millas de aquí. ¿Has visto a Paul? ¡Cómo hace sonar la guitarra! No hay nada mejor que esto, Trixie… a millas de distancia de cualquier parte, dejándonos llevar por el río a la luz de la luna.

Trixie se dejó hechizar por todo eso, también, y su voz clara acompañó a Paul.

«Voy río arriba o río abajo.
No tengo hogar.
Me enamoré de una linda muchacha,
dejé de vagar.

Viento, lluvia, niebla, nieve
y peligros que ella nunca conocerá,
voy de gabarra en gabarra, haciendo amarras,
el paisaje de la orilla va mudando,
mi amor por aquella muchacha no,
la querré hasta la muerte».

Paul rasgueó la guitarra y cambió de compás.

—Resulta mil veces más divertido tocar cuando la gente canta contigo. ¿Sabéis ésta? —dijo, y rasgueó de nuevo.

—¿Que si la sabemos? —exclamó Dan entusiasmado. Todos cantaron:

«Allá en el camposanto,
todita cubierta de nieve,
yace mi amada;
bajad la cabeza.

Llorad por mi amada,
bajo la nieve.
Llorad por mi dulce amada;
bajad la cabeza».

Repitieron la letra de la canción una vez, y después tararearon el coro con aire melancólico. Paul apoyó la guitarra sobre sus rodillas.

—Hacía tiempo que no oía cantar tan bien. ¿No sabéis canciones de vuestra parte del país?

—Claro —respondió Mart—. Si pensáis que la que acabamos de cantar del camposanto es triste, deberíais oír algunas de las que cantamos por allá, por Nueva York. Dan se echó a reír.

—Nadie como los holandeses para espantar a los fantasmas en el río Hudson. Ya sabéis… canciones como «El jinete sin cabeza».

—¡Oh, no, no cantemos ésa! —exclamó Trixie—. Me pone la carne de gallina. ¿Y si cantamos alguna de Tip Van Winkle? Todo lo que tienes que hacer es sacar unas notas de vez en cuando, Paul. A cantar, Bob-Whites.

«Vamos a cantar una canción de los Catskills, ja,
Una canción de los hombres de las montañas… ja».

«Rip Van Winkle, una noche de tormenta,
dejó a su cruel esposa y subió al pico más alto
de la cordillera de Castskill, donde los hombres
de Hudson
jugaban a los bolos alegremente, pero cuando
le ofrecieron una copa, bebió tantas,
que durmió veinte años seguidos».
«Vamos a cantar una canción de los Catskills, ja,
una canción de los hombres de las montañas… ja».

«Cuando Rip despertó, bostezó y dijo:
¿Veinte años?, y se rascó la cabeza,
levantó el bastón y llamó a su perro,
y salió rumbo a la ciudad con la niebla tempranera,
cantando:
«Ja, muchos llevan veinte años de casados,
y muchos llevan veinte años por muertos dados,
yo me quedo con los segundos, tú con los primeros;
de entre las desgracias de los hombres, las esposas
las peores».

«Te hemos cantado una canción de los Catskills,
ja, la canción de un hombre afortunado… ja».

Los Bob-Whites seguían el ritmo de la canción balanceándose y

batiendo palmas. Deena y los jóvenes marinos tocaron las palmas también.

A intervalos, un rayo de luz blanca iluminaba a los cantantes, recortando su silueta contra el cielo, y luego los devolvía a la oscuridad. Los arcos de luz alarmaban a las tranquilas criaturas de la noche que estaban en la orilla. Una vez, Paul señaló los ojos redondos y brillantes de un ciervo que se estaba bañando.

Finalmente, la luna se ocultó detrás de una nube. La niebla fue espesándose. Sin aliento, y algo cansados, los jóvenes dejaron de cantar. Paul bostezó y se puso la guitarra al hombro.

—Por hoy basta. ¿Venís? Estoy hecho polvo.

Callados, y con cierta desgana, los Bob-Whites le siguieron, cruzando las gabarras hasta llegar a la «La Princesa del Pez Gato».

—¡Gracias, Paul! —proclamaron cuando el chico de Luisiana, Deena, y los marinos bajaban a los camarotes de la tripulación.

—Os acompañaremos hasta la puerta —dijo Jim a las chicas—. Déjame la llave, Trixie. Yo la abriré… ¡Pero si está abierta! —encendió la luz—. ¡Eh! ¿Qué ha pasado aquí? Todo está revuelto. Y sé que vosotras sois incapaces de dejar la habitación así.

Polizón a bordo • 6

TRIXIE Y HONEY se quedaron de piedra sin atreverse a entrar. La habitación estaba patas arriba. Habían tirado al suelo los cajones de la cómoda, y hasta habían deshecho las camas. Al oír sus gritos, la señora Aguilera salió corriendo de su camerino. Alguien encendió las luces del pasillo, para combatir la semioscuridad que allí reinaba. El señor Aguilera se unió a su mujer.

—¡Un ladrón! —gritó Trixie—. ¡Hay que avisar al capitán Martin!

En ese instante se apagaron las luces.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó Jim—. ¡Volved a dar la luz! Ha pasado alguien. Dan, ¿has sido tú?

—No, pero un tipo casi me saltó por encima en la oscuridad. Oí cómo se golpeaba contra la cubierta, allá abajo. ¡A por él!

Los chicos bajaron a saltos las escaleras y corrieron por la cubierta, seguidos de cerca por las chicas.

—¿No habéis oído eso? ¡Se ha tirado al río! —gritó Trixie, y corrió hasta la borda—. ¡Por allí! —dijo al capitán Martin, que había salido corriendo del salón.

—¿Dices que alguien saltó por la borda? —vociferó.

—¡Sí, señor! Si mira hacia allá, le verá la cabeza —Trixie escudriñó la superficie del río, entre la barca y la orilla.

—Veo una mancha oscura. No es la cabeza de nadie. Es una boya. Las ponen para indicar que las aguas están profundas.

El foco de la timonera había encontrado el punto que Trixie señalaba.

—Pero sí que es una persona, nadando —insistió Trixie—. Esa mancha oscura se mueve. ¿No la veis?

—Me figuro que el capitán Martin sabe distinguir una boya cuando la ve, Trixie —se apresuró a decir Mart—. Se conoce el canal palmo a palmo.

—Quienquiera que haya armado ese revoltijo en vuestro camerino tiene que seguir a bordo. El capitán Martin se ocupará de él, si tú le dejas.

—No pasa nada, Trixie —le dijo el capitán Martin—. Lo más probable es que necesite vuestra ayuda para llegar hasta el fondo de este asunto. La doncella te ordenará las cosas. Cuando hayas hecho el inventario, hazme saber si te falta algo. Me pondré a investigar mañana, antes de que abandonéis el barco para ir a El Cairo. ¡Por si no tenía bastantes problemas! Se desenganchó una gabarra… por eso vamos tan cerca de la costa. Tenemos que arrimarnos a ella y amarrarla. ¡Un retraso más, y no llegaremos a El Cairo hasta la semana que viene! ¡Todo el mundo a cubierta! —dijo a sus marinos —. ¡Tenemos un montón de trabajo!

Los Bob-Whites se levantaron en cuanto despuntó el alba, listos para desayunar con el capitán Martín.

—He interrogado a todos los miembros de la tripulación —les dijo—. Y no he encontrado nada que me haga sospechar de ninguno de ellos. ¿Te falta algo?

—No, pero…

—¿Sí, Trixie?

—Sinceramente, no creo que ningún miembro de la tripulación tenga nada que ver con lo de mi cuarto. Alguien saltó al agua y llegó hasta la orilla a nado. Pondría la mano en el fuego.

Los Bob-Whites la apoyaron firmemente.

—Ese tipo por poco me arranca la cabeza al salir huyendo por la escaleras —dijo Dan.

—No puede haber sido nadie de a bordo —masculló el capitán Martin—. Los conozco a todos como a mis hijos, y todos están aquí. Y, siendo yo capitán de «La Princesa», jamás ha subido un polizón. ¿Dónde se iba a esconder un hombre?

—Pues no lo sé —replicó Trixie—. Pero el caso es que alguien se escondió en alguna parte.

Impresionado por su insistencia, el capitán Martin dijo con calma:

—Eso que señalaste anoche en el agua era una boya… bueno, si es que estábamos mirando lo mismo. Llamé por radio a los guardacostas, alertándolos, y repetí la llamada después de que consiguiésemos amarrar la gabarra. Nadie vio a ningún hombre

nadando.

—Admito —prosiguió el capitán— que a esas horas de la noche la zona estaba desierta… sólo dos hombres pescando y otros dos dando una vuelta por el malecón. Ninguno de ellos estaba «pasado por agua». Desde luego, es un rompecabezas.

Trixie miró en torno suyo para ver si la señora Aguilera podía oírla.

—Antes de que empezásemos a cantar, vimos al señor Aguilera, que sacaba una bandeja de comida de su camerino. Le pregunté si su mujer estaba cansada y le había llevado la comida, y…

—Sí, ya sé, Trixie. La señora Aguilera pensó que podrías recordar ese detalle y mencionarlo. Cuando ella y su marido subieron a bordo por la mañana temprano para sustituir al cocinero enfermo, no habían desayunado. Tomaron un poco de café y unos bollos en su camarote y no tuvieron oportunidad de llevarlo a la galera. Así que ya ves, esa pista no nos vale. De todos modos, prosigue con tu investigación, Trixie. La Agencia de Detectives Belden-Wheeler podría dar con la clave. Entretanto, enviaré un informe a la oficina de San Luis. He tenido ladrones a bordo antes, pero siempre robaban algo, y acabamos encontrándolos.

—Entonces, ¿no se va a preocupar de averiguar quién era ese polizón? Puede burlarse de Honey, de mí y de nuestra agencia, si quiere, pero nosotras hemos ayudado a detener a tipos muy peligrosos.

—No lo pongo en duda. En primer lugar, y para ser sincero, no creo que nadie que conozca el río se atreva a nadar en él. En sus aguas viven unos peces bastante feos.

—¿Muy grandes? —preguntó Mart, alarmado.

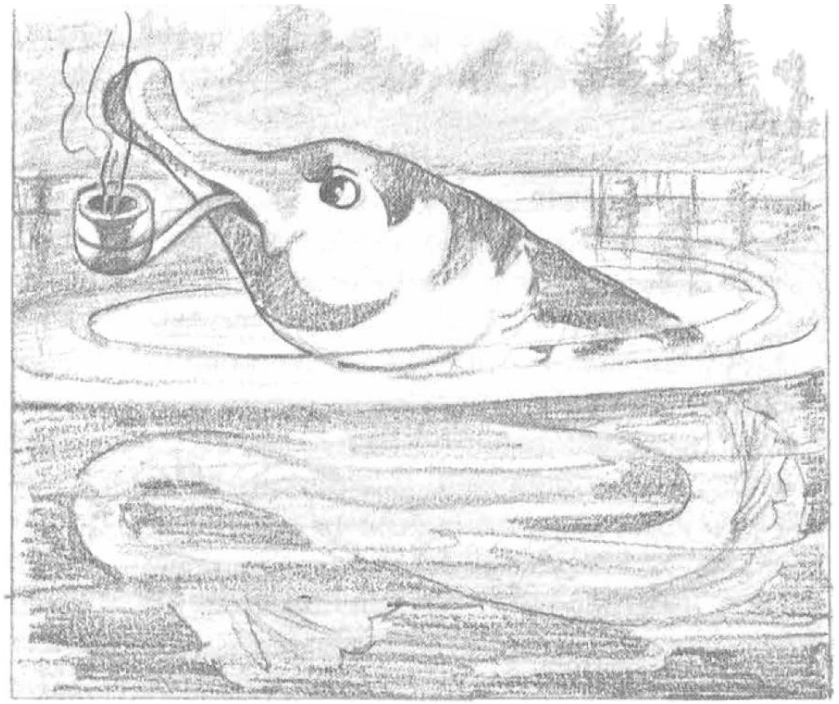
—Hay peces aleta [2] de hasta doscientas libras de peso.

—¡Uf! —exclamó Trixie abriendo los ojos como platos.

—No os podíais imaginar que hubiese peces tan grandes en el Mississippi, ¿verdad, Trixie? Pues los hay. El pez aleta se parece al tiburón. ¡Eh! ¿Habéis visto alguna vez un pez gato [3] … un pez gato de verdad?

—¿Cómo de grande? —repitió Mart que parecía un disco rayado.

—De dos metros de largo. Feísimo… de un negro azulado… ojos saltones… y barbas prominentes.



Honey se arrimó a Trixie.

El capitán Martin sonrió.

—Deberíais oír hablar a los Cajuns[4], allá abajo, en Nueva Orleans, de peces grandes. Si vinieseis con nosotros, haría que Shanty Jim, que trabaja en el dique de allí, os hablara del pez aguja que vio. «El Viejo Tuerto», le llama él. Jim jura que lleva una corona de oro y que fuma en pipa, que levanta bancos de arena para que se atranquen las barcazas y que agita la cola para crear corrientes… y hasta cuenta que en alguna ocasión, cuando ha tenido bastante hambre, se ha tomado un marino para el almuerzo.

Trixie y Honey, que habían seguido el relato con cierto miedo, se relajaron y rompieron a reír.

—Reíd cuanto queráis —dijo el capitán Martin—. Hace tiempo que aprendí a no tomar a broma ninguna leyenda de las que circulan sobre el río. Os diré una cosa: los estibadores del río dan un gran crédito al Viejo Tuerto. Cuando se emborrachan, echan tabaco al agua para el legendario pez aguja. Les gusta verle encender su pipa. El humo de ésta es más espeso que la niebla, y es

menester amarrar las barcas. Después duermen la mona encima de montones de algodón.

—Muy bien, señor —dijo Trixie solemnemente—. Pero, volviendo a ese hombre que saltó por la borda…

—Olvídate de eso de momento, Trixie. Ahora tengo guardia. Venid a la timonera; desde allí disfrutaréis de una buena panorámica del río. La mañana es espléndida.

Mientras «La Princesa del Pez Gato» enfilaba su proa hacia El Cairo, el capitán Martin, al percibir la inquietud de sus visitantes, dijo:

—Llevo el río en la sangre. Lo mamé de niño; nací frente al Mississippi. Era un chaval de diez años, haciendo recados para los estibadores de San Luis, cuando decidí que la vida del río estaba hecha a mi medida. Los vapores llevaban carga y pasajeros, en aquella época. Conseguí un empleo en el que tenía que vigilar el tejado de la timonera de «Nell, el Loco», y es que una chispa del motor podía incendiar un barco. Me moría de miedo, en aquel primer trabajo… miedo de no hacerlo bien.

—Era joven entonces. No pesaba ni cincuenta kilos. Intentaba levantar cadenas, y grandes cantidades de cuerdas, pero no podía. No podía levantar ni un saco de grano. Pero seguí trabajando duro, y a los quince años ya me cargaba cualquier cosa sobre las espaldas a diez centavos la hora. No era mucho, pero yo me ganaba el sustento en la barca. En tierra, podía cenar por veinte centavos en los muelles, y costaba un níquel ir al cine. Me compraba ropa de segunda mano por un dólar, en un almacén del puerto, y un par de zapatos por un cuarto de dólar.

—¿Zapatos nuevos? —preguntó Mart.

—¡Ah, no! Zapatos usados, pero que todavía se les podía sacar un buen partido. Bueno, después de aquello me puse a trabajar de marinero de cubierta, aún en «El Loco Nell». Luego pasé a timonel.

—¿Y luego a piloto? —preguntó Trixie.

—No. Pasaron tres años antes de conseguir el permiso de piloto. Para entonces, ya me conocía cada pulgada del río, cada curva, cada acantilado, los troncos espectrales de los sicómoros… tendríais que ver los destellos que lanzan cuando la luz del faro se cruza con ellos en una noche de niebla. Hasta podía estrechar manos con las ranas de los pantanos y llamarlas por su nombre. Ya me había

hecho un hombre de pelo en pecho cuando me saqué el primer permiso. Era yo, entonces, el encargado de conducir la barca a salvo a través del canal, metiéndola en el puerto de Memphis, aunque todavía tenía miedo. Ahora ya tengo permisos para navegar por el Ohio, el Missouri, el Tennessee, y todos los afluentes que pasan a tres mil millas del Mississippi… el Quachita, el Bayou Masón, el Yazoo, el Girasol… Cuando llegaron los motores Diesel, me costó un tiempo adaptarme. Ahora ya lo he hecho, pero sigo añorando el runrún de las paletas de las ruedas y la llamada solitaria de los silbidos de los viejos vapores en una noche de invierno.

En su camerino, como una hora antes de tener que dejar la barca en El Cairo, Trixie dijo a Honey:

—Claro que nosotras sabemos, las dos, que todo lo que nos ha ocurrido a bordo de «La Princesa» está ligado a Pierre Lontard.

—Desde luego —coincidió Honey—. Pero ¿cómo?

—No estoy segura. Él estaba a bordo. Eso lo sé, a pesar de que al capitán Martin le extrañe que alguien saltara por la borda. Él iba detrás de mi bolso y de los papeles. Cómo se las arregló para subir, no tengo ni idea. Dan jura que alguien se le echó encima y se largó corriendo por la cubierta. Sólo hay tres camarotes en nuestro pasillo: el nuestro, el de los chicos, y el de los Aguilera.

—Eso es cierto. Y lo de la bandeja que llevaba el señor Aguilera sigo sin verlo claro.

—Y otra cosa, Honey. ¿Por qué la señora Aguilera mostró tanto interés por mi bolso cuando estuve a punto de caerme al río?

—Bueno, no creo que tengas derecho a sospechar que fue ella quien te hizo tropezar. ¿Acaso no arriesgó su vida para rescatarte? No, yo creo que ella está fuera de sospecha. Ha sido tan buena y tan amable… Puede que su marido sea un poco raro, pero ni siquiera tengo razones para afirmar eso. El capitán Martin no puso en duda la explicación que dieron sobre la bandeja.

—Ten presente que el capitán Martin no sabe nada sobre lo de Lontard. Iba a decírselo, pero recordé lo mucho que se burlaba de nuestra agencia de detectives.

—No quiso ofendernos. Casi todos los mayores se niegan a tomarnos en serio hasta que se enteran de los casos tan difíciles que hemos solucionado… sobre todo tú.

—Tal vez, pero hay otra cosa que me preocupa. Ojalá la señora

Aguilera no me hubiese oído imitar la llamada del bob-white.

—Bah, se supone que es secreta, sí, pero si ese bob-white no hubiera silbado desde la orilla… —dijo Honey.

—Sí. Y, al oírla, no pude más que responder, sin pensarlo dos veces. Después, me sentí ridícula, y creí necesario añadir algo. Me porté como una estúpida.

—No lo eres —aseguró Honey—. Lo que pasa es que te gusta la gente. Todos te adoran por eso. Y en cuanto a preocuparte por la señora Aguilera… quisiera que la olvidaras. Siempre has demostrado tener buen ojo para juzgar a las personas. Ella nos trata como una madre. ¿Oyes? Nos llaman los chicos.

—Sí. Debemos estar llegando a El Cairo. Y, Honey, puede que a ti te parezca maternal la señora Aguilera, pero yo no le veo ningún parecido a mamá. Oye, me da pena llegar al final del viaje, ¿a ti no?

—¡Ay! Sí —dijo Honey suspirando.

Trixie abrió la bolsa, metió dentro el pijama y las alpargatas, y metió un saquito donde guardaba el cepillo, el peine, y el lápiz de labios.

—Sé exactamente lo que quieres decir. Cuando Pierre Lontard saltó por la borda (y me juego lo que quieras a que fue él), nuestra misión en este remolcador pareció acabada —dejó lo que estaba haciendo, miró fijamente a Honey, y prosiguió—: Éste puede ser el caso más importante en que hayamos trabajado… si podemos probar que esos papeles que llevo en el bolso tienen algo que ver con algún programa espacial, y si logramos seguirle la pista a ese Pierre Lontard. ¡Caramba, Honey! ¿Te imaginas la propaganda que supondría para nuestra agencia? ¿Quieres meter algo en la bolsa?

—Unas cuantas cosas —contestó Honey, y se calló unos segundos—. ¿No están parando los motores?

—Sí. Debemos estar en El Cairo.

—Pues hay que darse prisa. El capitán Martin dijo que llamaría a alguna lancha del puerto, para que pase a recogernos. Ellos no van a entrar en los muelles con «La Princesa». Todas las gabarras del remolcador van a Nueva Orleans.

Trixie ayudó a Honey a meter sus cosas en la bolsa. Miró en su bolso, para asegurarse de que los papeles seguían allí.

—No hemos estado aquí más que unas horas, y mira si nos han pasado cosas. Me encanta «La Princesa del Pez Gato». Ya no se oye

el ruido de las máquinas. Vamos a por los chicos.

Con educación y cordialidad, los Bob-Whites se despidieron del capitán Martin y de todos los otros oficiales y de los miembros de la tripulación, que tan amablemente se habían portado con ellos durante todo el viaje.

—Venid a visitarnos otra vez, ¿prometido? —les dijo el capitán Martin—. Cuando bajéis en el muelle, cruzad el Parque Estatal del Fuerte del Desafío hasta llegar al motel. Está en la calle principal. Y ahora, adiós.

El señor y la señora Aguilera se quedaron mirándolos, y Paul y Deena agitaron los brazos desde la borda del barco, mientras la lancha se alejaba de «La Princesa del Pez Gato».

La suerte de los Bob-Whites • 7

—ME PREGUNTO por dónde habrá que ir ahora —dijo Jim cuando el grupo llegó a la orilla del río. Tomó una de las bolsas e indicó a Brian con un gesto que cogiera la otra.

—Tenemos que cruzar el parque —señaló Mart, muy seguro—. El motel El Corazón de la Tierra no debe estar lejos del límite; a unas pocas manzanas, quizás.

—Entonces no necesitaremos buscar un taxi —dijo Trixie mientras se quitaba la bufanda, que tenía enrollada en torno a sus rizos de color pajizo, y la metía en el bolsillo de su chaqueta—. Hace calor aquí, ¿no? En el río soplaba ese viento tan fresco… Qué pena tener que decir adiós a «La Princesa del Pez Gato».

—Sí —dijo Honey—. No tuvimos tiempo para llegar a conocer bien a Deena.

—Ni a Paul —añadió Mart—. ¿Queréis que llevemos las bolsas Dan y yo?

Brian sacudió la cabeza y Jim dijo:

—No, gracias —y se cambió la bolsa que él llevaba.

A los pocos minutos de andar en silencio, Jim anunció:

—Ya casi estamos. ¿Veis el cartel… allá adelante? ¿Y por qué le habrán puesto ese nombre al motel… «El Corazón de la Tierra»?

—Porque estamos en el Medio Oeste… en el corazón de la tierra americana —dijo Mart con pomposidad.

Dan suspiró.

—Tengo ganas de que te quedes sin respuestas para alguna situación, Mart.

—¿Y qué le voy a hacer, si soy una lumbrera por naturaleza? ¿Te pasa algo, Dan? Tienes la cara más larga que un lagarto.

—No es nada. Sólo que no dejo de darle vueltas a ese tipo, Lontard; me parece tan escurridizo… ¿Sería Lontard el polizón? Me pregunto dónde volverá a aparecer.

—El capitán Martin no pensaba que hubiera un polizón a bordo —objetó Mart.

Dan se acarició la barbilla, pensativo.

—Si alguien se le hubiese echado encima mientras huía, tratando de llegar a la borda, habría cambiado de opinión.

—Tal vez se haya ahogado —dijo Mart, sin disimular el contento que le producía semejante posibilidad.

Trixie se estremeció.

—Ay, espero que no. Mart, eres un sanguinario. Ahora yo estoy con Dan. Creo que Pierre Lontard llegó a la orilla a nado, y que todavía no se ha despedido de nosotros. Ya que no nos ha sido posible llegar hasta el final del trayecto, en Nueva Orleans, espero que volvamos a San Luis cuanto antes. Aunque el capitán Martin haya negado que alguien saltara por la borda, yo sé que era un hombre eso que Honey y yo vimos en el agua. No era ninguna boya, y ese hombre era Pierre Lontard. Y se cruzará en nuestro camino tarde o temprano. Y si no, el tiempo lo dirá.

—Lo que a mí me gustaría que el tiempo dijera es dónde está el coche que teníamos que llevarnos —dijo Brian, dejando la bolsa en el suelo y secándose el sudor de la frente—. ¿Entramos en el motel?

—Pues claro —contestó Jim—. Quienquiera que tenga que esperarnos no va a hacerlo en la puerta. Estará dentro, en alguna parte. Ten, Dan, coge tú esta bolsa ahora. Iré yo a ver —concluyó, y abrió la puerta a las chicas.

—Te esperaremos aquí, en el vestíbulo —le dijo Trixie—. Ojalá podamos marcharnos enseguida.

Los Bob-Whites encontraron asientos desde los que se veía la calle.

—El parque es una hermosura —dijo Trixie—. Pero parece algo descuidado. Supongo que será porque ya no hay vapores y la ciudad le ha vuelto la espalda al río. Es un poco triste que pasen estas cosas, ¿no crees, Honey?

—Sí. El Cairo debió ser una ciudad llena de esplendor en la época en que los vapores desbordaban los dos ríos, el Ohio y el Mississippi. ¿No os acordáis de aquella película tan vieja de Edna Ferber… «La Barca del Mississippi», que vimos en la tele? Siempre deseé haber nacido en una barca como «El Algodón en Flor», igual que Magnolia Hawks. Y en la película Gaylord Ravenal estaba tan

guapo… —dijo Honey dando un profundo suspiro.

—¡Bueno! ¡Mujeres! —exclamó Mart mientras subía una pierna al brazo del sillón donde se había acomodado—. Dale a un actor unos ojos negros, penetrantes, y blusas con chorreras, y a las chicas ya les deja de importar lo que el tipo tenga dentro.

—Eso no es cierto, Mart Belden, y tú lo sabes —repuso Honey, indignada—. Los hombres eran guapos entonces, y tienes que admitirlo.

—Oye, ¿y sabe alguien por qué toda esta zona está llena de nombres egipcios? —preguntó Brian cambiando de tema estratégicamente. No soportaba que los Bob-Whites discutieran—. Pasamos por Tebas río arriba; ahí vivía el capitán Hawks de tu Algodón en Flor, Honey. Y ahora estamos en El Cairo, claro que aquí la gente pronuncia «Elm Kairou», en vez de «El Kairo». ¿A qué santo tantos nombres egipcios?

—Bueno, ¿veis?, la cosa es que…

—¡No, Mart, otra vez no! ¡No me digas que también sabes eso! —dijo Dan tapándose la cara con las manos.

—Sí. Cuando algo me llama la atención, procuro averiguar de qué se trata. Claro que hay veces que te quedas con la duda. Llaman «Egipto» a toda esta área por la tierra tan rica que tienen, tierra del delta… como la del delta del río Nilo. Por eso consiguen obtener todo ese maíz… con un suelo tan rico…

—Vale, Mart. Con eso ya nos hacemos una idea. Gracias. Yo lo que digo es que si tuviera que pararme a conocer al detalle cada cosa que me llama la atención, nunca llegaría a ninguna parte.

—Así es, Mart —dijo Trixie enfáticamente—. Si Dan se hubiese parado a pensar en esos ladrones de joyas de Nueva York, a mí me habrían encontrado en quién sabe dónde con la garganta abierta.

—¿De qué estás hablando, Trixie? —preguntó Jim, que se había reunido con el grupo y escuchaba de pie la conversación—. Parece que habéis estado discutiendo. Bien, ahora os daré algo en que pensar. El conserje de recepción dice que nadie ha preguntado por nosotros. Es un tipo listo.

—¿En qué sentido? —preguntó Trixie.

—Hay un montón de gente apiñada ante el mostrador. ¿Los veis? Supongo que eso le puso nervioso. Le pregunté si alguien se había interesado por alguna persona llamada Wheeler. Dijo: «Creo

que no. No me acuerdo. La gente me hace más de una docena de preguntas por minuto. Claro, si hubieras preguntado por algún Schimmelpennick… un nombre así lo habría recordado». Por supuesto, todos rieron la gracia.

—Y me figuro que ahora se creerá un genio del espectáculo —dijo Mart—. ¿Y le contestaste?

—Pues según se mire. Le dije que pensaba que Schimmelpennick era un nombre muy honorable, pero que yo preguntaba por un Wheeler.

—Y así él pasó a ser tu enemigo —dijo Mart—. Ya sabes lo que pasa cuando pinchas un globo… se vuelve como loco, porque dentro no tiene más que aire… ¿Decías algo, Brian?

—Sí, que está muy claro que el tipo que se suponía que tenía que pasar a recogernos no ha llegado —dijo Brian con calma—. No nos perjudicará esperar aquí un rato. A mí me entretiene ver cómo va el tráfico en la calle. Antes de que nos demos cuenta, el auto se meterá aquí y aparcará justo enfrente.

Pero no fue así. No apareció ningún auto. Y nadie preguntó en recepción por un tal Wheeler.

Los Bob-Whites esperaron durante dos horas; entonces Jim decidió pasar a la acción.

—Iré a llamar a papá. Tal vez haya habido algún malentendido, o puede que el que tenía que pasar a recogernos haya tenido problemas con su coche.

—Te acompañaremos al teléfono —dijo Mart—. Tendrás que recurrir a la operadora, en la centralita. Los Bob-Whites esperaron en un semicírculo mientras Jim hablaba con la señorita de los auriculares. Lo vieron vacilar un momento, volverse, hacer como que se marchaba, y volver a hablar con ella.

—Eh, ¿sabéis qué? —dijo a sus intrigados amigos—. Venid aquí, para que nadie nos oiga. Me temo que hemos caído en una trampa.

—¡Jim! ¿Qué es? —dijo Trixie con tanta curiosidad como miedo —. ¿Tiene algo que ver con ese Lontard?

—Eso creo, Trixie. Parece su estilo. Cuando pedí a la operadora que llamara a papá a San Luis, me dijo que era la segunda vez, en pocas horas, que llamaba a ese número. Dijo que un hombre había telefoneado a papá nada más empezar ella su turno, a las siete de la mañana.

Trixie se llevó una mano a la boca, consternada.

—¿Y has averiguado lo que dijo a papá?

—Me costó lo mío. La interrogué y se hizo la ofendida… diciendo que ella no era ninguna cotilla, que jamás escuchaba. Yo la tranquilicé, asegurando que estaba convencido de que nunca lo haría a propósito. Cuando le expliqué lo importante que era para nosotros, se mostró algo más dispuesta.

—¿Y qué dijo?

—Lo siguiente, Trix: oyó que ese hombre decía a papá que habíamos resuelto no bajar en El Cairo y seguir en «La Princesa» hasta Memphis; que el capitán de nuestra barca había radiotelegrafiado a la costa diciendo que queríamos que este señor llamara a papá a cobro revertido para comunicarle el cambio de planes.

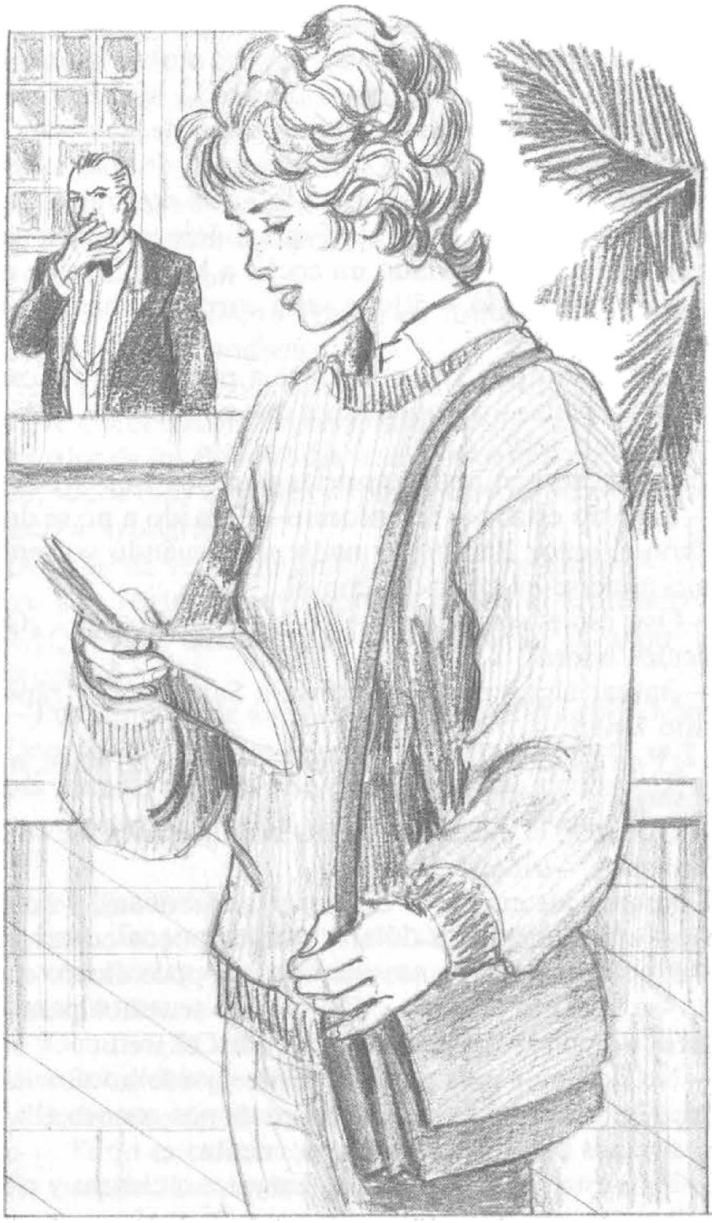
Trixie sacudió la cabeza, sin poder creerlo.

—Pero ¿por qué iba a hacer una cosa así?

—Para darle otra oportunidad de robarte el bolso —apuntó Dan —. Cuando le falló el juego de policías y ladrones que montó en el remolcador, pensaría en otro medio de conseguir esos papeles.

—¡Cielos! ¡Estos papeles deben ser muy importantes para él! — Trixie abrió el bolso y sacó las hojas, las examinó y las volvió a guardar, sujetando el bolso con fuerza—. Seguro que son planos… parte del programa espacial. Por ahí hay alguien dispuesto a dar una gran suma de dinero por la información que nosotros tenemos.

Presa de la excitación, Trixie había elevado la voz. Honey, al darse cuenta de que el conserje había abandonado el mostrador y se hallaba por allí cerca, se llevó un dedo a los labios para advertir a su amiga.



—Sí, más vale que cierres el pico —le aconsejó Dan—. Estoy empezando a pensar que este asunto te viene demasiado grande, Trixie. Ese Lontard parece peligroso. Lo más probable es que nos esté vigilando en este mismo momento.

Jim volvió la cabeza hacia el mostrador de recepción.

—Si es así, Dan, y tengo la impresión de que estás en lo cierto, entonces más nos vale largarnos de aquí cuanto antes. Intentaré hablar con papá lo antes posible, le contaré lo ocurrido, y le preguntaré qué quiere que hagamos. Puede que ya haya enviado un coche a Memphis que nadie estará esperando —dijo, y salió corriendo hacia el teléfono.

—Uf, espero que Jim encuentre a papá —dijo Honey con voz trémula— porque parece que no sabemos qué camino tomar, ¿eh?

Jim regresó con malas noticias para los Bob-Whites.

—Papá no estaba —les informó—. Ha ido a no sé donde, con el señor Brandio, y nadie sabe cuándo volverá o cómo ponerse en contacto con él.

—Oye, eso es estupendo —dijo Mart con ironía—. ¿Qué hacemos ahora?

—Buscar algún modo de volver a San Luis… y rápido —dijo Brian.

—¿Y de dónde sacamos el dinero? —preguntó Mart, más realista.

—Que todo el mundo vacíe sus bolsillos para ver cuánto tenemos —ordenó Jim.

Contaron los modestos billetes y las monedas, y no sumaron más que treinta dólares y unos pocos centavos.

—No sé por qué llevamos siempre tan poco dinero encima —se lamentó Honey—. Con eso no tenemos para los billetes del autobús, y menos aún para el tren.

—No llevamos más porque en Sleepyside no nos hace falta —le recordó Jim—. Toda la gente nos conoce allí. Si necesitamos algo, lo cargamos a cuenta.

—Pero esto no es Sleepyside. Estamos a cientos y cientos de millas de allí. Aquí nos tienes, muy al sur, en una vieja ciudad de la ribera, ¡y ese francés está aguardando a que llegue la hora de asesinarnos! —balbució Honey—. Jim, ¿por qué no llamas a la oficina del señor Brandio y haces que nos envíen más dinero?

—No haría eso sino como último recurso, Honey. Avergonzaríamos a papá. Vaya unos chicos tan listos que somos, si no sabemos salir de una como ésta. ¿Creéis que alguien accederá a llevarnos a San Luis, diciendo que le pagaremos al llegar?

—¡Claro! —exclamó Honey en tono triunfal—. ¡Jim, búscanos tú un conductor!

No resultó tan sencillo, sin embargo. Ningún taxista de los que encontraron se prestó a hacer un viaje tan largo. Alrededor de los Bob-Whites se congregó una pequeña multitud, todos muy amables y comprensivos, pero nadie dispuesto a ayudarles.

Después de ver rechazada la ayuda por tercera vez, un joven con gorra de navegante se acercó al mostrador.

—¿Qué hay, chicos? ¿Os habéis metido en algún lío? —preguntó.

—Por llamarlo de alguna forma —le dijo Jim—. Mire…

Después de que Jim le contó la historia, Mart, que no había parado de moverse de los nervios, preguntó:

—¿Alguna sugerencia sobre la manera de regresar a San Luis?

El joven sonrió.

—Ésta. Tengo una lancha que voy a llevar a Alton Dam para una carrera que tendrá lugar allí mañana. Si queréis acompañarme, os llevo.

—¡Guau! —exclamó Mart—. ¡Ya vuelve la famosa suerte de los Bob-Whites! ¡Vamos!

—Podemos pagarle treinta dólares —dijo Jim, más práctico—. Si no es suficiente, le daremos más al llegar a San Luis, cuando llamemos a mi padre.

—¿Y para qué iba a cobraros nada, si voy para allá de todas maneras? —dijo el joven con una sonrisa—. Me alegrará tener compañía.

—Pero no quisiéramos causarle tanto trastorno por nada —insistió Jim—. Deje al menos que le entreguemos lo que tenemos.

—Ni hablar. ¿Estáis todos?

—Sí, yo soy Trixie Belden —le dijo ésta, extendiendo la mano—. No sabe el favor que nos hace, llevándonos a San Luis. Ya encontraremos algún modo de recompensarle. Éstos son mis hermanos, Brian y Mart. Aquí Dan Mangan, y Honey Wheeler, y su hermano Jim.

—Llamadme Bob —dijo el joven aunque no les dijo su apellido —. Yo estoy listo para zarpar, si vosotros lo estáis. Cabremos todos, aunque algo apretados. La barca está en la orilla de Ohio. Es allí donde amarran las embarcaciones pequeñas… Dejaré el coche en el muelle hasta la vuelta.

Trixie miró la hora en su reloj.

—¿Tenemos tiempo de almorzar? Hemos desayunado tan temprano… Tengo muchísima hambre. ¿Por qué no vamos a una cafetería? No tardaremos nada. ¿Quieres ser nuestro invitado, Bob?

—Si nos damos prisa. Me gustaría salir enseguida.

Conque engulleron las hamburguesas, se bebieron unos vasos de leche malteada, compraron unas cuantas cajas de galletas para el camino y, cuando el sol ya había subido hasta lo más alto, siguieron a Bob hasta su coche.

Cruzaron El Cairo muy pronto. Antes de que pudieran darse cuenta, Bob estacionó el coche cerca de un bosque de mástiles y motoras. Ayudó a las chicas a subir a una de ellas muy reluciente, que se llamaba «El Cometa».

—Chico, está fenomenal —dijo Mart dando un largo silbido—. Supongo que no pesaremos demasiado, ¿eh?

—No, no creo —repuso Bob bruscamente—. Subid.

—Desde luego, esto es mucho mejor que ir a San Luis en coche —dijo Mart jubiloso—. Ahora sabremos qué tal está eso de ir zumbando por el río a toda velocidad… ¡después de la parsimonia de «La Princesa»! Aunque aquello también estuvo genial —añadió inmediatamente—. ¿Necesitas ayuda, Bob?

—No, gracias —Bob arrancó el motor, y zarparon hacia el sur por el río Ohio, se metieron en el enorme lago que se formaba en la confluencia de los dos ríos, y puso proa Mississippi arriba.

—Parece que esta vez sí que hemos despistado a Pierre Lontard —susurró Trixie al oído de Honey—. Creyó que nos tenía atrapados en El Cairo. ¡Mira por dónde! —añadió, despidiendo con un gesto de victoria la ciudad del delta, que se difuminaba en la lejanía.

Allá lejos, en El Cairo, un hombre atravesó a grandes zancadas el malecón donde se encontraba el puerto deportivo; se metió en su coche, un Mercedes negro, y pisó a fondo el acelerador.

Rescatados • 8

LA VELOCIDAD DE LA LANCHA resultaba refrescante. Trixie y Honey, desmelenadas por la brisa, se inclinaban según el balanceo de la barca y reían, contentas. Adelantaron a un remolcador; sus máquinas seguían un ritmo tenaz, su fuerza empujaba una fila de gabarras cargadas de petróleo río arriba, contra la corriente.

—«La Princesa» lo tenía fácil, casi dejándose llevar por la corriente, ¿no? —preguntó Mart—. Era lenta, es verdad, pero cuando veo otro remolcador me da no sé qué. ¡Chicos, esta lancha levanta cada ola!, ¿eh, Bob?

Bob, inclinada la cabeza sobre el volante, no contestó. Dio una patada contra el suelo; algo le tenía enojado.

—Ya sé lo que estás pensando, amigo —dijo Jim. Él tenía una canoa en el río Hudson—. Esas olas son peligrosas, ¿verdad?

Bob no respondió. Tenía la mirada clavada en las boyas que marcaban el límite del canal.

Apareció de pronto la ciudad de Tebas. Había niños en lo alto de la colina a cuyo pie llegaban las aguas. Los Bob-Whites les saludaron con la mano. Bob quitó el pie del acelerador, cogió los binoculares de debajo del asiento y, sujetándolos con una mano, enfocó el pueblo, más allá de la playa.

Una carretera corría paralela al río. Pasaban coches y camiones. Los binoculares de Bob siguieron la trayectoria de un automóvil. Trixie, picada por la curiosidad, apenas veía nada sin un catalejo. Hubo algo que le chocó, sin embargo. O bien el coche llevaba encendidos los faros, o bien era la luz del sol que se reflejaba allí, produciendo esa impresión.

—¿Qué estas mirando, Bob? —preguntó—. ¿Me dejas?

Bob se volvió bruscamente, metió los binoculares debajo del asiento, y pisó el acelerador.

—No era nada —dijo de forma tajante.

Supongo que no me ha oído pedirle los binoculares —pensó Trixie—. *Parece que está tenso. Creí que sería más divertido. Jim, cuando salimos con su barca, no se porta en absoluto como Bob. Tal vez el Mississippi sea distinto. Las corrientes son tan fuertes, que Bob tiene que estar pendiente*.

A Jim y a Brian también parecía confundirles el extraño comportamiento de Bob.

—Estamos todos demasiado serios —dijo de pronto Trixie—. Vamos a cantar algo —y, con voz clara, entonó una canción que Paul les había enseñado en «La Princesa». Los demás la siguieron.

«Ah, soy hombre de río,
sí, sí, sí, sí,
en el agua, bien, pero con una orilla a cada lado,
sí, sí, sí, sí.
No me gusta el océano, tan movido,
no, no, no, no,
ni las ballenas, ni las serpientes de mar,
no, no, no, no».

El runrún del motor parecía marcar el ritmo; la motora partía en dos las aguas. El capitán del yate no prestó la menor atención a los cantares, sin embargo. La costa atraía su mirada como un imán.

Cuando los Bob-Whites se disponían a cantar la segunda estrofa, Bob volvió a sacar los binoculares y escudriñó la orilla. Luego encendió intermitentemente los faros de la lancha.

—Los estoy probando —dijo a Jim, que estaba demasiado cerca como para no observar los movimientos.

De pronto la canoa sufrió una sacudida. El motor chisporroteó, hizo un ruido entrecortado, y se paró. Navegaban muy cerca de la orilla, en una zona pantanosa y desierta.

Bob forcejeó con el acelerador y con los mandos.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Jim amablemente—. Tengo una canoa del mismo tipo que «El Cometa». Puede que se haya metido agua en el depósito de gasolina —se inclinó, se puso un poco de gasolina en la mano, y sopló para ver si quedaba algo de agua una vez que la gasolina se había evaporado—. No, no es eso.

—Déjame a mí. Ya la pondré en marcha —dijo Bob, pisando otra vez el acelerador, y ahora la máquina respondió.

—¡Buena chica! —dijo Jim a la lancha—. Apuesto a que llegas a

las cincuenta millas por hora.

Bob hizo un gesto de impaciencia.

—Quita de en medio, chaval. Voy a meterla allí y ver qué le pasa.

Apartó la mano de la válvula de admisión, levantó el motor del agua, y metió la canoa en un pantano atestado de juncos, hasta una cala que quedaba oculta por una fila de sauces llorones medio caídos. En el momento en que la canoa metió la proa en la cala, dos hombres les hicieron señales de que se alejaran. Se les habían subido los colores del enfado.

—¿Qué diablos están haciendo aquí? —gruñó uno de ellos—. Llevamos días detrás de un banco de peces, y ahora que los teníamos a punto de llenar nuestras redes nos los espantan. ¿Qué le pasa a su barca?

—Nada —respondió Bob con frialdad, ignorando a los hombres y mirando hacia la carretera—. Sólo quería echar un vistazo al motor. No andaba bien.

—Entonces, adelante —dijo uno de los hombres—. El daño ya está hecho. Bueno, ¿sale o qué?

Arriba, en la carretera, se oyó acelerar el motor de un coche. Las ruedas patinaron en la arena; después se alejó con gran ruido.

—Creo que no hará falta —contestó Bob, y arrancó el motor—. Parece que ahora va bien —el zumbido de la lancha sonó perfectamente al dar marcha atrás, de vuelta al canal—. Supongo que me equivoqué —dijo, disculpándose ante los dos hombres, que estaban enojadísimos—. ¡Que tengan mejor pesca la próxima vez!

—¿No te ha parecido un poco raro? —susurró Trixie a Honey, al oído, cuando la canoa reemprendió su camino—. Bob ha estado obrando de un modo muy peculiar desde que salimos, con lo simpático que estuvo cuando se ofreció a ayudarnos, en el motel. Me pregunto… —entonces se arrimó a Dan—. ¿Oíste el coche, en la carretera, cuando paramos? Bob estaba pendiente de algo. ¿O es que estoy loca?

—No estás loca —dijo Dan con gran sigilo—. Pero chist… calladita, ¿eh? Ni una palabra.

—Entonces ¿a ti también te parece extraño todo esto?

—Extrañísimo. ¡Calla!

Bob se inclinó de nuevo sobre el volante.

Los sauces se repetían en la orilla, formando una masa verde. Aumentaron de velocidad, y siguieron acelerando, produciendo una espuma alta y blanca. «El Cometa» saltaba alegremente sobre el agua. El paisaje, desigual, era una zona pantanosa junto a escarpados acantilados calizos. Jim se puso pálido al ver que Bob se metía en el camino de un velero que manejaban dos jóvenes.

—¡Cuidado! —advirtió.

Pero Bob se limitó a emitir un gruñido y apretó el acelerador, contraviniendo todas las leyes de navegación.

Había hombres que levantaban sus puños en son de queja; sus pequeños botes casi volcaban ante el empuje de las olas provocadas por «El Cometa». Había remolcadores avisando del peligro con sus silbidos agudos; a pesar de todo, Bob pasaba demasiado cerca de las gabarras.

Ahora estaba segura Trixie de que había algo alarmante en el comportamiento de Bob. No encontraba motivos para conectarlo al caso «Pierre Lontard», pero algo le decía que Bob estaba conchabado con el francés. ¿Habrían quedado en encontrarse en la cala donde Bob molestó a los pescadores? Bob se había puesto furioso al ver a los dos hombres.

Jim y Brian, serios, intercambiaron miradas inquietas con Mart y Dan. Casi no abrían la boca, y lo que decían se perdía, apagado por el ruido del motor.

Trixie trató de recordar la escena en el vestíbulo del motel «El Corazón de la Tierra», donde habían estado esperando en vano. Tal vez algo de lo ocurrido allí arrojara alguna luz sobre las oscuras acciones de Bob. Mientras discutían su problema con los taxistas todo había sido muy natural. Aunque, ahora que lo pensaba, recordó haber visto una gorra de capitán de yate en alguna parte del vestíbulo. *¿Acaso habrá sido Bob el anzuelo utilizado por Pierre Lontard, desde el principio? ¿Habrá estado Bob espiando a los Bob-Whites durante su estancia en El Cairo? ¿Habrá buscado una ocasión para llevárselos en su canoa?*

Hemos hecho una cosa que mamá siempre nos ha advertido que no hiciéramos jamás, desde que tenemos uso de razón: aceptar dar un paseo con un extraño —pensó entristecida.

Trixie se arrimó a Dan y murmuró con voz ronca:

—Creo que hemos caído en una trampa.

Dan asintió. Y Mart. También ellos lo sabían.

Jim, que seguía al lado de Bob, se volvió, señaló a éste con la cabeza, y se llevó un dedo a los labios.

¿Qué podían hacer? Muy poco. Bob pilotaba la canoa de modo temerario, pero tampoco querría salir lastimado él mismo, así que lo de provocar un accidente en «El Cometa» quedaba fuera de lugar.

Algo o alguien estará aguardándonos, para acabar con nosotros donde y cuando quiera —pensó Trixie—. *Claro. Por eso Bob hacía señales con los faros, encendiéndolos y apagándolos mientras nosotros cantábamos, justo antes de meterse en aquel pantano. Si los pescadores no llegan a estar allí…* Trixie se estremeció. Honey alargó una mano buscando la de Trixie y la apretó.

—No tengas miedo —dijo tan alto como se atrevió—. Bob se está haciendo el machote, demostrándonos lo rápida que puede ir «El Cometa». ¿Te acuerdas? Mañana tiene una carrera.

—Yo… no… creo… que… se trate… de eso —balbució Honey.

«El Cometa» dejó atrás el cabo Girardeau, y también el puerto de Santa Genoveva.

Si es verdad que Bob está conchabado con Pierre Lontard, lo sabremos al llegar a San Luis —pensó Trixie—. *Entonces conoceremos su juego*.

«El Cometa» disminuyó de velocidad cuando se acercaban a los Cuarteles de Jefferson, en las afueras de la ciudad. *Ya está* —pensó Trixie—. *Lontard estará esperándonos en la orilla. Ha estado siguiendo la carretera que bordea el río. ¿Nos convendrá saltar por la borda cuando aminore la velocidad? ¿Conseguiríamos llegar a nado hasta alguna barca?*

Los demás Bob-Whites parecían compartir sus dudas. Seguramente estaban pensando en algún modo de escapar.

Bob, concentrado en la tarea de poner proa hacia la orilla, dirigió la lancha hasta un bosquecillo de sauces. Trixie se arrimó a Honey, indicó por gestos a los demás que se acercaran, y propuso en voz alta:

—¿A nadar?

Bob, aturdido, se volvió y gritó:

—¡Atreveros, si queréis! Llevo una escopeta por si las moscas, y

no tendré reparos en disparar.

Trixie, horrorizada, lanzó una mirada al ancho río. De pronto, y como por arte de magia, se había quedado vacío, sin ninguna nave que surcara sus aguas. Pero, de pronto, allá a lo lejos, vio que se levantaba espuma, y la espuma dejó ver enseguida dos lanchas patrulleras, de los guardacostas que venían hacia ellos. Los Bob-Whites desplegaron amplias sonrisas cuando Trixie señaló hacia las dos barcas, que se acercaban rápidamente.

Bob había apartado la mano de la válvula de escape, para meterse en una cala semioculta. Entonces, alertado por el repentino silencio de los Bob-Whites, miró a su alrededor. Al ver lo que ocurría, se quedó estupefacto. Gruñendo como un gato montés, dio marcha atrás, hizo girar a «El Cometa» y puso proa hacia el espacio abierto. El motor, en primera, respondió inmediatamente. Pero su velocidad y rapidez de reflejos no bastaron para recuperar el tiempo perdido en ir marcha atrás. Las ondas formadas por las patrulleras se acercaban, empujando a la canoa de Bob hacia el único canal que podía seguir… el que llevaba al muelle más cercano de la ciudad.

—¡No haga locuras! —gritó uno de los guardacostas. ¡Amarre allí delante de aquel almacén!

Bob, sin soltar la cuerda del motor, buscó algo. El cañón de un rifle resplandeció bajo el sol de la tarde. Trixie, al verlo, gritó:

—¡Tiene una escopeta! ¡Va a disparar!

El patrullero de la lancha que tenían más cerca apuntó a Bob a la cara y dijo:

—¡Un movimiento hacia ese rifle, amigo, y no volverás a disparar nunca más! ¡Sigue!

Como la mayoría de los criminales, cuando se ven acorralados, Bob se rindió enseguida. Se desinfló como un globo pinchado y condujo «El Cometa» hacia el muelle, obediente. A las órdenes del guardacostas, Jim y Brian echaron una cuerda alrededor de un poste e hicieron un nudo marinero. Luego los patrulleros requisaron el rifle de Bob.

—¡Muy bien, pónganme la multa! —dijo Bob—. Supongo que por eso nos han detenido.

—Eso era lo que te teníamos reservado cuando te vimos en el río —dijo el policía—. Una multa por cada una de las infracciones cometidas… empezando porque tu barca no tiene número de

registro y terminando por haber puesto en peligro vidas ajenas. Pero ahora la cosa es más grave, amigo mío. Hiciste un buen trabajo resistiéndote allá atrás, así que hablaremos de ello en la comisaría. Acompáñame.

Los Bob-Whites vieron cómo se llevaban a Bob. Obviamente, se sentían muy aliviados de haberse librado de él.

—Y ahora veamos qué es lo que tenéis que decirnos vosotros, chicos —dijo uno de los guardacostas—. ¿De qué conocíais a ese tipo? —dijo señalando a Bob.

Un pequeño grupo de personas ociosas del muelle se congregó, mirando con curiosidad. Antes de que ningún Bob-White pudiese replicar, dos hombres se abrieron paso entre la gente. Uno de ellos mostró una insignia, habló aparte con los guardacostas, y dijo en voz alta:

—Nosotros nos ocuparemos de esto. Tenemos unas cuantas preguntas que hacer.

Los guardacostas saludaron y se marcharon.

—Muy bien, ¿quién es el portavoz? —preguntó uno de los hombres.

Jim iba a hablar pero Trixie se le adelantó, y dijo:

—Eso depende de quién esté haciendo las preguntas.

—Creo que son agentes federales, Trix —se apresuró a decir Dan —. ¿Qué querrán?

—Nosotros no hemos hecho nada —se defendió Trixie.

Los demás Bob-Whites hicieron de eco:

—¡Nada de nada!

—Nos quedamos colgados en El Cairo —empezó a decir Trixie —, y Bob… el propietario de «El Cometa»… se ofreció para llevarnos a San Luis. ¿Sabe? Vivimos en Nueva York…

—Bueno, de momento es suficiente. Ya averiguaremos los detalles más tarde. Me gustaría ver tu bolso, jovencita. ¿Me permites?

Trixie lanzó una mirada de socorro a Dan.

—¿Y cómo sabes que son del gobierno? ¿No será otro truco de Lontard?

El hombre que le había pedido el bolso sacó del bolsillo su placa de identificación y se la enseñó a los Bob-Whites.

En silencio, Trixie le pasó el bolso. El hombre sacó de él los

papeles, los hojeó, y asintió con la cabeza.

—Supongo que tendremos muchas cosas de que hablar en la comisaría. Haced el favor de acompañarnos.

Todo el grupo, triste y desanimado, esperó la llegada de los señores Wheeler y Brandio en el edificio federal donde estaban retenidos.

Al cabo del larguísimo proceso que había llevado a identificarlos, les fue permitido, por fin, hacer una llamada telefónica. Cuando el señor Wheeler oyó la voz de Jim, según les dijo este último, estaba frenético. El conductor del coche, enviado desde El Cairo a Memphis, no los había encontrado allí tampoco. El señor Wheeler había telefoneado a las autoridades en El Cairo, que le informaron de la salida en barca de los Bob-Whites. Nadie sabía nada de la barca o del hombre a quien pertenecía. El señor Brandio, a petición del señor Wheeler, había estado tratando de ponerse en contacto con la policía federal por si tenían noticia de los jóvenes desaparecidos, cuando Jim llamó.

—Jamás había visto a papá tan disgustado —dijo Jim—. Y me figuro que la hemos armado buena por no contarle nada de este asunto antes.

A Trixie se le cayó el alma a los pies.

—Hubiera hecho cualquier cosa por ahorrarle el mal rato que ha debido pasar —dijo—. Yo iba a contárselo todo en cuanto lo viera. No tenía ni idea de que nos retendrían aquí. Simplemente estaba tan contenta de haber bajado de «El Cometa», que no pensé en nada más. Honey, tú sabes que le habría evitado a tu padre el dolor de cabeza como fuera, ¿verdad?

—Todos lo sabemos —dijo Honey, enfrentándose a Jim, toda enfadada—. Si rebuscas en tu memoria, te darás cuenta de que todo lo que nos ha pasado ha sido desde que embarcamos en «La Princesa del Pez Gato». Recordarás, también, que intentamos ponernos en contacto con papá en El Cairo, por teléfono, y que averiguamos que alguien —Lontard, de eso estamos seguros— dijo que íbamos a Memphis. No sé por qué hay que echarle la culpa a Trixie. De hecho, tampoco entiendo qué derecho tienen a retenernos aquí y someternos a todo ese interrogatorio.

—Es la rutina —le informó Dan—. Todo se aclarará tan pronto como lleguen el señor Brandio y tu padre. Lo que no comprendo es cómo sabían esos agentes federales que guardabas los papeles en el bolso.

—Yo sí —dijo Mart—. Al menos, tengo una idea. Ese conserje tan rastrero del motel de El Cairo estaba con la antena puesta, atento a lo que decíamos, y vio a Trixie sacar los papeles del bolso, en el vestíbulo. ¿No te acuerdas, Trixie, de que Honey y Dan te advirtieron que bajaras la voz y que cerrases el bolso?

—Ah, sí, ahora que lo dices —replicó Trixie—. Me imagino que el conserje pensó que todos pertenecían a la misma organización… Lontard, Bob, y los Bob-Whites. ¡Cielos! Puede que los investigadores no sepan que Bob está relacionado con Lontard… o que eso creemos nosotros. ¡Ay, ay, ay! ¡Lo más seguro es que no tengan ni idea de la existencia de Lontard! ¡Ay! ¡Que tu padre y el señor Brandio se den prisa, por favor!

Un baño temprano • 9

TODAVÍA PASARON treinta o cuarenta minutos antes de que el señor Wheeler y el señor Brandio entraran en el pequeño cuarto donde esperaban los Bob-Whites. Un agente del gobierno acompañaba a los dos hombres. Estaba sonriendo. Trixie, alerta, se relajó un poco. Luego, al ver el semblante grave del señor Wheeler, volvió a sentirse incómoda.

—Hemos repasado la historia —dijo el investigador federal—. Hemos cotejado vuestra versión con estos caballeros. Hay mucho en juego. Y mucha gente está implicada, incluyendo al patrón de esa barca que os trajo hasta aquí.

Entonces sí que saben que Bob podría estar conectado con Lontard —pensó Trixie, y atendió con interés al relato del agente.

—El señor Brandio me explicó cómo os metisteis en esto. Será necesario que sigamos en contacto. Jovencita —dijo dirigiéndose a Trixie—, más te valdría trabajar con nosotros en el futuro. El señor Wheeler nos ha hablado de tu increíble habilidad para descubrir a los infractores de la ley. Pero esto no es lo más apropiado para dos chiquillas.

Trixie se incorporó en su silla y fue a hablar cuando el investigador levantó la palma de la mano.

—Ya sé, Trixie, que Honey y tú vais como locas buscando algún caso que resolver como detectives aficionadas. Lo que digo es que este asunto os viene demasiado grande. ¿Por qué no dejáis que nos ocupemos nosotros de él de ahora en adelante?

—Trixie y yo no vamos buscando casos —protestó Honey—. Además, tenemos pensado montar una agencia de detectives, algún día.

—¡Bien! Toda persona de talento es bienvenida en este negocio. Yo no me dediqué a ello hasta que me gradué en la Universidad y

en la Facultad de Derecho. Ya rondaba los veinticuatro años cuando hice mi primer trabajo. Eso os haría esperar unos cuantos años, ¿no?

—Entonces, ¿usted cree que si Honey y yo vemos algo sospechoso debemos quedarnos cruzadas de brazos hasta que la policía se entere?

—¡Por supuesto que no! En nuestra complicada sociedad de hoy, con todos los proyectos que están en marcha —proyectos secretos, proyectos que han de ser protegidos de los agentes subversivos— necesitamos la colaboración de todos los ciudadanos, jóvenes y viejos, de los Estados Unidos. No pretendo minimizar el bien que Honey y tú, el bien que todos los Bob-Whites o cualquier organización como la vuestra hacéis. Lo único que os pido, Trixie, como un favor especial hacia la gente que vive de esto, es que no trates de hacerlo sola. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Supongo que sí, señor. No pretendía hacerlo sola. Sólo quería asegurarme de que no era una tontería antes de molestar al señor Wheeler con esto. Ahora ya sé que usted desea que le informemos inmediatamente de cualquier cosa que nos parezca sospechosa.

—Eso es. Y eso era lo que hacía el conserje del motel «El Corazón de la Tierra» cuando vio que sacabas esos papeles del bolso. No se lo tengáis en cuenta. Por cierto, chicas, una advertencia… ni una palabra sobre ellos. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijeron a la vez Trixie y Honey.

El agente del gobierno se volvió hacia el resto de los Bob-Whites, y les dijo:

—Y eso también va por vosotros, por favor. Probablemente tendréis noticias mías muy pronto. Entretanto, quiero que toméis nota de mi número de teléfono —lo anotó rápidamente en una tarjeta y se la entregó al señor Wheeler—. Si surge algo, por insignificante que parezca, que creáis que tiene que ver con el caso, coged el primer teléfono y decídnoslo. No puedo daros más información de la que tenéis, ya que hasta que no analicemos esos papeles no sabremos nada. Si os halláis en peligro, eso sí (y nosotros procuraremos que no ocurra) llamad a la comisaría de policía más cercana y después poneos en contacto con nosotros.

Los Bob-Whites le aseguraron que habían entendido sus instrucciones y que las seguirían al pie de la letra.

—¿Entonces no va a seguir reteniéndonos? —preguntó Trixie esperanzada.

—No. Os entregamos a los señores Wheeler y Brandio. Hemos dicho a estos caballeros que deberéis informarnos cuando abandonéis esta parte del país para regresar a Nueva York. Y no olvidéis lo que os he dicho, sobre todo vosotras, Trixie… Honey.

Ya casi era de noche cuando salieron de la comisaría, en el centro de San Luis. Con todo lo que había pensado en comer, fue Mart quien sacó el tema.

—Puede que algunos de vosotros hayáis aprendido a vivir del aire —dijo suspirando—. Yo no. No soy una planta de invernadero. Vamos a buscar una hamburguesería, y pronto.

El señor Brandio sonrió.

—Iremos al Mayfair, calle arriba, Mart. ¿Qué os parece? Pedid una hamburguesa, si queréis, pero antes echad una ojeada al menú.

En el restaurante alemán ya quedaba poca gente. Los Bob-Whites se sentaron en torno a una mesa grandísima, aspirando los atractivos aromas de la cocina alemana. Mart se frotó el estómago ritualmente y, cuando el camarero se detuvo junto a la mesa, señaló con el dedo toda la carta y dijo:

—Tráigamelo todo, acompañado de un cochinillo asado.

Cuando le sirvieron la cena, Trixie no tenía nada de apetito. *El señor Wheeler va a hacernos un montón de preguntas* —pensó— *en cuanto nos pongamos a comer. Y yo no soportaría contestar a ninguna más. Siempre se ha portado muy bien con nosotros. Nos trajo a San Luis para que disfrutáramos de lo lindo y ahora nosotros (o al menos yo) le hemos sacado los colores delante del señor Brandio. Se le ve tan desasosegado…*

Justo entonces el señor Wheeler soltó una carcajada ante una broma de Mart. También el señor Brandio se rio. A Trixie se le hizo la boca agua. El plato que tenía delante era verdaderamente tentador. Se le escapó un largo suspiro de gratitud, dedicado a los señores Wheeler y Brandio.

Desde ese mismo momento —lo que tardaron en cenar, levantarse de la mesa plenamente satisfecha su voracidad, e ir con el coche hasta el muelle para recoger el otro automóvil— el señor Wheeler no mencionó para nada la experiencia que habían sufrido. Ni siquiera habló de ello cuando llevó a Honey y a Trixie al motel,

con el señor Brandio. En la puerta del motel fue breve.

—Por sugerencia del señor Brandio, os dejo estos dos números de teléfono. Uno es de línea directa con el despacho del señor Brandio, no viene en la guía; y el otro es el de su casa. Iré a ver a los chicos y les dejaré los teléfonos también. Me mantendré en contacto permanente con el señor Brandio, y podré comunicar a la policía cualquier información que me paséis. Una cosa os pido: si hay algo que os parece raro, telefonead primero y tratad de resolver el rompecabezas después. En ese caso, seguid el consejo del agente de policía: trabajad con él.

—Sí, sí, señor Wheeler, lo haremos —dijo Trixie—. Y no sé cómo darle las gracias por lo bueno que ha sido con todos.

—Olvídalo. Para mí, los Bob-Whites tienen motivos para estar orgullosos. Me alegro de que esos papeles estén en manos de agentes del Gobierno. Eso debería dar por sellado el caso Lontard. Buena > noches, chicas.

Cuando se marchó, Trixie cerró la puerta con cerrojo. Luego fue al espejo de su cómoda y se quedó allí un rato, mirando sin llegar a ver su imagen y sin decir ni una palabra.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Honey con curiosidad.

—Algo que todos hemos olvidado. Tu padre lo olvidó, aparentemente, y el señor Brandio también.

—¿Y qué es eso?

—Se llevaron a Bob a la comisaría de la Guarda Costera sin que supiera que los agentes federales nos fueran a interrogar. Él no sabe que estuvieron allí; tampoco que ya no llevo los papeles en el bolso. Si Bob no lo sabe, Pierre Lontard, menos.

—¿Y?

—Pues que todavía creerá que tengo los papeles en mi poder, ¿no?

—Ay, Trixie, tienes razón. Más vale que llamemos a papá cuando llegue a casa del señor Brandio y se lo digamos.

—No vale la pena. Aquí estamos seguras. La puerta está bien cerrada. Los chicos están en la habitación de al lado. Ya tendremos tiempo de avisar a tu padre por la mañana. Estoy muerta de cansancio, ¿tú no?

—Sí. Me acabo de dar cuenta ahora. Eso sí, mañana hay que decírselo a papá. Tenemos que seguir las instrucciones que nos

dieron los agentes federales. Por algo nos dejó papá esos números de teléfono.

Pero las cosas siguieron otro curso.

Trixie no podía dormirse. Estuvo dando vueltas en la cama durante un buen rato. Se acordaba de «La Princesa del Pez Gato» y las canciones bajo las estrellas. Pensó en su camerino, cuando se lo revolvieron todo; en el hombre que había saltado por la borda; en toda la confusión y la ansiedad que habían padecido cuando supieron que el conductor que iba a recogerlos en El Cairo había sido enviado a Memphis por engaño; en el paseo «de placer» que habían dado en «El Cometa», con Bob; y en los largos interrogatorios a que habían sido sometidos en la comisaría federal de San Luis.

Finalmente, cayó dormida en un sueño profundo que duró unas cuatro horas. Incapaz de volver a reconciliar el sueño, Trixie se sentó en la cama. Despuntaba el alba y el silencio más absoluto reinaba fuera. Habían bajado la luz de la piscina, que tenían frente a la ventana. Se levantó y corrió la cortina. El cielo, de un azul oscuro con alguna tonalidad rosada, se reflejaba en el agua. La habitación parecía algo cargada. La piscina y el agua fresca atraían demasiado a Trixie. Sin hacer el menor ruido, se puso el bañador, metió una toalla en su bolsa de playa, quitó suavemente la cadena de la puerta, la abrió, y salió.

Unas estrellas difuminadas, y la luna creciente, pálida, seguían viéndose en el cielo. Los grillos emitían las últimas notas de su concierto nocturno, desde los árboles. Por la carretera pasaban camiones muy pesados; amortiguaban el ruido de sus motores los edificios bajos del motel, que estaban entre la piscina y la carretera.

Trixie bostezó, dejó su bolsa de playa en un banquito, al borde de la piscina, y se tiró de cabeza al agua clara, refrescante.

Nadó hasta el otro lado de la piscina, salió, y se sentó en el borde, columpiando los pies bajo el agua. Entonces, en la semioscuridad del extremo de la piscina más próximo al aparcamiento del motel, vio que una figura borrosa emergía del agua y desaparecía. *No soy la única a quien le gusta nadar al amanecer* —pensó Trixie—. *El agua está tan buena*. Se levantó con pereza, subió al trampolín, y saltó con gracia y estilo.

Antes de que pudiera salir a la superficie, algo extraño y terrible

sucedió: una succión tremenda la arrastró hacia el fondo. Con todas sus fuerzas, apoyándose en el suelo de cemento de la piscina, Trixie saltó para ver si conseguía salir a flote. Pero era inútil; cuanto más se esforzaba, más se veía en el centro del remolino que la llevaba irremediablemente hasta su vértice. ¡Habían abierto el desagüe! El agua se colaba con fuerza monstruosa por el agujero. ¡Y Trixie había quedado atrapada en la espiral!

Logró asomar la cabeza un segundo. Jadeando, cogió aire y lanzó un chillido de terror. Con toda su energía se debatió en el agua, agitando brazos y piernas con desesperación. Sacando fuerzas de flaqueza, se liberó del remolino y llegó hasta el borde de la piscina.

Allí la encontraron Honey y los chicos, que habían acudido en su auxilio al oír los gritos. Formando un círculo a su alrededor, la consolaron con caricias y palabras de ánimo. Honey abrazó a su amiga del alma y hundió sus dedos entre sus rizos pajizos, mojados. Poco a poco, Trixie fue recobrando el color y la calma.

—Alguien abrió el desagüe —dijo débilmente—. Vi que una persona salía de la piscina cuando yo me tiraba desde el trampolín. ¡Y era Pierre Lontard! ¡Lo sé!

—¡Venga, Trixie! —protestó Mart.

—Estoy segura —dijo incorporándose—. No esperó mucho antes de venir a por mí, ¿eh?

—¿Y qué iba a ganar ahogándote? —preguntó Mart—. Pareces olvidar algo importante. Has entregado esos papeles a la policía. No es propio de ti, Trixie, ponerte a imaginar cosas…

Trixie se puso furiosa, y esto le dio la energía necesaria para replicar a su hermano.

—Eres tú, Mart Belden, el que olvidas un detalle importante. A Bob se lo llevaron los guardacostas antes de que yo entregara los papeles a la policía. Y si él no sabe que lo he hecho, Lontard tampoco. Y, en cuanto a mi imaginación, basta con que eches un vistazo a aquel banco. Lo que me preocupa es lo que no veo… como mi bolsa de playa. Pierre Lontard creyó que guardaba el bolso dentro, seguro. Si es que veo cosas que no existen, dime ¿dónde está mi bolsa de playa? ¿Quién sino Pierre Lontard estaría dispuesto a ahogarme sólo para cogerla?

—¡Tú ganas! —dijo al fin Mart.

—Vamos a despertar al director del motel y a decirle lo que ha pasado —dijo Jim, echando fuego por los ojos.

—Primero hay que llamar a papá —insistió Honey.

—¡Ah, no… todavía no! —suplicó Trixie—. Si se acabará de ir a dormir.

—Lo mismo que nosotros —interrumpió Mart—. Nunca entenderé qué te hizo salir a la piscina en plena noche. ¿No puedes al menos comportarte como si tuvieras un poco de sentido común, Trixie?

—Esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte, Mart —dijo Brian con calma.

—Sí, déjalo ya —aconsejó Dan—. Tu hermana ha pasado un mal trago.

—Ya lo sé —dijo Mart temblando—. Si es que he pasado tanto miedo por ella que no sé lo que me digo. Sólo me gustaría…

—No debería haber corrido ningún riesgo —admitió Trixie—. Mart tiene razón en eso. Pero ¿cómo iba yo a saber lo peligroso que sería darse un baño? Por allí viene el director, conque ya estamos de nuevo en el carrusel de pasó esto y pasó aquello. Primero al director del motel, luego al señor Wheeler, luego a los agentes de policía…

—Y, entretanto, ¿dónde se ha metido Lontard? —preguntó Jim —. Ya estará a medio camino del próximo Estado, mientras nosotros estamos aquí haciendo el tonto. ¡Aquí, señor! —dijo al director, que venía hacia ellos—. Mire, resulta que Trixie se levantó temprano para darse un baño muy de mañana… alguien trató de asesinarla… abrió el desagüe… ¿ve por dónde está el nivel del agua? La succión de la piscina casi la ahoga. ¿No hay ningún guardia de noche, por aquí?

—Sí. Por supuesto que lo hay —repuso el director—. Pero bueno, ¿por qué no empezáis por el principio? ¿Qué ha pasado?

A Hannibal • 10

—MIENTRAS EXPLICO al director del motel lo que ha ocurrido, Honey, haz el favor de llamar a papá y contárselo todo —dijo Jim, al que se le veía bastante preocupado—. Ojalá dejaran de pasar cosas como ésta.

—La culpa es mía, como siempre —dijo Trixie—. También puedes decirle eso a tu padre, cuando hables con él, Honey… que yo tengo la culpa de lo que acaba de suceder.

—No le diré nada semejante. Tú no tienes ninguna culpa. Es ese hombre, que haría cualquier cosa por recuperar esos papeles. Tengo que contar a papá lo que ha pasado, porque se lo prometimos, y él tendrá que informar a la policía federal, naturalmente.

—Bueno, acaba con eso —le dijo Mart, muy impaciente—. Sólo espero que no nos haga tomar el primer avión para Nueva York. Si no vamos a Hannibal a ver la región de Mark Twain, me da algo.

—No creo que lo que nos apetezca hacer sea importante ahora —dijo Trixie con tristeza—. Nosotros… quiero decir, yo… ya hemos incordiado bastante a tu padre, que ha venido aquí para cerrar algún trato importante. Yo nunca he querido interferir en su trabajo cuando me crucé en los asuntos de ese Lontard, pero ahora estoy tan confundida que no sé ni lo que digo. Iré a mi habitación a quitarme este bañador, si no quiero coger una pulmonía.

—¿Y no se va a tomar nadie la molestia de contarme lo que ha pasado? —preguntó el director del motel, que seguía la conversación sin comprender nada.

Los chicos le narraron los hechos, y él llamó inmediatamente a alguien del personal de mantenimiento para que examinara el desagüe de la piscina. Poco después, el hombre informó que había sido abierto… y no por accidente.

—De forma que lo hicieron a propósito —se apresuró a decir Brian; luego bajó la voz—. Fue Lontard, está clarísimo.

Jim se llevó un dedo a los labios, advirtiéndole que se callara.

—Ya sé —murmuro Brian—. Chitón hasta que informemos a la policía.

—¿Qué has dicho? —preguntó el director—. ¿Dijo alguien algo?

Nadie respondió, de modo que continuó diciendo:

—No entiendo nada de nada. De una cosa estoy seguro: nadie intentó ahogar a nadie deliberadamente. El cuento es demasiado fantástico. ¿Para qué querría alguien hacer una cosa así? ¿Alguna idea, chicos?

—Trixie dijo que un hombre salió de la piscina justo antes de tirarse del trampolín, luego ocurrió el accidente —dijo Mart.

—¿Que un hombre salió de la piscina? Imposible. Debe de haberlo imaginado. Mi apartamento está justo delante del motel. Yo no oí nada hasta que ella gritó. También el restaurante está enfrente, y el pastelero trabaja allí por la noche… hay que tener listos los pasteles para el día siguiente, ya sabéis. Le preguntaré si oyó o vio a alguien.

—Aquí me tiene —dijo el pastelero, con su bata blanca. Obviamente, había estado escuchando—. La chica tiene razón. Es verdad que vio a alguien. Y yo también. Era un tipo con traje de baño, que se fue corriendo hacia el aparcamiento. Abrí la puerta y le grité, pero él se metió en su coche y se largó.

Trixie, que se había vestido deprisa, se unió al grupo a tiempo de oír al pastelero.

—¿Era un auto negro? —preguntó con ansiedad.

—«De noche, todos los gatos son pardos» —recitó el pastelero, echando mano al refranero con una sonrisa—. Eso solía decir mi abuelo.

—Sí, sí, ya veo —dijo el director con impaciencia—. Seguramente, algún gamberro que se ha metido en la piscina creyendo que nadie lo vería. Esos chicos se creen más hombres cuanto mayores son las barrabasadas que hacen.

—No creo que fuera un chico —dijo Trixie con calma y firmeza.

—Quienquiera que fuese, ya me ocuparé personalmente de este asunto. Pondré a un detective del motel a trabajar en el caso esta misma mañana. Mientras tanto, jovencita, mejor será que te llevemos al médico de la casa ahora mismo. Debe de estar dormido como un tronco, para no haber oído todo este jaleo. Quiero

asegurarme de que estás bien.

—No es necesario que me vea un médico —se apresuró a decir Trixie—. Me asusté, eso es todo. No quiero ir al médico. Estoy bien. Tan pronto como el señor Wheeler llegue, volveremos a hablar con usted. Entretanto (aquí viene Honey), entretanto, volveremos a nuestras habitaciones. Siento muchísimo haberle causado tantas molestias.

—Solamente, señorita Trixie, destacaré un detalle que pasaste por alto —dijo el director—. Las horas de baño están indicadas clarísimamente en ese cartel, al lado de la piscina. ¿Por qué no procuras fijarte en eso en el futuro?

—Lo haré, lo haré —dijo Trixie dócilmente.

—¡Guau! ¡Si pusieses esa cara de corderito siempre, nos ahorrarías un montón de disgustos! —susurró Mart.

Honey protestó.

—A mí me gusta Trixie tal y como es, Mart Belden.

A Trixie no se le había pasado aún el susto cuando se acercaron a la barra del restaurante para pedir una taza de chocolate caliente.

—Papá dijo que vendría enseguida —les comunicó Honey—. Me dijo que le esperásemos aquí, y que nos convendría tomarnos una buena taza de chocolate. Trixie, estás tiritando.

—Supongo que serán los nervios. No tengo frío. ¿Estaba tu padre muy enfadado conmigo?

—¡Cielos, no! ¿Acaso alguna vez has visto que mi padre se enfadara con alguno de nosotros? Insistió en que no nos moviéramos del restaurante hasta que él llegara. ¿De verdad crees que el hombre que viste en la piscina era Lontard?

—Pondría la mano en el fuego. Y desde luego debe de estar desesperado para hacer algo así.

—Cierto. Lo que no entiendo es por qué la policía no le detiene ahora mismo. ¿A qué están esperando?

—Pruebas —dijo Dan—. No es que no se fíen de nuestra palabra, pero no pueden ir por ahí deteniendo a la gente sin pruebas. Y tampoco sabemos si ellos tienen idea de quién es o de lo que ha hecho.

—Bueno, yo diría que pruebas tienen de sobra —dijo Mart.

—No. Sospechas sí, pero eso no prueba nada —insistió Dan.

—¿Y no detienen nunca a nadie bajo sospecha?

—Naturalmente, Mart —repuso Dan—. Y a veces se meten en unos follones increíbles por hacerlo. No olvides que ese Lontard es muy listo, y a estas alturas sabrá que el señor Wheeler es millonario. Puede que haya destruido todas las pruebas que le acusen, y que le harían un favor deteniéndole. Así podría demandar al señor Wheeler.

Mart no quedó muy convencido.

—Eso parece bastante improbable… una estupidez, más bien. Sólo espero que sepan dónde encontrarle cuando llegue la hora.

—Si a alguien le interesa lo que yo pienso —dijo Jim, dando un

largo trago de chocolate—, os diré que estamos frente a un caso muy grave. Hasta puede tratarse de espionaje internacional.

—Si los agentes federales están tan al corriente, ¿por qué dejaron que los guardacostas se llevaran a Bob tan rápidamente, sin interrogarle antes? —preguntó Honey.

Trixie se echó a reír.

—Con todos los cargos que tienen contra él, sabrán dónde pillarlo cuando les convenga interrogarle, ¿no, Honey?

—No se me había ocurrido. Y estoy contenta de oírte reír, Trixie. Uf, este chocolate está como para chuparse los dedos. Y tengo un hambre atroz. Podríamos pedir un poco de tocino, barquillos y huevos fritos, ¿no os parece? De todos modos, tenemos que esperar aquí a papá…

Cuando llegaron los señores Wheeler y Brandio, se los encontraron devorando cuanto les habían servido. Ya brillaba el sol, allá arriba, y el motel se había animado con el ajetreo de la mañana. La cafetería iba llenándose poco a poco. El señor Wheeler se sentó en un taburete, junto a Trixie, y el señor Brandio tomó asiento al otro lado.

—Cuéntanos, Trixie —dijo el señor Wheeler con calma.

Trixie bajó la vista al plato sin decir una sola palabra. Parecía estar armándose de valor para empezar el relato.

—¡Habla! —dijo impaciente el señor Wheeler—. Honey ya me ha dicho, por supuesto, que saliste a nadar antes del amanecer, completamente sola. Eso no fue muy acertado. Ahora ya lo sabes, conque no insistiré en ello. Algún día me revelarás tu secreto, cómo te las arreglas para salir con vida de todos los peligros que afrontas. Honey me contó lo del desagüe. El señor Brandio y yo solamente queremos que nos describas al hombre que viste salir de la piscina.

Cuando Trixie dio por concluido el relato, el señor Wheeler se levantó bruscamente y fue al teléfono que había en un rincón de la cafetería. Los Bob-Whites se fijaron en su expresión mientras hablaba. Le vieron asentir, sacudir la cabeza, escuchar un buen rato, y finalmente colgar el auricular.

—El hombre con el que hablé dijo que preferiría que regresarais todos a Nueva York. Debo decir que estoy de acuerdo con él. Si no fuera por la reunión de mañana, la más importante de mi agenda…

—No deje que eso afecte a su decisión —dijo enseguida el señor

Brandio.

—Oh, por favor, señor Wheeler, haremos lo que usted quiera —dijo Trixie desolada—. Por mí no se preocupe. Ya he aprendido la lección, se lo aseguro. Díganos lo que tenemos que hacer.

—Lo cierto es que esa reunión es muy importante para mí —dijo el señor Wheeler, reflexionando en voz alta—. ¿Y si llevásemos a los Bob-Whites a algún otro motel, al centro, quizás…? ¿Qué opina, señor Brandio?

El señor Brandio consideró esa posibilidad unos momentos y dijo:

—No creo que fuera una buena idea. El director de este motel estaría mucho más pendiente, después de lo ocurrido. Parecía abrumado, cuando hablamos con él hace un rato, en su despacho. Claro que no podemos revelarle lo de esos papeles y lo de Lontard.

—No sin el permiso de la policía —dijo el señor Wheeler—. Ellos me aseguraron, sin embargo, que están sobre la pista, y estoy convencido de que tienen vigilado a Lontard.

—Pues anoche les despistó como quiso —apuntó Mart.

—Supongo que creyeron que, puesto que estábamos en la habitación y cerradas por dentro, no corríamos ningún peligro —dijo Trixie—. Lo siento.

—Vamos, ya encontraremos algo en que entretenernos en el motel —dijo Dan—, si Trixie accede a quedarse tranquilita y no se deja llevar por el olor de la aventura.

—Así lo haré, señor Wheeler, se lo prometo. Tendré todo el cuidado del mundo. No nos moveremos de aquí hasta que llegue la hora de irnos a Nueva York.

Mart lanzó un gruñido y pegó un puñetazo contra la barra del bar.

—Con las ganas que tenía yo de ir a Hannibal —dijo en voz baja.

—¿Hannibal? —repitió el señor Brandio, y se le iluminó el rostro.

—Bah, no le haga caso, señor —se apresuró a decir Brian—. Ya ve, nos apetecía ver el mundo de Mark Twain… ya sabe, los sitios donde Tom Sawyer y Huck Finn solían estar. Mart, sobre todo, que se ha leído el libro más de diez veces. Pero eso ya no tiene importancia.

—¿Y por qué no ha de tenerla? —replicó el señor Brandio—. ¿Entiende? —dijo al señor Wheeler—. Se encontrarían a millas de distancia de esta zona y de las fábricas.

—¿Pero cómo van a marcharse después del mal trago que ha pasado Trixie? —preguntó el señor Wheeler indeciso.

Trixie le interrumpió:

—¡Si yo estoy muy bien! ¡Como una rosa! En mi vida me había encontrado mejor. A mí los sustos se me pasan enseguida.

El señor Wheeler sonrió.

—Como si no te conociera aún. Pero eso no es todo —dijo, volviéndose al señor Brandio—. Si Lontard los siguió en el remolcador, ¿qué le va a impedir seguirles hasta Hannibal? No. No me parece una idea tan buena.

—Después de lo de anoche, tendrá que «desaparecer» por un tiempo —argumentó el señor Brandio—. ¿Por qué no dejamos que lo decida la policía?

—Si Trixie se siente en forma como para ir a Hannibal, ¿acataréis lo que los agentes decidan? —preguntó el señor Wheeler a los Bob-Whites.

—Claro. Estaremos mucho más tranquilos sabiendo que ellos lo saben y les parece seguro —dijo Mart esperanzado—. ¡Guau, ojalá digan que sí!

El señor Wheeler volvió al teléfono. Regresó con una sonrisa y una buena noticia.

—Según ellos, ya que no vais a regresar a Nueva York inmediatamente, lo mejor es que os alejéis de todo esto… yendo, por ejemplo, a Hannibal. Dijo que una jornada os bastará para llegar, pasar el día por allí, y estar de vuelta antes de que se nos haga demasiado tarde. Mañana saldremos para Nueva York, con el señor Brandio.

—¿Y han averiguado algo más sobre Pierre Lontard? —preguntó Trixie.

—No, pero me han dado un mensaje especial para ti, Trixie.

—No hace falta que me lo diga. Prometí no meterme en más líos, y así será. Era eso lo que iba a decirme, ¿no?

—En esencia, sí. Él lo dijo en términos más tajantes. Me dijeron que te pida de su parte que les dejes llevar este caso a su manera… que si necesitaban la colaboración de la Agencia Belden-Wheeler…

te lo harían saber.

—No tenía por qué haber dicho eso —replicó Trixie, algo decepcionada.

—Pégate a nosotros, que nos encargaremos de recordarte esas palabras —le dijo Mart—. ¿Nos ponemos en marcha? Tengo el mapa marcado punto por punto, Jim. Está justo al norte de aquí. ¡Chicos, estoy que no vivo de pensar que nos vamos! Ya estaba cansado de tanta intriga… ¡ahora podremos divertirnos un poco… la isla de Jackson, la vieja cueva! ¡Huckleberry Finn, allá vamos!

Se despidieron sin más del señor Wheeler y del señor Brandio y se metieron en el coche. Con Jim al volante, tomaron la curva del aeropuerto y se encaminaron hacia el sur primero, y luego todo recto rumbo al norte. Por un momento consiguieron olvidar los sucesos de aquella mañana.

Afortunadamente, todavía desconocían lo que les tenía reservado el destino.

Sorpresa en la isla de Jackson • 11

—¡MENOS MAL que el señor Brandio nos ha dejado su coche! —dijo Jim, conduciendo el pequeño automóvil por la concurrida carretera—. Desde luego no habríamos llegado muy lejos sin este trasto.

—¡Se ha portado fabulosamente con nosotros! —dijo Mart, retorciéndose de mil maneras en busca de una posición algo más cómoda; el asiento de atrás estaba ciertamente superpoblado—. ¡Chicos, aquí ya no cabe ni una aguja!

—Pero si sólo somos seis aquí dentro —dijo Trixie riendo—. ¡Pues no ha habido veces que nos hemos metido seis y más de siete en el coche!

—No si pesaban tanto como Brian y Dan.

—¿Sabes dónde estarías sentado en este momento si Diana hubiera podido venir con nosotros? ¡La echo tanto de menos! —dijo Trixie dando un suspiro, y se recostó contra el respaldo del asiento.

—Como soy la más joven, me figuro que me tocaría arriba, en la capota —dijo Honey en broma—. O en la ventana de atrás, donde ponen los muñequitos esos que bailan. A mí también me habría gustado que viniese Diana. Y nos sería muy útil. A veces creo que le lee el pensamiento a la gente, ¿no os pasa lo mismo?

—Es verdad, un telépata nos sería de gran ayuda —dijo Brian solemnemente—. Lo de Pierre Lontard y los papeles no lo tengo nada claro todavía.

Trixie reflexionó en voz alta:

—¿Sabéis una cosa? Tendríamos que haber sacado una copia de esos papeles.

—¿Y cómo íbamos a saber que nos los quitarían, tonta? —respondió Mart—. Además, ¿a quién le van a importar un montón de hojas arrugadas?

—Al gobierno —repuso Dan—. Pero tú… ¿para qué los querrías,

Trixie? Personalmente, creo que están más seguros en manos de las autoridades. Y nosotros también.

—Estaríamos más seguros si Lontard supiese que ya no los tenemos. Él sigue creyendo que los llevo en el bolso. Pero al menos quisiera tener ese mapa del Mississippi, el de los dibujos tan raros. Sé que significaban algo. Lo malo es que no tuve tiempo para estudiarlos detenidamente.

—Pues yo sigo pensando que la policía está caminando con pies de barro —insistió Mart—. Al final se darán cuenta de que se han metido en un callejón sin salida. Últimamente no ha pasado nada…

—No… si exceptuamos que a Trixie casi la ahogan en la piscina —comentó Dan con sarcasmo.

—Tampoco podemos echarle a Lontard la culpa de eso. Hasta el director opinaba que fue algún gamberro, jugando con el desagüe.

—Tú piensa lo que quieras, Mart, que yo pensaré lo que me parezca… y tengo una fe absoluta en la policía federal.

—¿Cómo no? Si tú serás uno de ellos algún día. Ya se sabe que los polis se ayudan unos a otros.

—En eso tienes razón —dijo Jim—. ¿Por qué no nos olvidamos de todo este asunto por hoy? Papá, el señor Brandio, y también los agentes, celebran, con razón, que estemos lejos del área del aeropuerto.

—Sí, y habrá que regresar con tiempo para ver esa exposición que las fábricas aeronáuticas están preparando para la visita del alto mando de Washington —dijo Mart—. Si tenemos que marcharnos mañana, por lo menos quisiera echarle un vistazo a alguna cápsula espacial. ¿Qué creéis que dirían en el colegio si supieran que…?

Brian se echó a reír.

—Ése es tu argumento favorito para todo…

—Así me motivo para ver todas las cosas. En cualquier caso, veremos un poco de Hannibal… casi todo lo que nos interesa… y aún nos quedará tiempo para ir a la exposición esta noche.

—Ése es el espíritu que a mí me gusta, Mart —dijo Jim—. Vamos a dejar que la policía se ocupe del caso Lontard. Olvidémoslo, ¿vale, Trixie?

—Yo no estoy dispuesta a dejar que ellos solos se encarguen del asunto. No es ése el estilo de nuestra Agencia, ¿verdad, Honey?

Honey y yo somos las únicas, que yo sepa, que han visto a Lontard. Y dudo que las autoridades puedan resolver este misterio sin nosotras.

—Pues tendrán que hacerlo, hermanita —dijo Mart—. Hoy estamos desconectados, fuera de órbita… o eso espero. Y mañana nos volveremos volando a Nueva York.

—Bueno, pero sigue sin gustarme la idea, eso es todo.

—¿Y si lo dejamos al menos por hoy? —preguntó Jim, de buen humor—. ¿Trato hecho?

—Lo intentaré —dijo Trixie a regañadientes—. Por esta autopista ahorramos un montón de tiempo, ¿eh?

—¡Uf! Como que ya estamos a medio camino de allí —respondió Jim—. ¿Alguien tiene hambre?

—¡Yo! —gritó Mart.

—Eso es crónico —apuntó su hermano.

—Da igual, tengo hambre, pero prefiero esperar a que lleguemos a Hannibal —prosiguió Mart—. Hay un café en la casa de Becky Thacher. Lo ponía en el artículo que leímos sobre Tom Sawyer, en la revista National Geographic[5]. ¿Os acordáis? Me gustaría comer allí. Apuesto a que sirven las mismas cosas que comían en Hannibal en tiempos de Tom Sawyer.

—Por ejemplo, los murciélagos que el Indio Joe comía en la cueva —se le ocurrió decir a Brian.

—¿Y cómo sabes que los murciélagos no están ricos?

—Aj, ni lo sé, ni tengo intención de averiguarlo —dijo Trixie, estremeciéndose—. Pero será divertido comer en casa de Becky Thacher. Según tengo entendido, parte de la casa la han convertido en Biblioteca. Cientos de miles de personas visitan Hannibal cada año, y todo por las novelas de Mark Twain.

Mart gruñó.

—Lo que yo quisiera es ver lo que los turistas no llegan a encontrar.

—No tendremos tiempo para ir buscando nada que no aparezca en una guía ordinaria —le dijo Jim—. Da gracias de tener la oportunidad de ver parte de eso.

—Ha hablado «Jim el Optimista» —contestó Mart con amargura.

—Pero tiene su lógica —le dijo Brian—. Sería imposible verlo todo en un par de horas. Aquella señal decía que ya estamos muy

cerca de Hannibal, ¿no, Jim?

—Yo creo que, a esta marcha, llegaremos dentro de veinte minutos —dijo Jim al meterse por una carretera comarcal—. Por aquí iremos bordeando el río. Guau, el Mississippi es anchísimo en esta zona. Y no parece que haya corrientes fuertes. Será un placer pescar por estos contornos. Mirad allá, donde está el chico aquel, con la caña de pescar.

—Por detrás es igualito que Huckleberry Finn —exclamó Trixie.

Honey le puso a Jim una mano en el hombro.

—Para y hablaremos con él.

—Sí —añadió Mart—. Puede que nos diga algún buen sitio adonde ir.

Jim arrimó el coche a un lado.

—¡Hola! —le dijeron los Bob-Whites.

El muchacho se pasó la caña al otro hombro y se acercó al auto.

—¡Hola! ¿De dónde sois?

Cuando le dijeron que eran de Nueva York, exclamó:

—¡Guau! ¿Y habéis venido desde allí en ese coche?

Jim se rio.

—No, claro. Te pareces muchísimo a Huck Finn. ¿No serás el mismo, verdad?

—Calla. No soy yo su fantasma. Pero, aunque no lo sea, nací y me crie en esta parte del río, cerca de Hannibal, y me conozco palmo a palmo el terreno que pisaron Huck y Tom Sawyer cuando estuvieron aquí.

—¿Sí? —preguntó Mart, muy interesado—. ¿Por qué no nos acompañas? No hemos almorzado. Te invitamos. Iremos al Café de la casa de Becky Thacher. ¿Puedes venir?

Al muchacho se le iluminó el rostro.

—Claro. Pero ¿cómo vais a meter a otra persona en ese cacharro sin un abrelatas?

—Ahora lo verás —dijo Mart, y se apretó contra la ventanilla—. Ya te hemos hecho sitio —añadió, mostrando un pequeño espacio libre a su lado.

Los Bob-Whites dijeron al chico cómo se llamaban; él repitió los nombres uno a uno y dijo:

—Yo soy Lem Watkins. Como os dije, vivo en el río. Mi padre trabaja en los muelles. Tengo tres hermanos que trabajan allí

también. ¡Eh! ¿Tenéis mucha hambre?

—No estamos muertos, pero casi —respondió Trixie—. ¿Por qué?

—Bueno, está de camino. Si os parece que podréis aguantar un rato más sin probar bocado, os enseñaré la carretera que lleva a la cueva… ya sabéis… la cueva donde se perdieron Tom y Becky… donde murió el viejo Indio Joe. ¿Queréis verla? No nos llevaría ni una hora. ¿Sí? —la sonrisa le llegaba de oreja a oreja—. ¡Entonces, dobla por aquí!

Jim, siguiendo las instrucciones de Lem, paró el coche cerca de la entrada triangular de una cueva enorme. Había unos cuantos automóviles aparcados allí.

—¡Turistas! —dijo Lem despectivamente—. Tenéis que pagar para entrar. Se me olvidó decíroslo. Es el único sitio de los relacionados con Mark Twain en el que hay que pagar. Ya veis, un hombre de la ciudad la compró y, para recuperar el dinero, tiene que cobrar la entrada. Yo os espero aquí; así os ahorráis unos centavos. Aunque —añadió con malicia— si me pagarais la entrada, os podría mostrar unos cuantos lugares a los que no dejan entrar a los turistas sin que nos viesen.

—¡Trato hecho! —dijo Jim, y sacó entradas para todos.

Un guía terminaba de meterse por un largo corredor con un grupo de turistas. Lem, ignorándole, llamó a los Bob-Whites con un gesto.

—Venid por aquí.

—Esto de aquí es el Palacio de Aladino —les dijo al entrar en una caverna que más bien parecía una catedral, de cuyo techo colgaban amenazantes estalactitas. Miles de visitantes habían estampado sus nombres y direcciones en los muros de piedra con el humo de sus velas. En el extremo más alejado de aquella cavidad, una pequeña cascada caía de una fisura abierta en la pared de piedra caliza. Lem, acercando y alejando su vela creó caprichosas formas, imitando a Tom Sawyer cuando éste le enseñó esa cascada a Becky, para impresionarla.

Por todos lados revoloteaban los murciélagos, esquivando las gruesas columnas de estalagmitas que se elevaban desde el suelo. Honey se mordió los labios, al recordar los murciélagos de la terrorífica cueva de Ozark, que habían ido a ver el verano anterior.

—Y éste es el banco donde Tom y Becky se sentaron cuando se les apagaron las velas y estuvieron a punto de morir de hambre —dijo Lem—. Ya no dejan entrar hasta aquí a todo el mundo. Antes sí, pero había gente que se perdía. Yo preferiría que no hubiesen llenado toda la cueva de luces eléctricas. Hace unos años lo pasábamos en grande aquí dentro. ¿Queréis ver algo más?

—No —dijeron Honey y Trixie en voz muy baja.

—Son los murciélagos —confesó Honey—. Me dan pánico. El río Missouri debe estar lleno de cuevas. Vimos un montón en los Ozarks.

—¡Huy! En este estado no hay que buscar mucho para encontrarlas. Te salen al paso —dijo Lem con orgullo—. Ahora podría llevaros a una que está como a una milla de aquí. Ésa no es de nadie, y podemos meternos todo lo hondo que queramos.

—Mejor no, gracias —le dijo Jim—. No tenemos tanto tiempo para ver Hannibal. En este momento, supongo que lo que nos apetece a todos es comer.

Lem se sintió decepcionado, creyendo que todavía no había cumplido su misión.

—¡Bah! Necesitaríais un mes por lo menos para ver algo. Os diré lo que hay. Tengo una idea. ¿Qué os parece si vamos a la isla de Jackson, encendemos una hoguera, y nos preparamos el almuerzo nosotros? Yo tengo una balsa en el bosque de sauces. Con ella pasaremos a la isla. Yo siempre lo hago. Una vez allí, echamos una caña al agua y ¡a pescar el almuerzo! Mi balsa tiene pontones —dijo con orgullo—. Podría llevar a un ejército entero.

—¡Hurra! —exclamó Mart—. Pararemos en una tienda y compraremos algo de comida.

—Conque cojáis pan, huevos, y quizás un poco de tocino… —propuso Lem—. Allí tengo una sartén y unas tazas de latón. Hay un arroyo por allí cerca. ¿Qué os parece?

—¡Vamos! —gritó Brian, y todos se metieron en el coche como buenamente pudieron.

—¿No podríamos al menos pasar al lado de la casa de Tom Sawyer? —preguntó Dan.

—¿Y de la de Becky Thacher? —añadió Trixie—. ¿Y la famosa valla?

—Aquélla es la casa, ¿la veis? —dijo Lem señalando con el dedo

—. Al lado suyo estaba el museo, atestado de objetos de tiempos de Mark Twain; por ejemplo, una rueda de paletas, de las de los vapores del río —a Lem le brillaban los ojos—. Y al otro lado del museo, podéis ver la valla que Tom Sawyer encaló… allí… ¿verdad que está tan blanca que hace daño a la vista? La han pintado dos veces este año.

Trixie se atragantó y se llevó una mano a los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jim, disminuyendo la velocidad del coche—. ¿Has visto a algún fantasma?

—No —dijo Trixie después de recobrar el aliento—. Son los dientes. ¿No lo veis? ¡Los dientes!

—¿Se te ha caído algún tornillo? —preguntó Mart desde el asiento de atrás—. ¿Qué quieres decir con eso de «los dientes»?

—En el dibujo, aquello que nos parecieron dientes, en el mapa del río Mississippi. El mismo mapa que interesaba tanto a Lontard. ¿Cómo no se nos ocurriría que se trataba de una valla, y no de unos dientes? Y me figuro que la valla es lo más famoso de la ciudad, casi su símbolo.

—Sí que lo es, Trixie —dijo Mart con asombro—. ¡Pero qué lista eres! Y en el río, más allá de la valla, habían dibujado una isla.

—¡La isla de Jackson! —exclamó Brian chasqueando los dedos.

—¡Guau! —gritó Mart—. Ahora sí que no podemos perdérnosla.

Trixie asintió enérgicamente.

—Estoy convencida de que por fin hemos encontrado la pista… La valla y la isla estaban en el extremo superior del mapa. Eso significa, a lo mejor, que allí acaba el rastro.

—O empieza —la corrigió Jim.

—Sólo lo averiguaremos yendo allí —dijo Mart—. ¿A qué estamos esperando? ¡Vamos a una tienda a comprar comida, y a la balsa!

Sin acordarse para nada de la promesa que habían hecho de avisar a la policía, subieron todos a la balsa. Ésta se hallaba escondida entre los sauces, al final de un sendero que llevaba a la orilla del río.

Lem empujó la barca antes de subir y fue corriendo al centro de la balsa, cogiendo una percha larga. Mart, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, se hizo cargo de la otra percha.

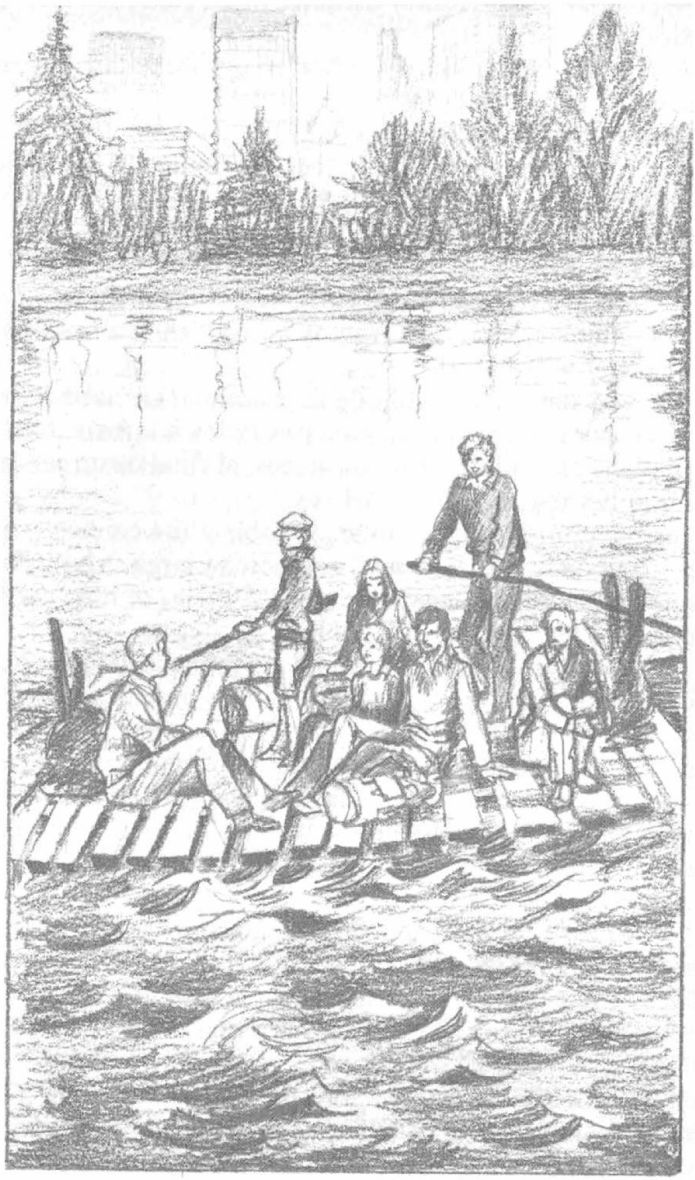
—¡Me lo estoy pasando bomba! ¡Ya hacía tiempo que no

disfrutaba tanto! —dijo Lem—. Nos haremos una fritura de tocino y de pescado y… Oye, que me cuelguen si entendí una palabra de lo que hablabais de unos dientes.

—Cosas nuestras —dijo Mart mientras perchaba con destreza. Lem guio la balsa con seguridad río arriba hasta la playa arenosa, blanca, de la isla, donde la amarró a un tronco, partido, de roble.

—Vosotros buscad un poco de leña —ordenó—, que yo iré a ver cómo se me da la pesca hoy. Id friendo el tocino, chicas —les dijo, y se perdió entre la alta maleza.

Los Bob-Whites vivieron una hora en el mundo de los pioneros. La isla estaba desierta. Seguía tan primitiva como lo habría sido cuando Tom Sawyer (el Vengador Negro), Huckleberry Finn (el de la Mano Roja) y su amigo Joe Harper (el Terror de los Mares) recorrieron sus playas.



Después de fregar una sartén de mango largo con arena del río, Honey y Trixie frieron el tocino y lo fueron dejando en un plato improvisado de hojas de roble. No habían acabado cuando Lem salió de su lugar de pesca secreto con dos percas de buen tamaño y una docena de bagros más pequeños. Con su navaja limpió las

percas y los bagros. Después echó el pescado en la sartén, para freírlo con la grasa del tocino.

Mientras las chicas preparaban el tocino, los chicos habían ido hasta los matorrales de moras que poblaban la isla. Volvieron llenos de heridas y rasguños, pero sosteniendo en alto, triunfalmente, dos recipientes bien grandes llenos de moras, tan gordas como sabrosas y jugosísimas.

Lo que siguió fue el mayor festín que los Bob-Whites podían recordar. Estaban muertos de hambre; no habían tomado nada desde el desayuno, en la Posada de las Vacaciones.

Cuando terminaron, fregaron la sartén y recogieron la basura. Después se sentaron en torno a la hoguera, esperando hasta que las brasas se consumieran antes de largarse de allí «con viento fresco», como les dijo Lem.

—¿No vive nadie en esta isla? —preguntó Dan a Lem. Se puso la mano de pantalla y miró a su alrededor.

—No… al menos nadie que tenga derecho. Esto es propiedad estatal. De hecho, está prohibido venir; a la policía, claro, no le importa que vengan los chavales del pueblo, siempre que no armen ningún lío.

—Esto sería el escondrijo ideal para una banda de criminales —señaló Dan, tratando de sacar el tema por casualidad—. ¿Hay algo oculto, en el corazón del bosque?

Lem frunció el entrecejo, suspicaz.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has tropezado nunca con algún sitio en el que parezca que han estado refugiándose los bandidos? Yo me imagino que en ese bosque deben ocurrir cosas extrañísimas… tal vez hasta asesinatos. ¿No crees, Mart?

Mart asintió.

—Ah, pero supongo que aquí no habrá pasado nunca nada.

—Pues supones mal —dijo Lem—. Si prometéis no contárselo jamás a ningún alma viviente, os diré lo que vi, con mis propios ojos, la semana pasada, sin ir más lejos.

Los Bob-Whites se pusieron la mano en el corazón y juraron.

—Bien, pues Soapy (mi mejor amigo) y yo estábamos acampando allá adentro —y señaló hacia la espesura del bosque—. Ya bien entrada la noche, Soapy estaba dormido como un tronco, y

yo sólo dormitaba… en eso que una barca llega a la playa de allí…

Los Bob-Whites se acercaron a él, intrigados.

—… y vi a tres tipos bajar de la barca arrastrando un fardo bien grande. Me entró tanto miedo que casi me parto los dientes de tanto «tirititita» o como se diga. Soapy… él ni se despertó. Dejaron un fardo en el suelo y fueron a por otro. Pensé que más me valdría despertar a Soapy… es que a veces habla en sueños, y, si le oían, nos la cargábamos. Le murmuré algo, en voz muy baja, hasta que le desperté. ¿Y a que no sabéis lo que hizo el muy necio?

—¿Qué? —preguntaron todos a coro.

—¡Sacó el rifle que tenía debajo de la manta y pegó un tiro! Seguro que oyeron el disparo en San Paul, en Minnesota. ¡Menudo miedo me entró! Ah, pero ni la mitad que a esos tipos. Recogieron el fardo, lo metieron en la barca, cogieron los remos, y salieron pitando de la isla, como si los estuviera persiguiendo un oso.

—¿Y no sabes quiénes podrían ser? ¿Ni lo que había en esos fardos? —Trixie cogió a Lem por el brazo y le miró a los ojos.

—No señora. Ni idea. Lo único que encontré fue esto. Esperad, que voy a por él —dijo, y desapareció; enseguida salió de su lugar secreto en el bosque con un sobre manchado de tierra. De él extrajo una hoja de papel, que le pasó a Trixie. Ella le echó una ojeada y los Bob-Whites se lo fueron pasando, examinándolo sin mediar palabra.

Era una hoja de papel cuadriculado llena de cifras y rayas incomprensibles… parecida a los papeles que Lontard había dejado en la papelera, los mismos que estaban ahora en poder de los agentes federales.

San Pedro • 12

—¿DÓNDE ENCONTRASTE este papel? —preguntó Trixie con ansiedad.

—Tirado en la arena, allí mismo. Al principio ni me fijé; entonces Soapy dijo que parecía jerga de pirata. Aquélla es nuestra guarida de bucaneros —Lem barrió una zona con la mano que incluía vagamente el bosque, más allá de la playa.

—¿Y no podríamos echar un vistazo a esa guarida de piratas? ¡Por favor! —suplicó Trixie—. Es importantísimo.

—No señora. No me pidas eso. ¿No ves que hemos jurado con sangre, nosotros los bucaneros, que jamás dejaríamos que nadie viera nuestra guarida? A saber lo que harán conmigo, sólo por haberos contado lo que habéis oído. Más nos vale largamos de aquí enseguida.

Trixie persistió en su empeño.

—En ese caso, ¿nos dejas el papel un rato? Te prometo que te lo devolveremos.

—No, no, eso tampoco. El papel ha de quedarse en nuestro cofre. Ya empiezo a arrepentirme de haberos dicho nada. ¿A qué viene tanta curiosidad? Claro, yo os lo dije pensando que a ningún chico de Nueva York le importaría lo que hacemos por aquí, en la isla de Jackson. ¡Vámonos ahora mismo!

—Mira, el porvenir de los Estados Unidos puede depender de ese papel y de esa guarida de piratas —trató de explicarle Dan—. ¿Por qué no nos dejas ver qué hay allí?

—¡No señor! ¡Ni hablar! ¿Y si te enteras de alguno de nuestros secretos, de los secretos de los piratas? ¿No os acordáis? Me lo prometisteis antes.

—Sí —admitió Trixie con tristeza—. Lo recuerdo. No hemos visto vuestra guarida de bucaneros, así que no podemos contarle nada a nadie sobre ella. Pero, en serio… ¡si nos dejaras echarle una

ojeada…!

—¡Que no! —dijo Lem, conduciéndoles hacia la balsa—. Y ni se os ocurra volver aquí por vuestra cuenta. El rifle de Soapy no es lo único que guardamos en la guarida. ¡Conque ya sabéis! Tengo que ir a casa, si no quiero que mamá me eche una buena reprimenda.

Ya era bien entrada la tarde cuando los Bob-Whites emprendieron el regreso al aeropuerto y a su motel. Trixie sugirió volver a San Luis por otra ruta, y así se hizo. Creyó que así podrían descubrir otros parajes que les recordaran los dibujos del mapa del río.

—Habrá que ir volando, si queremos llegar a tiempo de ver esa exposición sobre el espacio —señaló Mart, para refrescarle la memoria a Jim, que conducía el coche—. ¡Huy! Parece que va a llover… se está nublando. Esto de ir bordeando el río no es ningún atajo. No se por qué tuvimos que entretenernos tanto tiempo en la isla, Trixie. ¡Total, para al final no sacar nada en claro!

—¿Cómo que no, Mart Belden? ¿Y qué me dices del papel que encontró Lem?

—Bueno, sí. Y también supimos que unos hombres habían desembarcado en la playa con unos fardos.

—Pero no debemos decir nada de eso. Lo prometimos. Además, no creo que tenga nada que ver con lo de Pierre Lontard… sobre todo si éste se dedica a robar planos a la industria aeronáutica. No va a llevar una nave espacial metida en un fardo.

—Mart, siempre que se trata de algo que yo digo, o de alguna prueba que Honey y yo encontramos, le buscas tres pies al gato. Ya sé que no llevaban ninguna nave espacial en esos fardos, ni siquiera desmontada. Pero ese papel era igualito a los de Pierre Lontard. En cuanto a los fardos, tal vez fueran maquetas lo que encerraban. Los expertos hacen la maqueta antes de ponerse a construir el aparato.

—Por supuesto, Trixie —reconoció Dan—. Y construyen miles de partes. Esos tipos quizás llevaran algunas de esas partes metidas en los fardos.

—Entonces haced el favor de explicarme por qué tuvieron que llevárselas tan lejos, hasta la isla de Jackson, ni más ni menos —insistió Mart—. Yo diría que estáis olfateando un rastro que no existe.

—Supongo que querrían esconderlo lo más lejos posible, hasta

haber conseguido todas las partes. Lo peor de todo es que no podemos decir nada de esto al señor Brandio ni a los agentes federales. ¡Si no hubiera hecho esa promesa! —dijo Trixie mientras observaba los nubarrones que colgaban del horizonte como lámparas tristes, cada vez más y más negros, y suspiró.

Honey aplastó la nariz contra la ventanilla y suspiró también.

—Era la mejor prueba que hemos tenido, y no hay modo de aprovecharla.

—¿No? —exclamó Trixie abriendo desmesuradamente los ojos —. Al menos podemos hacer una cosa: aconsejar a la policía que examine el mapa y que busque en el río los puntos allí señalados, diciéndoles que de alguna manera hemos averiguado que esos dibujos significan algo.

—A lo mejor sí que podemos hacer eso… a lo mejor —dijo Honey—. ¡Uf! Está oscureciendo muy deprisa, ¿eh?

—Y se está levantando un ventarrón terrible —dijo Brian—. Acelera, Jim. Por esta carretera comarcal vamos prácticamente solos. Puedes correr sin peligro. Y, Trixie, no creo que vayamos a encontrar más pistas por aquí. Metimos la pata viniendo por este camino.

Un tremendo golpe de viento empujó el auto a la vez que un relámpago súbito cegó a Jim. El coche patinó, saliéndose hasta el arcén, y casi vuelca; afortunadamente, Jim pudo controlarlo, y volvieron al asfalto.

En ese momento empezó a llover; primero unas gotas gordísimas, que caían sobre el parabrisas como si fueran piedras; luego pareció que el cielo abría el desagüe, porque empezaron a caer toneladas de agua.

—¡Más nos valdrá encontrar algún refugio! —advirtió Brian—. Debajo de esos árboles no, Jim. Algún rayo podría alcanzarlos.

—Ya… lo… sé —dijo Jim, forcejeando por mantener el auto bajo control. Buscó con la mirada—. ¿Aquello es una carretera comarcal? Sí. Me meteré por ahí. Al menos no habrá peligro de que nadie se nos venga de frente. ¡Uf, está oscuro! ¡Cae agua a chorros!

Las ruedas del pequeño automóvil se agarraban mejor a la gravilla de aquel camino, empujándolo hacia adelante. Por entre las sombras espectrales de los árboles asomaba una forma vaga.

—Estamos en un camino privado —murmuró Brian—. Eso de

ahí parece una casa. ¡Guau, es grandísima! Casi tan grande como la vuestra, Jim.

Honey se estremeció.

—Me alegro de no vivir en un sitio así. ¿Aquello es una cochera? Podríamos meter allí el coche, ¿no?

—Claro que sí, hermanita —dijo Jim—. Debes tener ojos de lechuza. Yo casi no me veo. Sólo sé que sigo en la carretera.

—¿Ah, sí? ¡Cuidado! Si ya te has metido en la cochera —gritó Trixie—. ¡Frena! ¡Ahora!

—¡Uf, qué alivio! —dijo Jim soltando el volante—. Esto es peor que una tormenta en los montes Catskills. Pensé que nada podría ser peor que aquello.

—El viento sopla tan fuerte que hasta se nos podría caer el tejado de la casa encima —dijo Honey, y se encogió en el asiento—. Apuesto a que hace siglos que no pisa nadie esta casa.

—Yo, desde luego, me alegro de que no haya nadie. ¿Os imagináis la clase de personajes que vivirían en un lugar así… brujas, duendes o… gangsters? Si andas buscando un escondrijo ideal para Lontard, aquí tienes uno que le viene como anillo al dedo, Trix.

—Son los relámpagos y los truenos los que dan al lugar ese aspecto terrorífico —opinó Trixie—. Y no recuerdo nada en el mapa que nos pueda hacer sospechar que Lontard utiliza esta casa.

—No. Yo tampoco —declaró Dan—. Veamos si nos es posible reconstruir el mapa mentalmente. Estaba la valla de la casa de Tom Sawyer, y la isla de Jackson. Hasta ahora coincide, sobre todo después de ver el papel que Lem Watkins encontró. Ojalá lo tuviéramos, para enseñárselo al señor Wheeler.

—Luego había un dibujo de las pirámides —recordó Honey—. Eso sería El Cairo, me figuro.

—No sé para qué iban a señalar El Cairo en el mapa… Lo dibujaron mucho antes de que Lontard se tropezase con nosotros —dijo Brian.

—Bueno, también había dibujado un fez, un gorro —dijo Trixie —. ¡Ya lo tengo! Era Tebas… un fez… las pirámides. ¿Os acordáis cuando Bob intentó llevarnos con «El Cometa» hasta la playa de Tebas?

—¡Ah, sí! —dijo Brian—. Menos mal que los pescadores lo

ahuyentaron. Estoy empezando a creer que ese mapa tiene algo…

—Yo nunca lo he puesto en duda —recalcó Trixie.

—¿Recordáis al viejo aquel de la barba? Ya sabéis, el que parecía uno de los profetas de la Biblia… —apuntó Dan—. Todavía no hemos visto nada parecido.

—No, es verdad, pero todo el río, desde Hannibal hasta Nueva Orleans, estaba lleno de flechas —dijo Trixie—. Esas flechas son las que me indujeron a querer seguir alguna carretera que fuera bordeando el río —prosiguió—. ¿Quién me asegura que no vayamos a tropezar con ese viejo? Tal vez sea un eremita, y viva en esta casa.

—Si es así, va a vivir en paz; al menos yo voy a dejarle tranquilo —dijo Mart con determinación—. Parece que llueve menos. En marcha, Jim. Quiero ver esa exposición.

—Venga, Mart, seguramente la habrán cancelado por la lluvia. Creo que es mucho más importante ir siguiéndole el rastro a Lontard —dijo Trixie.

—Puede que allí no haya llovido —insistió Mart—. Al sur el cielo está bastante claro. Aquí es como si se hubiera hecho de noche. Uf, la verdad es que es de noche. No veríamos un rastro aunque nos topásemos con él. Y me apetece muchísimo ver esa exposición. Jim, ¿eso que viene por la carretera son faros?

—Eso parece. Acaban de dejar la carretera comarcal y se han metido por aquí. Será mejor que nos larguemos.

—¡Ay, no, Jim! —suplicó Trixie—. Estamos a un punto de descubrir algo. Estoy convencida. Este caserón tan inhóspito…

—Este caserón es el mejor motivo que tenemos para marcharnos —dijo Brian, imponiendo su autoridad—. Vámonos, Jim.

—Demasiado tarde. A ver si puedo dar marcha atrás… Daré la vuelta hasta la parte de atrás de la casa y esconderé el coche… en aquella arboleda. ¡Vamos allá!

Jim dio marcha atrás con pericia, dio la vuelta al auto, y lo encaminó hacia la arboleda. Tuvo suerte al encontrar un sitio cubierto sin problemas, porque no querían encender los faros. Y allí se quedaron todos, dentro del pequeño automóvil, observando.

El otro coche paró bajo la cochera. Tres personas bajaron rápidamente y subieron los pocos escalones que llevaban a la puerta de la cochera.

Los Bob-Whites forzaron la vista, tratando de distinguir a los tres

extraños, pero fue en vano. Desaparecieron dentro de la casa tan deprisa que no fueron más que una masa de sombras móviles.

Unas luces parpadearon en el primer piso, luego en el segundo. Allí una bombilla desnuda que se veía fácilmente, ya que la ventana no tenía cortinas, dejaba ver un cuarto espacioso y vacío.

—Yo diría que ésta es nuestra oportunidad de largarnos —dijo Mart—, ahora que todos están dentro.

—Justo lo que yo pensaba —añadió Brian.

—Y yo —dijo Jim, y arrancó el motor.

—Oh, Jim, espera un poco, por favor —suplicó Trixie—. Sé que estamos sobre la pista de Lontard.

—Y yo sé que nos van a despedir con un tiro en el trasero si no salimos de aquí. Es propiedad privada —dijo Mart—. Trixie, desde luego te gustan las adivinanzas. Aquí vive gente, y nosotros no tenemos derecho a permanecer en este lugar. Cuanto antes nos vayamos, mejor, si es que queremos salvar el pellejo. ¿No, Jim?

—¡Sí! —dijo Jim pisando fuertemente el acelerador.

Mientras el coche se acercaba a la carretera, Trixie miró hacia atrás, suspirando. Súbitamente, la casa se llenó de luz. Se abrieron las puertas de golpe, unas sombras siniestras fueron corriendo hasta el automóvil que habían dejado en la cochera, y pronto el motor de ese coche se puso en marcha.

—¡Date prisa! —gritó Mart—. ¡A todo gas, Jim!

—Ya lo hago. No puedo ir más deprisa —dijo Jim.

—Pues no es bastante. ¿No oyes el ruido del otro coche? Se nos echarán encima en menos que canta un gallo. ¡Sal de la carretera, Jim!

—¿Y qué crees que está haciendo? —exclamó Dan.

Jim se metió por una pendiente poco inclinada y ocultó el coche bajo unos árboles.

El otro coche, grandísimo, con las luces largas puestas, pasó de largo, dobló para meterse en la carretera comarcal apoyándose casi en sólo dos ruedas, y se alejó a toda velocidad.

Los Bob-Whites suspiraron, aliviados… todos menos Trixie. Su mirada de asombro se clavó en el coche hasta que se perdió en la oscuridad. Luego sacudió la cabeza como para aclarar sus pensamientos y dijo muy decidida:

—Aprovechemos ahora para ver qué pasa en ese caserón.

—¿Te has vuelto loca? —dijo Mart—. Si crees que Lontard tiene algo que ver con ese viejo caserón, acude con el cuento a la policía. Es su trabajo. No hace falta recordarte que prometimos no correr ningún riesgo. Y, obviamente, a la gente que vive aquí no les gusta tener compañía. Así que déjaselo a las autoridades. ¿No, chicos?

Hasta Honey estuvo de acuerdo con Mart.

—Dudo que esa casa tenga algo que ver con nuestro caso. Simplemente nos metimos en propiedad privada, y los propietarios quisieron ver quiénes éramos, y eso es todo.

—Es posible —dijo Trixie con desgana—. Ese coche pasó de largo… ¡Oye! ¿Tienes alguna idea de dónde estamos, Jim?

—Ni la más remota idea.

—Había una señal cuando doblamos para meternos por aquí. Esto es, creo que vi algo parecido. ¿Dónde está la linterna? —preguntó Trixie.

Jim se la pasó, y, cuando el auto tomó la curva y se metió por la carretera, Trixie enfocó a su alrededor. Sí, había una señal. Trixie la leyó en silencio. Cuando entendió el valor de su descubrimiento, la leyó en voz alta, en tono triunfal:

—¡«San Pedro»! ¿Y ahora qué pensáis de eso, eh?

—¿Por qué no sueltas lo que sabes? —protestó Mart.

—¡San Pedro! —repitió Trixie excitadísima—. Está tan claro como el agua. Es otro de los puntos marcados en el mapa de Lontard. ¿Recordáis al viejo de la barba? ¡San Pedro, claro!

Mart se rio a carcajadas.

—De todas las tonterías que has dicho en tu vida, Trixie, ésta se lleva la palma. ¡San Pedro! Me parece recordar que había un dibujo de un vapor con el dibujo de un anciano. Lo más probable es que se tratara del viejo capitán de algún vapor, y no de San Pedro. San Pedro es una ciudad.

—Bueno, todo lo que puedo decir es esto: espera y verás, Mart, y los demás también. Si volviésemos a esa casa, veríamos lo que significaba el dibujo del vapor. Puede que haya alguno en el río, cerca de la casa. ¡Ya veréis!

—Puede que sí y puede que no —dijo Mart, que aún seguía riéndose—. Me gustaría ver la cara que pone la policía cuando les sueltes este rollo.

—No tendréis que esperar mucho —dijo Trixie, acomodándose

en el asiento de atrás—. Hablaremos con ellos por la mañana, antes de que el avión del señor Brandio despegue, llevándonos de vuelta a Nueva York. El que ríe el último, ríe mejor.

De pronto, la asaltó un pensamiento. La oscura forma del automóvil que había pasado de largo se concretó en su mente.

—Sí, señor, sí, Martin Belden, el que ríe el último, ríe mejor. ¿No os disteis cuenta, por casualidad, de la marca del coche? ¿Tú? —Trixie elevó la voz, muy segura—. ¿O tú? Pues era un Mercedes. Estoy convencida.

—¡Uf! —dijo Mart, confundido—. ¿Sabes que puede que tengas razón, Trix?

Otra vez los Aguilera • 13

HACÍA UN BUEN RATO que habían dado las siete cuando los Bob-Whites estuvieron de regreso en su motel, en San Luis. Había dejado de llover, y estaba refrescando.

—Nadie creería que hemos estado a punto de ahogarnos en medio de una tormenta a menos de cincuenta millas al norte —dijo Mart—. Aquí sólo han caído cuatro gotas. ¡Y menos mal! Eso significa que la exposición que hay en la fábrica aeronáutica sigue abierta. Busca un lugar donde aparcar pronto, Jim, y salimos enseguida. ¿No podemos dejar a las chicas e ir allí ahora mismo?

—¿Qué quieres decir con eso de «dejar a las chicas»? —preguntó Trixie indignada—. Nosotras también queremos ver la exposición. Ya verás, ya… dentro de unos años habrá un buen número de mujeres astronautas. ¿Y quién te dice que Honey o yo no estaremos entre ellas?

—A ti, me resulta facilísimo imaginarte dando vueltas alrededor de la luna. Total… te pasas el día allá arriba. Me es más difícil imaginar a Honey haciendo lo mismo.

—Yo iré donde Trixie vaya —dijo Honey—. La Agencia Belden-Wheeler tendrá, seguramente, un montón de casos en el espacio.

—Puede ser —le dijo Brian—. Esta noche creo que es una buena idea que os quedéis en casa. Trixie casi se ahoga al amanecer, y hemos tenido un día de lo más agotador… Hannibal, la isla… y la tormenta.

—No soy ninguna niña —insistió Trixie—. Y no estoy nada cansada. Nos arreglaremos un poco y cenaremos en el restaurante. Después Honey y yo iremos a la exposición, también. ¡Quién sabe! Tal vez descubramos algo interesante allí.

Los Bob-Whites bajaron del coche y entraron en el motel. Al pasar junto al mostrador, el conserje entregó a Jim varios mensajes que habían ido llegando a lo largo del día.

—La mayoría son de papá —dijo Jim—. Supongo que para ver si ya habíamos vuelto y queríamos ir a la exposición. Todas las notas dicen que le llame.

—De todos modos íbamos a hacerlo —dijo Trixie—. Tenemos que contarle lo que nos ha pasado hoy. Si le parece importante, informará a la policía, supongo. Y cuando le digamos lo del papel que Lem encontró, seguro que lo hace. Ojalá pudiéramos ayudar a las autoridades en este caso. Y es nuestro caso, aunque ahora la policía se ha hecho cargo de todo y nosotros no sabemos ni de qué va la cosa. ¿Vas a llamar a tu padre, Jim?

—Ahora mismo. Vamos a llamarle desde mi habitación. Puede que os necesite para que me ayudéis a darle los datos.

Mientras hablaba, los Bob-Whites se congregaron junto al teléfono.

—Sí, papá… No, papá… Sí, creo que sí… No, te lo cuento tal y como ha sucedido… No puedo explicarte por qué Trixie cree que la isla de Jackson está relacionada con el caso Lontard. Pero ella está convencida.

Los Bob-Whites alcanzaron a oír las risas del señor Wheeler.

—Ah, y los demás también lo creemos así, papá. De una cosa estamos segurísimos: era Lontard el que vimos en aquella carretera comarcal… un Mercedes, sí. Uf, Trixie quería meterse a investigar…

Los Bob-Whites guardaron silencio mientras Jim relataba los hechos. Cuando pasó a dar detalles, el silencio fue tenso.

—No le permitimos que volviera a ese caserón. Sabíamos que no te hubiera hecho ninguna gracia… Sí, ella no paró de relacionar lo que veíamos con los dibujos de ese mapa tan absurdo. Dice que el viejo de la barba era San Pedro… el anciano del mapa. En la señal ponía «San Pedro». Estaba al lado de la casucha aquella. Sí, papá, está aquí.

Trixie cogió el teléfono. Mientras hablaba, se le ensombreció el rostro… luego enrojeció; y finalmente se la vio desilusionada.

—No estoy cansada. Ni pizca. Tan fresca como una rosa. Descansé en el coche, a la vuelta. Sí, señor Wheeler. Ya entiendo, señor Wheeler. Bueno, pues entonces no tendré más remedio que hacerlo así, supongo.

Cuando Trixie colgó, estaba echando chispas.

—Podías haberle dicho que me encuentro perfectamente, Jim. Ahora ya no puedo ir a esa exposición. Y sé que debería ir. Como si yo fuera una señora de sesenta años y tuviera que ir a la cama con un poco de té, o lo que se tomen las señoras. Ojalá estuviera aquí mi padre —dijo furiosa dando una patada contra el suelo—. Él me dejaría ir.

—No creo que te dejase —le dijo Honey—. Mi padre nos deja tanta libertad como el tuyo, y eso lo sabes muy bien, Trixie.

—Sí —dijo Mart—, y, si papá se dejara convencer, mamá haría uso de su veto inmediatamente.

—Me imagino que los dos tenéis razón. Perdonadme por decir tantas tonterías, pero me da rabia no ir a esa exposición. Lástima.

Honey la abrazó.

—Si tú no vas, yo tampoco. A mí no me atraen tanto esas cosas. Compraremos alguna revista en la cafetería. Y veremos la televisión, mientras los chicos van allí.

Las dos amigas fueron a su cuarto.

—Por mí no te quedes, Honey. No quiero fastidiarte el día. Si te apetece, ve.

—No quiero ir. Escribiremos una especie de diario de lo que nos ha ocurrido hasta ahora en este caso. A lo mejor les resulta útil a los agentes del Gobierno para seguir con las investigaciones, una vez que hayamos regresado a Sleepyside.

Trixie abrió la puerta de la habitación.

—No soporto la idea de abandonar el caso y dejarlo en manos de la policía.

—Suena el teléfono. Contesta tú, Trixie. Probablemente sean los chicos, metiéndonos prisa para ir a la cafetería.

—¡Chitón! —exclamó Trixie llevándose un dedo a los labios—. Es el agente del Gobierno.

Aparentemente, las autoridades estaban comprobando el informe que les había pasado el señor Wheeler de los sucesos del día, porque pidieron a Trixie que les contara, con todo detalle, todo lo sucedido desde que llegaron a Hannibal.

Ella les explicó lo de los dientes que resultaron ser la valla que Tom Sawyer encalara una vez. Les narró la visita a la isla de Jackson, omitiendo lo que Lem y Soapy habían visto una noche (una lancha, unos hombres, unos fardos) aunque sí subrayó la importancia de la isla en las investigaciones. Después habló del regreso a San Luis, del caserón y lo demás; a cada momento se interrumpía, para que Honey pudiera añadir o corregir algún dato.

Acabada la conversación, Trixie dijo a Honey:

—Parece que empiezan a darnos la razón, Honey, y a creer que tienen entre manos un caso muy importante.

—Ese agente quiso saber absolutamente todo. Temí que fuera a interrogarme con más insistencia sobre la isla, pero no lo hizo. Sé que Mart piensa que tengo la cabeza llena de pájaros y que la parte del caserón no tiene ningún sentido…

—Pues cuando pasó el Mercedes a nuestro lado pareció cambiar de opinión.

—Sí, es verdad. El investigador sí que pensó que guardaba relación con el caso. Supongo que es una suerte que no fuéramos a la exposición, pese a las ganas que teníamos de verla.

—¿Por qué?

—Porque el agente dijo que tal vez se pusiera en contacto más adelante, cuando hablara con sus hombres. Me preguntó si me importaría responder a unas preguntas más tarde.

Fuera de la habitación de las chicas sonó el silbido del bob-white.

—Ése es Jim —dijo Honey—. Seguramente quieren que nos demos prisa para ir al restaurante. ¿Estás lista?

—Por supuesto —respondió Trixie—. Estoy muerta de hambre, y no me había dado cuenta. Pensé que nunca volvería a tener hambre, después de todo ese tocino, el pescado y los huevos fritos que tomamos en la isla de Jackson. ¿Habías probado un pescado tan bueno en tu vida?

—En el arroyo que hay en el bosque, cerca de casa, cogemos muy buen pescado —dijo Jim—, pero no sabe tan bien como lo que cogió Lem.

—En ese arroyo no hay bagros —se lamentó Mart—. Al menos, que yo haya visto. ¿Te dio Lem su dirección, para escribirle?

—Me la dio a mí —dijo Trixie—. Y menos mal, porque cuando hablé con la policía me la pidieron.

—¿Cuando qué? —exclamó Brian.

—No he tenido tiempo de deciros que me llamó un agente federal para que le explicara lo ocurrido hoy. Tú creíste que no era importante, Mart.

—Nunca he dicho nada semejante, sobre todo después de ver el Mercedes. ¡Guau! Cuéntanos lo que te dijo el agente, Trix.

Entonces Trixie les puso al corriente de la conversación telefónica. Al terminar su relato, notó que Honey le daba un codazo.

—¿Qué pasa? —preguntó, picada por la curiosidad.

—Mira quién se acaba de sentar allí, en el rincón —susurró Honey—. Pasa la voz a los chicos. Son el señor y la señora Aguilera, ¿no?

Justo en ese instante, la señora Aguilera vio a los Bob-Whites, sentados delante de la barra. Se levantó, y vino hacia ellos, seguida por su marido.

—¡Honey! ¡Trixie! —exclamó, abrazándolas—. ¡Qué alegría nos da veros! Llegamos esta tarde y llamamos a la puerta de vuestro cuarto hace un rato, pero no había nadie. Pensamos que estaríais viendo la ciudad. ¿No os sorprende vernos aquí?

Trixie, recobrada rápidamente de su asombro, contestó:

—Bueno, a mí, desde luego, sí que me sorprende. Y supongo que

a todos. ¿Ha ocurrido algo en «La Princesa del Pez Gato»? —dijo con cierta ansiedad.

La señora Aguilera se echó a reír.

—Ah, no. Pero a nosotros sí. Cuando paramos en Memphis, había una carta esperándonos…

—¿Y como llegaron hasta aquí? —la interrumpió Trixie.

—A eso voy, Trixie —dijo la señora Aguilera pacientemente—. Ya sabéis que mi marido y yo estamos escribiendo un libro sobre los ríos… os lo dije en el remolcador, ¿no?

—¡Al grano, Elena! —dijo su esposo con menos paciencia.

—Vale. Dame un minuto. La carta de Memphis era de nuestro editor. Dijo que teníamos que entregarle el trabajo sin mas demora y regresar al Este para otro encargo. Supongo que nos lo estábamos pasando en grande, viajando Mississippi arriba y Mississippi abajo. ¡Me hubiera gustado verle a él cocinando para toda esa gente!

—Pero ¿cómo es que han ido a parar a este motel? —preguntó Trixie.

—No parece alegrarte, Trixie —dijo la señora Aguilera, irritada.

—No… sí… supongo que sí… creo, claro que me alegro.

—Me parece maravilloso —añadió enseguida Honey—. Es una suerte volver a vernos. Trixie estaba sorprendida, nada más. Por eso ha hablado así.

Jim apartó un poco a su hermana y preguntó con firmeza:

—Pero ¿cómo es que vinieron a parar aquí, señora Aguilera? Nos pica la curiosidad.

—Sí —repitió Honey—. Temamos ganas de verlos, y aquí los tenemos. ¿Cómo está el capitán Martin… y Deena, y Paul?

La señora Aguilera volvió a darle un abrazo a Honey.

—Eres un sol. Yo también tenía ganas de veros a todos. Deena y Paul os mandan recuerdos. El capitán Martin también. Me recordó que os dijera que averiguó quién asaltó vuestro camarote. Fue uno de los nuevos marineros de cubierta. El capitán Martin le despidió en la parada siguiente a la de El Cairo. Pero ésas son historias pasadas. Primero tengo que explicaros qué hacemos en este motel. La culpa es vuestra.

—¿Nuestra? —preguntó Brian asombrado.

—En cierto modo. El manuscrito de mi marido y las fotos que hice estaban tan desordenados que necesitábamos parar en algún

sitio un par de días para dejarlos en orden antes de ir al Este.

El señor Aguilera pareció resucitar al oír las palabras de su mujer.

—Entonces recordamos que hablasteis de un motel, cerca del aeropuerto. Parecía el lugar ideal, conque aquí estamos.

—¿Y vinieron en avión desde Memphis? —preguntó Trixie.

—No. Afortunadamente habíamos dejado el coche en Memphis. Fue allí donde llegamos del Este. Saqué un montón de fotos en esa zona, y mi marido tomó notas. Luego fuimos hacia el Norte con un amigo que se iba de negocios a San Luis, confiando en coger un barco e ir por el río hasta Memphis, bajando después, tal vez hasta Nueva Orleans. Tuvimos suerte al conseguir empleo en «La Princesa».

—Vaya un lío —dijo Mart—. En todo caso, espero que les guste el motel. A nosotros nos encanta. Lo malo es que no hemos tenido tiempo de disfrutarlo. Aquí llega la cena.

—Entonces os dejamos solos —dijo la señora Aguilera, cogiendo a su marido del brazo—. ¿Os veremos mañana? —preguntó a las chicas.

—Ah, sí —se apresuró a contestar Honey—. Bueno, me imagino que sí. Nuestro avión para Nueva York sale mañana.

—¿En qué vuelo?

—No es un vuelo regular. Vinimos como invitados del señor Brandio. Él es el propietario de una de las industrias aeronáuticas de por aquí. Regresaremos en su avioneta privada, cuando él disponga. Pero estoy segura de que nos veremos por la mañana.

—¿Y por qué no esta noche? —insistió la señora Aguilera—. Así hablamos un rato, ¿no?

—No. Esta noche nos vamos —dijo Dan—. Lo siento.

—¡Nosotras no! —exclamó Honey—. Sí, Trixie y yo no vamos a la exposición de naves espaciales.

—Parece que olvidáis por qué no venís con nosotros —le recordó Dan—. Ya ve, señora Aguilera, el señor Wheeler creyó oportuno que Trixie se fuera a dormir bien temprano.

—Ah, es verdad —dijo Honey—. ¿Sabe? Trixie por poco se ahoga esta mañana, en la piscina…

—Si nos perdona —dijo Trixie bruscamente— tenemos que ir a nuestra habitación. Sin duda les veremos a ustedes por la mañana.

¿Ya te has tomado el postre, Honey?

—No, aún me queda. ¿Para qué tanta prisa? —preguntó Honey —. Señora Aguilera, le prometo que nos veremos antes de irnos. Y si va alguna vez a Nueva York y pasa por Sleepyside…

—… venga a visitarnos —dijo Trixie, procurando dar un tono cordial a su voz—. Ahora, adiós.

Los Aguilera volvieron a su mesa, y los chicos se fueron a la exposición. Honey y Trixie se retiraron a su cuarto.

—Tengo que decirte que has estado muy seca con los señores Aguilera, Trixie —a Honey se le habían subido los colores, por el enfado—. Podrías haber estado un poco más amable… no te hubiera costado tanto.

—No quise estar amable, como tú dices. No me cae bien ninguno de los dos.

—Ésa no es una razón para haber estado tan antipática. Ten presente que la señora Aguilera te salvó la vida en «La Princesa».

—Ojalá pudiera estar tan segura de eso como tú. No me fío de esa mujer… no sé, tiene algo que no me gusta. Ni siquiera me atrevería a jurar que no fue ella la que me empujó por la borda, en el remolcador, para después fingir que me salvaba la vida.

—¡Trixie Belden! ¡Ésa es la insensatez más grande que he oído en mi vida! ¿Y qué ganaba ella haciendo una cosa así?

—No lo sé. Lo siento en los huesos. Y cuando siento algo así en mis huesos, no puedo más que confiar en mi intuición.

—Pues te diré algo. Yo también creo que tengo un algo especial que me dice cómo es la gente, y yo confío en la señora Aguilera. Te estás comportando como una boba.

—Tal vez —dijo Trixie, no muy convencida—. Puede que ella sea una persona estupenda. Puede que merezca toda la confianza del mundo. Pero a mí no me gusta la cara que pone cuando habla con nosotros.

—Adelante, entonces. Piensa como quieras. En cuanto a mí, creo que los dos son muy amables, aunque el señor Aguilera sea un poco taciturno. Y no conozco mucha gente que escriba libros o saque fotos para ilustrarlos. Hasta es posible que hablen de nosotros en su libro.

—Bah, Honey, ¿por qué no hablamos de otra cosa? Cuando no nos ponemos de acuerdo sobre algo, no hay manera de arreglarlo.

Vamos a encender la radio. Así, con la música, nos dormiremos enseguida.

—A mí no me hace falta la música para que me entre el sueño. Y tú tampoco deberías necesitarla, después de lo que has pasado hoy —dijo Honey dando un bostezo.

Trixie cogió la indirecta. Se metió en la cama y apagó la luz. Encendió el transistor de la mesita de noche que había entre las dos camas, pero puso el volumen muy bajito; la música era suave. No tardó Trixie en percibir la respiración rítmica y tranquila de su amiga, que se había quedado dormida. Escuchó la música un rato, pero acabó apagando la radio y volviéndose de lado.

Una luz tenue se colaba por las persianas venecianas de la ventana; venía de la piscina. La piscina, a esas horas, ya estaba cerrada. Sólo el ruido de los automóviles rompía de vez en cuando el silencio.

Trixie no podía dormir. Pasaron por su mente episodios de su estancia en San Luis, de su viaje por el río… Trató de juntar las piezas del rompecabezas, pero fue en vano. *Nunca había entendido tan poco* —pensó—. *Es fácil intuir que algo terrible está pasando, pero no logro saber qué*.

Una sombra cruzó por delante de las persianas de la ventana; la cortina estaba echada. La siguió otra. No, era la misma, que volvía procurando no hacer ruido.

Trixie, alerta, se sentó en la cama y clavó los ojos en la ventana. De algún lugar próximo le llegó un murmullo. Luego llamaron a la puerta.

Se puso la falda, la blusa y los mocasines, y despertó a Honey. Esperó hasta que ésta se vistió, antes de abrir la puerta.

Al hacerlo, apareció la señora Aguilera.

—Sentimos haberos despertado —dijo la señora Aguilera disculpándose—, sobre todo con la falta que te hacía descansar, Trixie.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo malo? ¿Los chicos…? —las palabras a Trixie le salieron atropelladamente.

—No, no, nada de eso —se apresuró a decir la señora Aguilera —. Tengo que decíroslo sin más; no hay un minuto que perder. Alguien ha estado rondando vuestra ventana; mi marido y yo lo vimos, aguardamos a que se fuera, y quisimos avisaros.

—¿Sí? ¿Y qué más? —preguntó Trixie—. No nos deje tan intrigadas.

La señora Aguilera sonrió y pasó a Trixie una nota doblada.

—Es de la policía.

—¿De la policía? —preguntó Trixie, hecha un lío.

—Sí. ¿Aún no lo sabes? Creí que a estas alturas habrías adivinado que mi marido y yo hemos estado trabajando con los agentes del Gobierno. ¡Léela, deprisa!

Trixie sujetó la hoja y leyó en voz alta:

«Trixie, desde que hablé contigo esta mañana, han estado sucediendo cosas. Nuestros agentes, el señor y la señora Aguilera, te lo explicarán todo. Por favor, seguid sus instrucciones sin vacilar. Confiad en los señores Aguilera. Os están protegiendo».

Firmaba el mensaje un tal «Leighton N. Ogilvie, Jefe de la Oficina Federal de Investigación, distrito de San Luis».

Un cambio en el guión • 14

EL RECELO asomó al rostro de Trixie al leer la nota. Sin decir ni una palabra, se la pasó a Honey.

—Entonces, ¿son ustedes agentes del Gobierno? —preguntó Trixie muy despacio.

—¡Mira! ¿Lo ves? —dijo Honey, restregándole la nota a Trixie por la cara—. Te lo dije. Siempre supe que ella era alguien muy especial.

La señora Aguilera se echó a reír.

—Quise decírtelo varias veces, Trixie, pero tuve que esperar a que el jefe me diera permiso para revelarte quiénes éramos. Ahora debes confiar en nosotros —añadió con cierta prisa—, y acompañarnos. Hay que salir volando. Estamos convencidos de que los hombres que andaban por aquí están camino de su guarida. Lo que no saben es que la policía la tiene rodeada y que, cuando vosotras lleguéis, podréis identificar al menos a uno de ellos. Sabrás de quién estoy hablando, ¿no? ¡Venga! ¡Despabilaos!

—Ay, sí, claro —dijo Honey, cogiendo la mano de la señora Aguilera—. ¿Verdad que todo esto es emocionante, Trixie? Vamos a resolver este caso antes de volver a Nueva York. Eso es lo que queríamos hacer, ¿no? Y ahora, gracias al señor y a la señora Aguilera…

—Un momento, Honey. Señora Aguilera, yo no voy a ninguna parte si no vienen también Dan, Jim y mis hermanos. Fueron a la exposición de naves espaciales. Llegarán en cualquier momento.

—Lo siento. No tenemos ni un segundo que perder.

—Hay que ponerse en marcha —insistió el señor Aguilera—. ¡Rápido! El coche está allí, en el aparcamiento. Saldremos por aquí, entre estos dos edificios del motel.

—Bueno… si las chicas prefieren esperar a que lleguen los muchachos… —empezó a decir la señora Aguilera, pero su marido

la hizo callar:

—¡No!

La vacilación de la señora Aguilera, su disposición a aguardar a los chicos, tranquilizó algo a Trixie, pero persistió aún:

—Al menos me gustaría llamar a casa del señor Brandio y dejar un mensaje para el señor Wheeler. Quiero que sepa dónde hemos ido Honey y yo.

—Nos veremos con él en su escondrijo. Tanto él como el señor Wheeler estarán allí, cuando lleguemos; podéis estar seguras —le dijo la señora Aguilera, tratando de calmarla.

—De todos modos me gustaría llamar por si aún no han salido, si no le importa —dijo Trixie con una determinación que rayaba en la tozudez.

—Hazlo deprisa, entonces —dijo el señor Aguilera.

Trixie cogió el teléfono y aguardó a que sonara la señal. No oyó nada. Golpeó las dos teclas con los dedos, por si estaba mal colgado, pero fue inútil.

—¡Date prisa! —le advirtió la señora Aguilera.

Trixie probó de nuevo y acabó colgando.

—No funciona. Tendré que ir al vestíbulo y utilizar el teléfono que hay allí.

—No hay tiempo para eso —dijo el señor Aguilera.

—Entonces les dejaré una nota a los chicos.

—¡Hazlo volando! —ordenó el señor Aguilera—. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Escríbela en este trozo de papel. Lo meteré por debajo de la puerta mientras vais con mi mujer al coche.

Trixie garabateó un rápido resumen de lo que había ocurrido. Anotó que no sabían dónde iban, pero que, aparentemente, el caso estaba casi resuelto, y que les sorprendería saber que el señor y la señora Aguilera trabajaban con el Gobierno, y que había intentado llamar a casa del señor Brandio, pero que el teléfono de su habitación no funcionaba. Si llamaban al señor Brandio enseguida, les daría más información, sin duda.

Trixie querría haber añadido algo más, pero los dos Aguilera no paraban de apremiarla. También Honey estaba impaciente por ponerse en camino.

Cuando terminó de escribir la nota, el señor Aguilera tendió la mano. Trixie, recelosa, le dio el papel doblado.

—Yo sólita también podría meterla debajo de la puerta —murmuró.

Mientras las dos amigas iban en el coche, Trixie no pudo evitar que un sentimiento de desasosiego se apoderase de ella. ¿Por qué la policía no les había dado al menos un indicio de que estos dos trabajaban para el gobierno? ¿Y por qué se le poma la carne de gallina cada vez que estaba cerca de la señora Aguilera? Honey, sin embargo, pareció aceptar los nuevos acontecimientos como algo natural, y Honey se equivocaba pocas veces al juzgar a las personas.

—¿Dónde vamos? —preguntó Trixie—. Hacia el norte, ¿no? —escudriñó la oscuridad, buscando algún paisaje familiar.

—Pues no lo sé —dijo la señora Aguilera con serenidad—. No me preocupo de esos detalles cuando conduce mi marido. Soy una de esas mujeres que no saben absolutamente nada de automóviles. Tú todavía no tienes edad para conducir, ¿verdad, Trixie?

—No, pero mi padre me deja llevar el coche por algún camino apartado, para que vaya cogiendo confianza, y ya sé conducir.

Puedo arrancar, dar marcha atrás y… —se inclinó hacia adelante para ver el indicador de velocidad—. Y sé que ahora mismo vamos a toda pastilla. ¿Tenemos que ir por encima de los límites de velocidad?

El señor Aguilera no contestó. Gruñó algo ininteligible.

—No habla nunca cuando está conduciendo —explicó su mujer.

—Sí, ya hemos notado que no es muy hablador —comentó Honey riendo—. Supongo que él va a lo suyo. ¿Llevan mucho tiempo de detectives?

—Años —respondió la señora Aguilera—, de un modo u otro. Trixie parece llevarlo en la sangre.

Ay, ojalá Honey no le diga que nosotras somos detectives —rezó Trixie, y su oración fue atendida. Su amiga iba a hablar, pero en lugar de eso aclaró la garganta tosiendo. Después quedó callada.

El coche adelantaba a cuantos vehículos se encontraba en la carretera, esquivando el tráfico con gran habilidad y encaminándose hacia el norte a gran velocidad en medio de la noche.

Trixie creyó saber que se encontraban en la misma carretera que habían seguido al regresar de Hannibal. Aquello parecía que estaba a años luz. ¡Ay, si los chicos estuvieran allí con ellas!

Entonces reconoció un punto de la carretera; sus temores crecieron. Un poco más adelante, había un cruce. Unas luces de neón, rojas y azules, indicaban la presencia de una gasolinera o, tal vez, de algún bar.

—Señor Aguilera —dijo Trixie—, haga el favor de parar en aquel cruce. Quisiera llamar al motel para decir a los chicos dónde estamos.

—No.

—Es que no tenemos tiempo —explicó la señora Aguilera.

—Pero tengo que llamarles —insistió Trixie—. Prometimos que les tendríamos informados de nuestro paradero. Es preciso que telefonee —repitió, y llevó la mano a la portezuela—. Es allí. Hay que parar en el cruce, de todas formas. No perderemos ni cinco minutos.

—No —el señor Aguilera apenas se detuvo en el stop, luego pisó a fondo el acelerador.

—Pero Trixie —dijo con dulzura la señora Aguilera—, entiendo

que desconfiaras antes, pero ahora… después de ver la nota del jefe Otway, deberías haberte convencido de que somos amigas…

—¿El jefe Otway? —repitió Trixie con voz temblorosa, pues estaba aterrorizada—. La nota la firmaba un tal Ogilvie. Lo recuerdo muy bien.

—¡Ah, claro! —dijo la señora Aguilera—. Había un oficial llamado Otway… Qué tonta estoy. El jefe se llama Ogilvie. James N. Ogilvie.

—La nota decía «Leighton N. Ogilvie». ¿No lo viste tú, Honey? ¿Eh?

—Sí —respondió Honey—. Lo vi. Pero debe ser un nombre difícil de recordar, ¿verdad, señora Aguilera?

—¡Cerrad el pico, todos! —gritó el señor Aguilera—. Y eso te incluye a ti, Elena. De todos los subnormales que he conocido, tú te llevas la palma… no te acuerdas ni de tu nombre. ¡Y ahora cuidadito con lo que hacéis, mis queridas señoritas, porque voy a disminuir la velocidad para doblar por aquí! —giró el volante hacia la derecha y se metió por un camino de tierra.

Trixie forzó la vista, tratando de distinguir algo en medio de la oscuridad. Estaba segura de haber visto una señal; segura, por desgracia, de haber leído «San Pedro» en la señal. ¡Estaban de nuevo en el camino que llevaba al caserón! Los Aguilera pararían allí, tal vez para matarlas a las dos. Algo terrible iba a suceder. Intuitivamente, buscó la mano de su amiga.

El auto siguió, no tan deprisa, porque el camino era estrecho, había barro y los arcenes estaban altos. Había bosque cerrado a los dos lados del camino. El contorno del caserón se perfilaba en medio de la noche.

—¿Para qué nos han traído aquí? —preguntó Trixie, casi incapaz de formular sus pensamientos, porque el miedo le había formado un nudo en la garganta.

Volvió a recordar el mapa del río, el mapa que estaba entre los papeles que Lontard había dejado en la habitación del motel. *Están siguiendo esa misma ruta* —pensó Trixie—. *¡Están compinchados con Lontard! ¡Seguro!*

—¿Dónde estamos? —preguntó otra vez en tono desafiante, con más fuerza en su voz—. ¿Por qué nos llevan aquí?

Por toda respuesta recibió un gruñido, que le llegó desde el

asiento delantero; el señor Aguilera volvió la cabeza.

—Porque éste es el camino que lleva al lugar donde tenemos la cita con la policía —contestó la señora Aguilera, marcando las palabras—. Si tuvieras un poco de paciencia, lo verías dentro de muy poco. Haz un esfuerzo, Trixie, y confía en mí.

—¡Ese viejo caserón! —exclamó Trixie—. Estamos muy cerca de él. Y vamos a parar allí, Honey. Pararemos en ese lugar maldito, y sé que van a hacer con nosotras algo terrible.

—¿Cómo vamos a parar allí? —dijo Honey muy tranquila—. Si ya lo hemos dejado atrás. Y la señora Aguilera nunca dejaría que nos pasara nada malo.

Ciertamente habían dejado atrás el caserón. Ahora andaban por un sendero lleno de baches y ramas quebradas. El Cadillac se abrió paso por entre un viñedo cada vez más espeso y paró.

—¡Fuera! —ordenó el señor Aguilera.

—Desde aquí tenemos que ir a pie —dijo su esposa—. El camino es malo, de modo que mirad dónde pisáis. No estamos lejos de donde la policía y los demás nos esperan. Siento que vayáis a mojaros los pies.

—Qué más da —dijo Honey.

Para Honey no es más que un juego —pensó Trixie, resignándose ya a su (mala) suerte—. *Sólo el cielo sabe lo que nos espera. Honey no sospecha nada malo. Bueno, ¿de qué serviría que lo sospechara?*

La señora Aguilera le dio un apretón a Honey en el brazo.

—No tengas miedo. Antes de nada verás a tus amigos. ¿Te imaginas? ¡Vas a ayudar a resolver un caso importantísimo!

Por un momento Trixie sintió que recuperaba el ánimo. Tal vez… ¡pero no! La vieja desconfianza volvió a apoderarse de ella con más fuerza.

Sólo el señor Aguilera llevaba linterna. Le siguieron los pasos de cerca, apartando ramas de las viñas, tropezando, casi cayendo, en esa caminata a ciegas.

De alguna parte les llegaban los ruidos de las aves más noctámbulas, acomodando el nido para pasar la noche. Los árboles crujían, y sus ramas desnudas, allá arriba, se juntaban y separaban como brazos espectrales. Todo era silencio… salvo el sonido de sus pisadas al romper alguna ramita.

Había un olor espeso en el aire de la noche, el de la vegetación podrida, el de troncos caídos, muertos. Un olor familiar… ¿tal vez sauces?

—Andamos cerca del río, ¿verdad? —preguntó Trixie—. ¿Es allí donde nos encontraremos con el señor Wheeler y los demás?

—Tú lo has dicho, Trixie —le dijo Honey—. Esto da un poco de miedo, ¿no? Está tan oscuro… Ojalá lleguemos allí enseguida.

El señor Aguilera avanzaba al frente de la expedición a grandes zancadas, hundiendo sus zapatones en el lodo; iban adentrándose en zona pantanosa. Enfocó con la linterna a su alrededor y al frente.

—¡Cuidado con las serpientes! —advirtió.

Honey lanzó un grito de terror.

—¡Las serpientes me dan pánico! —dijo, y se detuvo, incapaz de dar un paso más.

—Ya lo has estropeado —dijo la señora Aguilera a su marido—. Has asustado a Honey tanto que ya no se atreve ni a mover un dedo. Tendremos que llevarla en brazos.

—¿En brazos? —repitió el señor Aguilera, riéndose a carcajadas —. No me veo a mí mismo llevando en brazos a uno de estos pimpollos. Pégale una buena patada y verás como tira «palante». Ja, ja, ja.

—¿Ha… ha dicho… ha dicho eso en… en serio? —balbuceó Honey, temblando de arriba abajo, como una hoja.

—Claro que no. Es que está impaciente por llegar a ese sitio. Por aquí no hay serpientes, así que no debes tener miedo. Venga, dame la mano —dijo la señora Aguilera, y tiró de ella, obligándola a avanzar.

Mientras Honey caminaba con paso vacilante, Trixie recorrió mentalmente los hechos. Pensó en aquel primer encuentro con Lontard en el motel; el modo en que la había atravesado con su mirada de fuego. Se acordó del Mercedes, tan descomunal, echándose encima de su pequeño automóvil en la carretera… suerte que Jim esquivó a aquella mole asesina con sus rápidos reflejos. ¡Ay, si los chicos estuvieran con ellas ahora! Se vio entonces cayéndose por la borda, en la gabarra más alejada de «La Princesa». Luego le vino a la memoria su camarote, patas arriba, y la persona que vio huir a nado desde la cubierta del remolcador. Era Lontard, sin duda.

También recordó el falso mensaje que alguien había enviado a los señores Wheeler y Brandio desde El Cairo, a Bob en «El Cometa», intentando en vano dejarlos a todos en alguna playa con quién sabe qué siniestro propósito. Menos mal que los guardacostas lo vieron haciendo el loco y acudieron a tiempo.

Reconstruyó también, estremeciéndose, esos segundos pavorosos que había pasado en el fondo de la piscina, y vio al hombre que había salido huyendo cuando ella estaba a punto de saltar desde el trampolín.

Reflexionó después sobre lo ocurrido en la isla de Jackson, sobre las pruebas que Lontard había dejado allí. Todo convergía en el centro de su pesadilla, hasta él coche que ellos abandonaron en la carretera cuando vieron el caserón.

Y ahora aquí estaban, en el mismo camino, a pocos pasos de encontrar una muerte pasada por agua, en el río.

—¡Mira! ¡Una vieja barca! —exclamó Honey; los árboles habían quedado a sus espaldas—. ¡El río Mississippi y un viejo vapor, Trixie! Ya sé, ahí es donde nos encontraremos con papá y con los otros. ¿Han venido hasta aquí en barca? ¡Uf! Tiene que haber sido un viaje de pena, en ese cacharro tan viejo. Tengo los pies empapados, y estoy muerta de frío y de miedo.

—Bah, te olvidarás de todo eso enseguida —dijo el señor Aguilera con ironía. A empujones subió a las dos muchachas al tablazón de la cubierta del destartalado vapor.

—¡Adelante! —ordenó—. ¡Subid esos escalones, hasta la timonera! Venga. Más deprisa.

—¿Y los demás? —preguntó Honey, tambaleándose, buscando la mano de su amiga—. ¿Todavía no han llegado?

—Ah, sí. Los otros ya están aquí —dijo el señor Aguilera, riéndose entre dientes—. Os tienen preparada una bienvenida de aúpa. ¡Abre, Frenchy!

Una luz potentísima se encendió allá arriba.

Trixie y Honey, tiritando, apenas teniéndose en pie, subieron los pocos escalones que conducían hasta la timonera. Unos goznes oxidados chirriaron cuando se acercaban; la puerta se abrió de par en par, dejando escapar un poco de la débil luz que salía del interior.

Allí plantado, con los brazos cruzados, balanceándose hacia

adelante y hacia atrás sobre sus talones, se hallaba Pierre Lontard. Una sonrisa siniestra se le había dibujado en el rostro.

A bordo del vapor • 15

—¡BIENVENIDAS A BORDO, mis queridísimas amigas detectives! —dijo Lontard con una voz cavernosa que por alguna razón hizo pensar a Trixie en el lobo feroz de Caperucita—. ¿No estáis contentas de verme?

Trixie y Honey no respondieron.

—¿Qué, acaso no lo estáis? Habéis estado jugando al ratón y al gato conmigo durante demasiado tiempo. Así que creísteis que vuestros amigos, Elena y Juan Aguilera, os estaban protegiendo de mí… —rompió entonces a reír, con unas carcajadas hondas, roncas, malignas, que le hicieron palidecer a Trixie.

Honey también estaba tan pálida como una muerta.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó Trixie, sacando valor de donde no lo había—. ¿Qué quiere de nosotras? ¿Va a matarnos?

—De una en una, las preguntas, mi pequeña dragonzuela. Primero… ¿qué pretendo? Los papeles que me robasteis y que siguen en vuestras manos. Y los quiero inmediatamente. ¡Regístrala de pies a cabeza! —ordenó a la señora Aguilera.

—En cuanto a la segunda pregunta… ¿qué voy a hacer con vosotras? ¿Mataros? La respuesta a eso depende enteramente de ti, señorita Trixie. Contra tu compañera no tengo nada. Sólo que tendrá que correr tu misma suerte, porque como no le cortásemos la lengua… En mi país, el robo de documentos privados se castiga con la pena de muerte. Aquí, en el vuestro, los jueces son más compasivos. Tal vez me haya contagiado de esa compasión… ¿quién sabe? ¿Qué hay, Elena? ¿No has encontrado nada?

A la luz de la enorme lámpara, Trixie vio todas las cosas que guardaba en el bolso esparcidas por el suelo.

—¡Nada! —repitió la señora Aguilera.

Pierre Lontard se volvió, encolerizado, hacia Trixie.

—¿Dónde están? ¿Dónde has metido esos papeles? —y le dio un

empujón tan fuerte que casi la tira al suelo.

—No los tengo.

De pronto, Honey se lanzó hacia él sin poder contener su furia y le arañó la cara. Medio cegado por el ataque, se echó a por ella, y la habría golpeado de no haber intercedido la señora Aguilera.

—¡Espera! —ordenó tajantemente—. Todavía no tenemos los papeles.

—Es cierto. No los tenemos. ¿Dónde están? —preguntó a Trixie con una voz dura y fría—. Contéstame, nena, ¡ya! ¡Piensa en lo que os pasará si no aparecen esos papeles! Ya me has costado miles de dólares, al retener objetos que me pertenecen. ¿Dónde? —gritó inclinándose sobre Trixie con el brazo levantado, aguardando la respuesta.

—¿No ve que no los tiene? —respondió Honey—. ¿Cómo iba a tenerlos? Si…

—¡Honey, no! —exclamó Trixie—. Déjame hablar, por favor.

Honey se llevó una mano a los labios y asintió tristemente.

—¡Pues hala, habla! —bramó Lontard—. ¡Habla! ¿Dónde están esos papeles?

Trixie supo entonces que si le decía que se los había entregado a la policía, las mataría sin remedio. Sin que la voz se le quebrara, dijo:

—No puedo decir nada. Sólo que no los tengo. Ya no.

—Muy bien. ¿Dónde los has dejado? Suelta la lengua, o carga con las consecuencias —dijo con voz de trueno, totalmente congestionado.

—He dicho todo lo que puedo decir. No los tengo.

—Entonces es que los has escondido. ¿Dónde? —preguntó de nuevo chillando aún más—. Ahora iremos adonde has escondido esos papeles. Muy bien. Si no los encuentro en donde supongo que estarán… en tu habitación del motel… en ese caso, mi pequeña Trixie, guapita, te dejaré una cara que nadie querrá mirarte. ¡Atadla! ¡Ocuparos de este par de entrometidas! ¡No te entretengas en remilgos, Elena! Piensa en los dolores de cabeza que nos han dado. Piensa en el dinero que nos han costado.

—¡No te atrevas a ponerle la mano encima a Honey! —gritó Trixie—. Ella no tenía nada que ver con esos papeles. Yo no sé lo que serán, pero deben ser muy importantes y peligrosos para

obligarles a hacer esto. ¡Ni se le ocurra tocar a Honey! —volvió a gritar cuando el señor Aguilera cogió a Honey de los brazos.

—¡Silencio! —ordenó Lontard.

—¡Se arrepentirá de esto! —le advirtió Trixie—. Si nos hace daño, nuestros padres removerán el cielo y la tierra hasta encontrarles.

Lontard volvió a reír dando a sus carcajadas un tono cruel, sádico.

—¿Y por qué no vienen ahora? Puede que acaben encontrándoos… ¡en el fondo del río! ¡Bonita mortaja, las algas del Mississippi!

Honey no pudo reprimir más el llanto.

—¡Trixie, dile donde están los papeles! ¡Te matarán! ¡Ay, Trixie!

—Confía en mí, Honey —le pidió a su amiga. Luego dijo a Lontard—: Está usted listo, si cree que saldrá bien de ésta. Nuestros amigos no pararán hasta dar con usted.

—¿Conmigo? —dijo riéndose sarcásticamente—. Vosotros… americanos débiles, cobardes… no podríais ni encontrar la letra A en el alfabeto. Sois un manojo de idiotas.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Trixie, desafiante—. Si se atreve a ponernos un dedo encima, a hacernos daño… va a padecer durante el resto de su vida, que será bien corta.

—¡Deja que se vayan! —dijo la señora Aguilera—. Yo llevo en este país más tiempo que tú, Pierre. Y sé cual es la pena por secuestro… y por asesinato.

—Parece que no conoces, o que has olvidado… mi poder, y quién me guarda las espaldas —replicó Lontard con frialdad—. No le tengo miedo a nadie. ¡Soy Pierre Lontard! En cuanto a dejar que se larguen, ¿es que has perdido el juicio? Tendríamos que renunciar a todo aquello por lo que hemos trabajado. ¿Es eso lo que quieres? Todo lo que habíamos planeado se iría al traste, después de habernos jugado la vida y nuestra fortuna. ¿Quieres eso? —añadió despectivamente.

—Y aunque no me atrajera el fortunón que nos espera —prosiguió mirándola de arriba abajo—, ¿qué pasa con nuestras vidas? Con esas dos listas vivitas y coleando, no llegaríamos muy lejos. A ninguna parte, más bien. No, Elena Aguilera. No perdamos más tiempo. Guárdate la lástima para ti misma. Me pones enfermo.

¡Dejar que se marchen! ¿Cuando ha hecho Lontard una cosa así? ¡Jamás! ¡Atadlas! ¡Amordazadlas! Tenemos que irnos de aquí enseguida.

Los Aguilera, azuzados por Lontard, cogieron a las dos muchachas, les doblaron los brazos a la espalda, y las ataron. Luego las tiraron al suelo de un empujón y las amarraron los tobillos.

Acto seguido, las amordazaron.

—¡Ya está!, ¿le parece bien así? —preguntó Juan a su jefe.

—Vale. Por un rato, no estorbarán —dijo Lontard, y añadió el muy macabro—: Puede que no vuelvan a estorbarnos nunca más. Todo depende de lo que encontremos y cuanto tardemos, en el motel. Hay que salir pitando. Siempre cabe la posibilidad de que esos chicos hayan buscado a sus amigas al volver de la exposición. Todavía podéis oírme, jovencitas. Os daré una última oportunidad de decirme dónde están los papeles. Si no, os quedaréis aquí hasta que nos apetezca volver. Mueve la cabeza, Trixie, si estás dispuesta a contarme lo que sabes.

Trixie permaneció inmóvil. Entonces Lontard sacó su reloj.

—Te doy sesenta segundos.

Trixie no hizo el menor gesto.

—Chicas, hablad —suplicó la señora Aguilera—. Haced lo que os dice. Puede llegar a ser muy cruel.

Ni Trixie ni Honey se movieron.

Lontard contó hasta sesenta, marcando los segundos con el índice levantado. Finalmente, con un gruñido, cerró la tapa de su extraño reloj de bolsillo.

—Ahora ya no merecéis ninguna consideración, y no la tendréis. ¡Vamos! —dijo a sus cómplices. Apagó la luz de la lámpara y salió detrás de los señores Aguilera. Afuera, Lontard echó el cerrojo, girando la llave oxidada.

Trixie alcanzó a oír sus pasos al bajar las escaleras de la timonera y cuando iba por la cubierta. Luego, ya no oyó nada. Ni un ruido. Ni una luz. Ni esperanza. Nada sino la oscuridad.

Arrastrando su cuerpo, que ya tenía lleno de arañazos, Trixie intentó arrimarse a Honey. Murmuró algo como pudo con esa mordaza. Lo mismo hizo Honey, y así pudieron buscarse a tientas hasta llegar una junto a otra. Eso las tranquilizó un poco.

A través de las ventanas rotas de la timonera les llegaba el ruido

de las olas embistiendo rítmicamente los bajos sauces de la playa.

Afuera, en el río, todo estaba en silencio. En el pantano que les rodeaba, un pez daba un salto de vez en cuando, y el zambullido se repetía como un eco.

Poco a poco, en la playa, las alimañas, asustadas hasta entonces por la presencia de los Aguilera y de Lontard, reanudaron su trabajo y prosiguieron su incesante búsqueda de comida, ejecutando al hacerlo un concierto un tanto extraño. Los ratones almizcleros correteaban por la hierba en busca de alguna almeja, rompiéndolas con un chasquido y sorbiendo su carne sabrosísima. Respecto al resto de la orquesta, las ranas emitían los sonidos agudos y los sapos los graves.

Trixie, al oír todo eso, forcejeó con rabia con las cuerdas que la tenían amarrada. Rodó y se colocó de espaldas a Honey, esperando que sus secuestradores le hubieran dejado al menos libres los dedos a su amiga para deshacer el nudo.

Honey murmuró algo, pero resultó ininteligible. Trixie le contestó de la misma manera, porque oír algo humano, en medio de aquella soledad, le daba valor.

Río arriba, un remolcador lanzó un silbido que a las dos les pareció lastimero. Más allá, en el margen del río que daba al Estado de Illinois, otra barca respondió. Mientras se dejaba llevar río abajo, exploraba los alrededores con un foco muy potente.

Seguro que ven este viejo cacharro —pensó Trixie—. *Pero ¿y qué? Debe llevar años y años pudriéndose aquí.*

La luz del remolcador terminó perdiéndose, y el suelo tembló ante el empuje de las olas que levantaban las gabarras.

¡Si al menos pudiese hablar con Honey! —se dijo Trixie—. *Si pudiese explicarle por qué no quise decirle a Lontard dónde estaban los papeles. Sé que ella cree que debería haberlo hecho. No se da cuenta de que trataba de salvarnos de una muerte segura, y es que si llegan a enterarse de que la policía les sigue los pasos… ¿sus pasos?*

A Trixie el corazón se le puso a cien por hora. ¿No sabrá nada la policía de los Aguilera? ¿O de Lontard? Si les habían seguido las huellas, a lo mejor… No, les quedaba tan poco tiempo…

Cuando Lontard haya registrado la habitación del motel sin dar con los papeles, volverá aquí enseguida, se deshará de las dos como sea (más me valdrá no pensar en ello), y se largará.

Frenéticamente, Trixie reflexionó sobre la posibilidad de alguna esperanza… y se vio en un callejón sin salida. Parecía que no quedaba otra cosa sino aceptar el destino tal y como les venía.

En la oscuridad que se produjo después de marcharse el remolcador, Trixie volvió a oír el ir y venir de animales y pájaros, afuera. Lentamente, fue percibiendo otros sonidos más próximos. Levantó la cabeza. En un rincón de la timonera, llegó a ver unos puntos que brillaban a la luz de la luna. Luego oyó el corretear de unos pies diminutos y los chillidos de algún ratoncillo. Dio patadas contra el suelo para espantarlos. Mejor que Honey no supiera lo que andaba por ahí. Tenía tanto miedo de los ratones… Pronto, desesperada, se percató de la poca importancia que tenía eso ahora, cuando les aguardaba un desenlace terrible.

Los ratones, asustados, desaparecieron. Volvió la quietud, la quietud más absoluta. Pasó una nube por delante de la luna; la oscuridad se cernió sobre las dos amigas. Finalmente, exhaustas por completo, se quedaron dormidas.

Una llave • 16

LA LUZ DEL DÍA se colaba por las ventanas destrozadas de la timonera, cuando Trixie se despertó de un sobresalto. Honey, a su lado, respiraba profundamente.

Trixie había estado soñando… y qué pesadilla tan horrorosa. Le alegró despertarse, saber que el sueño no era más que un sueño. Entonces la realidad la envolvió, y se percató de que ninguna pesadilla podía ser peor que aquello por lo que Honey y ella estaban pasando.

Intentó moverse, pero los músculos no le respondían. Las fuertes ligaduras le habían alterado el ritmo de la circulación de la sangre, y tenía los brazos y las piernas dormidos. *Tengo que moverme* —pensó—, *y hacer que Honey se mueva*. Reuniendo todas sus fuerzas, giró débilmente hasta chocar con Honey. Su amiga se revolvió un poco, acabó despertándose, y, al ver dónde se hallaba, se apretó contra Trixie.

A Trixie le sorprendió que Lontard y sus compinches no hubieran vuelto todavía. Bien sabía ella que pronto les llegaría la hora de saber qué les tenía reservado el destino. Rezó, pidiendo ayuda.

El sol asomaba. El único sonido que les llegaba de la playa era el del revuelo de los pájaros en sus nidos. El río fluía en silencio. Los remolcadores debían estar amarrados en algún muelle, y las barcas de pesca no habían madrugado tanto.

Trixie tenía la garganta seca, muy seca. Tenía sed. No tenía hambre, pero la imagen de un vaso de agua clara, de agua fresca, la atormentaba. Honey también tenía sed y parecía haber apurado el depósito de sus fuerzas al apretarse contra Trixie. Desde entonces no se había movido. ¡Quizá se habría desmayado! Trixie le dio suavemente con las rodillas. Honey respondió con un débil gemido.

Animada al ver que tenía a su amiga al lado, vivita y coleando (aunque coleando poco), Trixie se armó de coraje. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. La luz tempranera de la mañana le permitió ver las señales de las actividades recientes de sus secuestradores. Amontonados en un rincón, había latas de sopa y de guisantes hervidos. En el suelo, huesos de pollo, cajas de leche y botellas de vino vacías.

En torno a ellas dos, todo eran pañuelos de papel arrugados y hojas rotas en mil pedazos. Trixie vio también su espejo roto, reflejando el sol de la mañana. Muy cerca, su agenda. Al lado de su bolso, donde la señora Aguilera lo había tirado, estaba la llave de su habitación del motel. Por una extraña coincidencia, ninguno de los tres la habían visto la noche anterior.

¿Cómo pude ser tan tonta? ¡Dejarme convencer por los Aguilera! —pensó Trixie apenada—. *Ya fue una estupidez correr el riesgo, después de haber sospechado de la señora Aguilera desde el principio… pero haber implicado a Honey no tiene perdón. Ahora ya nunca volveremos a ver nuestras casas, en Sleepyside. El señor Wheeler creerá que he merecido la muerte, porque seré la culpable de la de su hija… Ay, ojalá papá supiera dónde estoy. Y mamá. Y a Bobby, mi hermanito, tampoco lo veré más. ¿Dónde estarán los chicos? ¿Acaso no saben la falta que nos hacen? Jim, ¿dónde te has metido? ¿Brian, Mart, Dan? Yo sé que si ellos estuvieran en peligro, algo me diría dónde encontrarlos. Pero seguramente estarán durmiendo tan tranquilos, en el motel.*

Trixie concentró toda su energía mental, intentando enviar un mensaje telepático de ayuda. Por mucho que lo intentara, no logró sentir que había llegado a su destino… ni a los chicos, ni al señor Wheeler, ni al señor Brandio.

El alboroto de sus pensamientos le impidió oír enseguida las voces. En la playa, en alguna parte, había voces, que le llegaban débilmente. Eran voces jóvenes. ¿Mart? ¿Dan? ¿Brian? ¿Jim? Las voces se acercaban. Ahora pudo distinguir palabras sueltas. Eran voces extrañas, pero un desconocido, alguien que no fuera Lontard, ni el señor ni la señora Aguilera, las haría felices.

Trixie alertó a Honey. Las dos se incorporaron para escuchar.

—A ver si hay suerte y cojo hoy a esa vieja perca —dijo la voz

de un chaval.

—La ley del río dice que es mía —replicó otro—. Yo la vi primero. ¿Por qué crees que me he levantado tan temprano?

—Para llegar aquí antes que yo —contestó el primero, riéndose —. ¿Acaso no te he pillado saliendo de casa a hurtadillas?

Unas ramas crujieron al ser apartadas; también les llegó el chapoteo de dos pares de botas de goma hundiéndose en el pantano.

—En este río hay percas de sobra para los dos. Allí, al otro lado de aquel tronco, ¿lo ves?, junto al viejo vapor. En muchas millas a la redonda no hay un sitio tan lleno de peces como aquél. Lanza el anzuelo hacia allí, Dave.

El carrete de Dave giró, y el hilo fue zumbando hasta el extremo más alejado del vapor.

—¡Lo tengo, Mike! —gritó exultante—. Te toca a ti.

En el interior del vapor, Trixie buscó la manera de atraer la atención de esos muchachos. ¿Qué podía hacer? Estaba atada de pies y manos. No podía ni ponerse de pie. No podía coger nada. La habían amordazado. No podía pedir socorro.

A su lado, Honey se quejaba débilmente. Aparentemente, se sentía tan impotente como ella.

Se oyó otro zumbido; un carrete volvió a recuperar el hilo. El otro chico lanzó de nuevo, y Trixie no tardó en oír los esfuerzos desesperados de un pez en el agua.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de las dos… Pasaban los minutos, media hora, una hora. Tenían la salvación tan cerca… Sin embargo, no había modo de recorrer esa corta distancia que las separaba de ella.

Si los chicos subiesen a bordo del vapor —pensó Trixie—. Y, si lo hacían, ¿cómo atraerían su atención? Las patadas que daba en el suelo difícilmente podían oírse desde fuera. ¡Y la puerta estaba cerrada!

Su mirada exploró la timonera, objeto a objeto. *Tal vez, si derribara una silla* —pensó—, *si consiguiera llegar hasta ella a rastras… Pero está en el rincón más alejado, y los chicos ya se habrán marchado cuando yo la alcance*.

Observó luego el suelo. Distinguió la llave de la habitación del motel. *Si pudiese echarla de una patada por debajo de la puerta, y*

los chicos subieran a la barca…

La llave no estaba muy lejos; como a medio camino entre Trixie y la puerta; no obstante, el esfuerzo que requería llegar hasta ella hizo que le pareciesen millas.

Honey siguió con la mirada el movimiento de Trixie; pareció entender el propósito de su amiga, y parpadeó repetidamente, como tratando de transmitirle fuerza.

Trixie fue arrastrándose por el suelo, despacio, con torpeza. Le dolían todos los huesos. Al llegar adonde estaba la llave, se retorció para poder empujar la llave con la barbilla. Luego fue empujándola pulgada a pulgada. Cada uno de esos movimientos convulsivos le producía una herida, pero se esforzaba con tanto ahínco que ni notaba el escozor de sus arañazos. Finalmente, de un empujón final, la llave pasó por debajo de la puerta.

Trixie se desplomó, satisfecha de su triunfo. Al otro lado del cuarto, Honey le indicó con los ojos que compartía su éxito, su alegría.

Lo de la llave había dejado a Trixie exhausta. De repente, un pensamiento terrible se le pasó por la cabeza. ¿Cómo iban a ver la llave los chicos? Probablemente solían venir a pescar por aquí tan a menudo que habían perdido todo interés por el viejo vapor. Lo más seguro es que fueran a otro punto de pesca. Hasta podían volver a su casa, sin saber que en sus manos había estado la salvación de dos chicas desesperadas. Trixie rompió a llorar.

¿Qué le decía Dave a Mike, ahí fuera?

—Bah, lo dejamos ya, ¿no? Con el cubo de pescado que le voy a llevar, a mi madre se le van a salir los ojos de las órbitas.

—Sí, a la mía también —respondió Mike—. No me había parado a pensar en que no tendré más remedio que limpiar todo el pescado para que mamá lo prepare.

—Lo sé. Eso lo estropea todo. Oye, vamos a la vieja barca y echaremos el anzuelo desde la cubierta. A ver si cogemos algún pez gato, ¿vale?

Dentro, Trixie aguzó el oído, contuvo el aliento, y esperó la respuesta de Mike. ¿Iban a subir a bordo? ¿Verían la llave? Trixie rezó para que así fuera.

¡Subid más alto! —suplicó Trixie—. *¡Echad el anzuelo desde la timonera! ¡Subid los escalones y encontrad la llave!*

Como respuesta a sus plegarias, oyó que Mike y Dave subían con gran estrépito las escaleras que llevaban a la timonera.

—¡Oye, mira esto! —dijo Mike asombrado—. Alguien ha perdido una llave. ¡Ten, Dave, mira!

—¡Sí! Es de un motel de San Luis —dijo leyendo la inscripción —. ¡Caramba! Alguien debió de pasar por aquí desde la última vez que vinimos, porque yo no la vi entonces, ¿y tú?

—No. Claro que no. ¿Crees que habrán dejado alguna otra cosa en la timonera?

—Podemos echar un vistazo.

Al intentar abrir la puerta, Mike descubrió que estaba cerrada con llave.

—Qué curioso. Siempre ha estado abierta.

En el interior, Trixie y Honey, empeñadas en hacerse oír, gritaron todo lo que pudieron sus gargantas secas pero las mordazas hacían que casi fuera imperceptible. Luego se retorcieron, dando patadas contra el suelo.

—¿Has oído algo? —preguntó Dave.

—¡Sí! ¿Habrá alguien ahí dentro? —preguntó Mike.

Trixie, arrimada a la puerta, se dio de cabeza contra ella, haciendo que rechinaran sus oxidadas bisagras.

—¡Guau! ¿Qué será eso? —exclamó Mike.

—No lo sé, pero yo me largo de aquí.

—¡Y yo también!

Trixie estaba desolada. ¡Forzad la puerta! ¡Salvadnos! ¡Desatadnos!

En lugar de eso, oyó cómo los chicos salían corriendo escaleras abajo, hacia la playa.

A Trixie se le cayó el alma a los pies. Miró a Honey pero Honey volvió la cara. Entonces, al percibir un nuevo sonido, Trixie se incorporó un poco para escuchar mejor.

—¿Qué diablos hacéis por aquí, chicos? —preguntó una voz ronca—. ¡Eh! ¿De dónde habéis sacado todas esa percas?

—Allí, cerca de aquel tronco —respondió Mike. Luego añadió con voz temblorosa—: ¡Hay alguien allí, en la timonera!

—¿Ah, sí? —preguntó el hombre—. Vaya, vaya. Bueno, ¿y qué? A nadie le está prohibido subir allá si le da la gana.

—No es eso —oyó Trixie que insistía Mike—. Hay alguien

gruñendo allí dentro. Lo hemos oído. Suba y verá.

Ay, haz que suba a ver —suplicó Trixie—. *Hágale caso, por favor, quienquiera que sea.*

—Así que allí arriba hay alguien gruñendo, ¿eh? —preguntó el hombre—. ¿Y quién será, el demonio?

—No señor. Encontramos esta llave.

—Y eso os ha hecho pensar que hay alguien allí, ¿no? Bueno, dejad que os diga una cosa. Esa vieja barcaza lleva ahí casi un siglo. Si aguzas el oído, oirás más lamentos que en un cementerio. Encontrasteis una llave… ¿y qué? Yo tengo en casa una colección con todo lo que la gente olvida aquí, allí, y en todas partes. Yo voy a pescar. Vosotros, chicos, haced lo que os venga en gana. Yo en vuestro lugar echaría la llave al río. Claro que si queréis gastaros lo que valga el sello, podéis mandarla en una carta al motel. Y ahora, largaos con viento fresco. No quiero que nadie me espante la pesca. Y no creo que los fantasmas de la timonera me la vayan a espantar.

Desalentada, Trixie supo que los muchachos habían obedecido la orden del hombre aquel y se habían marchado. El ruido de sus pisadas fue perdiéndose hasta hacerse inaudible.

Durante un rato oyó al hombre lanzar el hilo o recogerlo, en busca de las carpas. Entonó una canción popular sobre el río Mississippi, con voz baja y ronca. Pasó el tiempo, y al final el hombre juntó sus cosas y se alejó.

Trixie se arrastró de nuevo hasta llegar al lado de Honey. No soportaba mirar a su amiga a los ojos. Ya no quedaba nada sino esperar… esperar… y esperar.

El sol de la mañana penetraba ahora con fuerza por las ventanas de la timonera. Trixie echaba de menos el agua; la sed la consumía. Tenía el cuerpo resentido y magullado de tanto esfuerzo.

No faltaría mucho para que Lontard y sus cómplices volvieran.

Las dos amigas esperaron; las lágrimas rodaron por sus mejillas. No había otra cosa que hacer; sólo llorar.

¡Bob-White! • 17

DESCORAZONADA, Trixie pensó: *¿Cómo se me ocurriría esperar algo de esa llave? A no ser que esos chicos se la lleven a la policía… Claro que estoy segura de que ni se les ha pasado por la cabeza. Dave y Mike ni siquiera dijeron a ese hombre que vino a pescar que la puerta de la timonera estaba cerrada con llave. De haberlo hecho, a lo mejor se habría decidido a echar una ojeada. Lo sentirá tanto como esos chicos, cuando vea que pudo habernos rescatado*.

Tan enredada estaba Trixie en sus cavilaciones, que no vio que Honey trataba de captar su atención. Levantó la cabeza y vio que Honey la estaba mirando. Un murmullo de voces se acercaba. Oyeron una carcajada brusca, la voz de una mujer y luego una palabrota.

¡Era Lontard, que volvía!

Trixie y Honey se miraron a los ojos, presas del pánico. *Tal vez sea la última vez que la vea* —pensó—. *Y puede que ya haya visto por última vez a todos los que amo…*

La señora Aguilera estaba hablando:

—Vas a cometer el error de tu vida si haces daño a esas chicas.

Su marido intervino:

—Hay que acabar con ellas. No hay más remedio. Estamos metidos en esto hasta el cuello, y sólo podremos salir del fango deshaciéndonos de ellas. ¿Verdad, Frenchy?

—Cerrad el pico. Aquí mando yo, tenedlo presente. Cuando quiera vuestra opinión, os la pediré. Es posible que las chicas ya estén para el arrastre. Eso solucionaría nuestros problemas. Pero puede que no. Tengo pensado otro plan.

—¿Cuál? —preguntó Juan Aguilera.

—Ya te lo diré cuando todo esté listo. Apártate de mi camino.

Enseguida sabré lo que tengo que hacer. ¡Voy a subir!

Sonaron unas pisadas fortísimas, en los escalones. Lontard se plantó de una zancada delante de la puerta de la timonera y metió la llave en la cerradura. Trixie oyó un chirrido; la puerta se abrió. Lontard apareció allí, bajo el marco de la puerta; la luz de la mañana recortaba su rostro cruel. Sonrió con malicia.

—¿Qué, seguís vivas? —cruzó la habitación y dio la vuelta a las dos amigas de una patada—. ¿Habéis pasado bien la noche? ¿Disfrutasteis de la visita de nuestras vecinas, las ratas de agua? Son una compañía pequeña, pero agradable. ¿Y no estáis contentas de verme?

Honey no se había movido desde que Lontard le diera la patada. *Ahora sé que se ha desmayado, lo sé* —pensó Trixie—. *Y me he quedado sola. ¡No se habrá muerto Honey!*

—¡Venga, Juan, quítales la mordaza! —ordenó Lontard—. Te sorprende, ¿verdad, Elena? ¿No sabías que yo también tengo mi corazoncito? Muy bien, dales un trago de agua. ¡Deprisa!

La señora Aguilera llenó un vaso con el agua de un cántaro que había encima de la mesa. Se lo acercó a Trixie, a los labios. Tan cortados los tenía que sólo pudo entreabrir la boca. Trixie sacudió la cabeza, entristecida. Con la voz quebrada dijo:

—Por favor, déle de beber a Honey primero. Creo que se ha desmayado. Intente reanimarla. Ahora, si nos va a matar de todos modos, no lo haga. Para ella será más fácil así.

Lontard se rio; no conocía el cariño.

—¿Quien habló de matar a dos nenas tan monas y tan buenas? Desatadlas de pies y manos. Rápido, Juan. ¿Qué miras? Sé lo que me hago. Desátalas. No pierdas el tiempo. Soy compasivo, puedo ser amable. ¿No recordáis lo compasivo, lo amable que puedo ser?

—Por si mi marido lo ha olvidado, yo sí que me acuerdo —dijo la señora Aguilera, acariciándole a Honey las muñecas y los tobillos, que la cuerda había desgarrado—. Te he visto «trabajar» a gente grande, y nunca he abierto la boca. Pero no vas a seguir torturando a estas criaturas. Procura levantadla cabeza, Honey. Bebe un trago de agua.

Honey parpadeó, y abrió los ojos. Aún palideció más al ver quién la estaba sujetando.

—Bebe, Honey —dijo Trixie con voz apagada.

—¡Sí, bebe! —ordenó Lontard—. Pienso llevaros a dar un paseo corto, pero precioso, para que veáis el paisaje. Y no quiero que te desmayes cada dos por tres. ¡Levántate! A ver si puedes andar. Juan, levanta a las nenitas.

La señora Aguilera levantó a Honey con cuidado. La mujer la sostuvo en sus brazos; temblaba como una hoja, hasta que recobró parte de sus fuerzas y consiguió mantenerse en pie. Su marido levantó a Trixie con violencia. Trixie sabía perfectamente que Lontard no era de fiar, pero que le había dado el capricho de aplazar su ejecución. Ese margen la ayudó a reponerse; la sangre volvió a correr por sus manos y piernas. Honey y ella se abrazaron.

Lontard se retorció las manos.

—Así ya está mejor, ¿verdad? ¿Veis que bueno es Pierre Lontard? ¿Cómo vais a recompensarme? Me habéis estado fastidiando desde que tropezasteis conmigo. Primero me robáis esos papeles tan valiosos que estaban en mi habitación; yo los había dejado allí por casualidad. Y no quisisteis devolvérmelos, a pesar de que me visteis revolver toda aquella basura en busca de lo que era mío. ¿Y me habéis devuelto lo que es mío? No.

Trixie y Honey siguieron abrazadas sin decir una palabra.

—Después de montar un follón tremendo para que mis colegas pudieran ir a bordo de «La Princesa» y recuperasen mis papeles, ¿lo hicieron? No. Entonces a Elena la veía más dispuesta a ayudarme. Te empujó al río, Trixie. Todos pensarían que se trató de un accidente y, en medio del alboroto, Elena se habría quedado con tu bolso y con los papeles. Pero tú —dijo apuntando a Honey con un dedo larguísimo— tuviste que entrometerte, y el plan fracasó.

—Luego, aquella noche, no me disteis tiempo para registrar vuestro camarote. Tuve que tirarme por la borda y alcanzar la orilla a nado. ¡Eso nunca te lo perdonaré!

—Creí que podría ocuparme de todo más adelante, pero todo salió mal. En todos los lugares en los que había planeado encontrarme con Bob, éste no pudo parar, entre unas cosas y otras. Entonces cometí un grave error, cuando los guardacostas detuvieron a Bob. Debería haber esperado. Seguro que fue entonces cuando entregaste los papeles a la policía. Ahora están en su poder.

—Yo movía una ficha, y tú te la comías. Y eso me desmoralizaba. ¡Y no aguanto que me desmoronen las cosas! Sólo

me interesaba un papel. Uno solo, más que ningún otro. El mapa del río. Y con él en manos de las autoridades, todo mi plan se va al traste.

—¿Y para qué nos sueltas todo ese rollo, Frenchy? —le interrumpió Juan Aguilera—. No eres ningún profesor de historia. Ya sabemos lo que ha pasado. Olvídalo. Lo que no sabemos es lo que va a pasar.

—Los gatos encuentran gran placer en jugar con los ratones —gruñó Lontard.

—Mientras tanto, ¿qué pasa con nosotros? —preguntó Juan Aguilera con frialdad—. Sabemos que la policía tiene los papeles. Para mí que te está costando un montón ir al grano.

—¡Silencio! —gritó Lontard.

—Tú a mí no me «silencias». Estoy harto de tus estúpidas órdenes. Y también estoy harto de tu piedad de telenovela, Elena. Voy a tenerme que ocupar yo, personalmente, de unos cuantos asuntos.

Lontard cogió a Aguilera por el brazo y se lo retorció hasta que dio un alarido de dolor.

—¡Me rindo! —dijo al fin—. ¿Qué vas a hacer?

Pierre Lontard se volvió hacia las muchachas.

—Lo que voy a hacer es concederos una oportunidad más de decirme dónde está lo que me pertenece. ¿Tiene la policía los papeles?

Ni Trixie ni Honey soltaron prenda.

Cuando Lontard habló otra vez, lo hizo con una voz fría como el hielo.

—Si no les habéis dado esos papeles a la policía, podéis decirme dónde están, y cuando los encuentre, entonces, y sólo entonces, os dejaré libres. Os soltaré en la carretera, y en menos de una hora volveréis a encontraros con vuestros amigos. ¿Los tiene la policía?

Trixie ni levantó la vista.

—¿Vais a decirme dónde están? —insistió con aire amenazador.

Trixie no contestó. No podía. Aunque hubiese querido decir algo, no habría podido; tenía los labios sellados por el miedo.

—En ese caso, no me dejáis otra alternativa. A Elena no le gusta la idea de que unas nenas acaben en el fondo del río, así que, como un favor, no haré eso —dijo con una sonrisa maligna.

—Ésa no es la razón —dijo la señora Aguilera—. Todavía me da más miedo, Pierre Lontard, adivinar lo que tienes pensado.

—¡Pero mira que me conoces bien, Elena! —dijo Lontard, y el sarcasmo aterrorizó a las dos amigas—. Los cuerpos acaban saliendo a la superficie, y lo hacen muy deprisa. Los pescadores dan con ellos demasiado pronto. No puedo correr ese riesgo.

—¿Entonces? —preguntó Juan Aguilera—. Lo que sea, hay que hacerlo rápido. Mientras estamos aquí charlando, la policía nos viene pisando los talones. Según tú, son demasiado estúpidos como para traducir esos garabatos que dibujaste en el mapa. Yo no lo creo. Tienen lo que llaman «criptógrafos», en el Gobierno. Puede que tú no sepas qué es eso. Es posible que el pájaro que manda en tu país no los tenga. Si tú dibujas a un tío con barba en este país, el criptógrafo no tardará en adivinar que se trata de San Pedro. Y lo mismo con el resto de tu obra de arte.

—No hay ningún indicio de que estén al tanto de nuestros negocios en el río —repuso Lontard—. Además, tengo muy claro que estas chiquillas no van a cooperar. Saldremos de aquí enseguida.

Cogió a Trixie del brazo.

—¿Recuerdas el caserón aquel, que se cae de viejo? ¿Ése que os sirvió de refugio durante la tormenta? Es un lugar estupendo… una residencia de reposo. Allí es donde vais a ir… un bonito paseo por el camino, y llegaréis enseguida, las dos.

Trixie se apretó contra Honey. Recobró la esperanza. Sus hermanos, Dan y Jim conocían el caserón. A lo mejor las buscaban allí. Las siguientes palabras de Lontard, sin embargo, la desalentaron.

—No será imposible albergaros en la casa, lamento deciros. La necesitamos para nuestros negocios. Pero cerca de la casa, bajando por un sendero, hay una cueva comodísima, y bien oculta. Allí seréis felices, lo sé. Por supuesto, habrá que volveros a atar, de pies y manos. Y con un pañuelo haremos que cerréis el pico. Eso por si acaso no os sentís satisfechas con las condiciones de vuestro alojamiento.

—Por lo que más quieras, Lontard, deja de dar discursos —gritó Juan enfadado—. Puede que te guste el sonido de tu voz, pero a mí me tiene harto. Si vas a llevarlas a esa cueva, hazlo. ¿Quieres que las ate ya?

—¡No! —gritó Lontard—. No voy a tener en cuenta tus despreciables comentarios… ya tendré tiempo de ocuparme de eso más adelante. Ahora, que se pongan a caminar. Yo cojo a ésta —dijo mientras le retorcía el brazo a Trixie—. Ofrece tú a la otra un brazo fuerte en el que pueda apoyarse, Juan. Sé un caballero, igual que yo, ¿ves?

Lontard sacó a Trixie de la timonera de un empujón y la arrastró escalones abajo.

Les temblaban las rodillas y tiritaban; sin apenas poder sostenerse en pie, las dos chicas siguieron tropezando con sus secuestradores. Trixie sabía que les aguardaba una muerte horrible, de hambre y de sed. *Nadie podrá encontrarnos en esa cueva* —pensó—. *Y, si lo hacen, será demasiado tarde. ¿Cómo pude meterme en ese coche con los Aguilera? ¿Por qué no insistí en esperar a los chicos? Ellos me habrían salvado. Ay, Brian… Dan… Mart… Jim…* Trixie lanzó un grito de terror.

Súbitamente, como por arte de magia, escuchó el silbido agudo del bob-white. ¡Luego otro! ¡Y otro!

Las dos cautivas respondieron a la llamada: ¡Bob-White! ¡Bob-White! ¡Bob-White!

La recompensa • 18

EL MIEDO Y LA CÓLERA se apoderaron de Lontard.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, y le tapó a Trixie la boca con la mano—. ¡No te atrevas a hacer ningún otro ruido!

—¡Estamos perdidos! —gritó la señora Aguilera—. ¡Ese silbido es la señal de su club! ¡Estamos rodeados!

Sonó un disparo en la playa. De repente, los dos hombres soltaron a las cautivas y, seguidos de cerca por Elena Aguilera, bajaron por el tablazón de cubierta… ¡dándose prácticamente de bruces con la policía! Fueron esposados de inmediato, y una lancha del Cuerpo de Guardacostas se los llevó.

El señor Wheeler, el señor Brandio y los cuatro chicos no hacían sino abrazar y besar a Trixie y a Honey, bendiciendo la hora en que las habían encontrado sanas y salvas.

—¡Estáis a salvo! —repetía una y otra vez, y no dejaba de repetir el señor Wheeler.

Por una vez, Mart no supo qué decir.

—Hemos traído a un médico con nosotros —dijo por fin el señor Brandio—. ¿Qué tal las ve, doctor? —preguntó al médico de los guardacostas.

—Estamos… estamos bien, papá —dijo Honey, y las lágrimas que le caían por las mejillas eran ahora de alegría—. ¡Pero ha sido horrible! Horroroso, papá. Me desmayé. Trixie fue mucho más valiente —se echó en brazos de su padre.

—Todo lo que hicieron fue… atarnos… de pies y manos… y amordazarnos… y tenernos así toda la noche —dijo Trixie recobrando la voz.

—¿Eso es todo lo que hicieron? —gritó Mart.

Pálido como la nieve, Jim declaró fríamente:

—¡Merecen algo peor que la muerte!

—¡La silla eléctrica se quedará corta! —añadió Brian.

—¡Como mínimo recibirán ese castigo! —dijo Dan—. Secuestraron a Trixie y a Honey.

Trixie, temblando de emoción al verse tan milagrosamente rescatada, preguntó:

—¿Cómo supieron dónde encontrarnos, señor Wheeler?

—Es una larga historia, cariño. Por ahora puede esperar. Primero quiero asegurarme de que ninguna de las dos ha sufrido ningún daño latente. ¿Doctor? —preguntó el señor Wheeler con voz vacilante.

—No veo indicios de nada serio —le informó el médico—. Todavía están aturdidas, y habrá que curar las heridas que les han producido las ligaduras. Quisiera que vinieran conmigo al hospital. Nuestra lancha nos espera allí.

—¡Al hospital no! —protestó Trixie. Honey se unió a su amiga —. Todo lo que queremos, señor Wheeler, es volver al motel y regresar a casa volando. Quiero ver a mamá. Y Honey a la suya. Creímos que no volveríamos a verlas.

—Como prefieras, cielo —dijo el señor Wheeler, mientras asomaban lágrimas a sus ojos oscuros—. Esto es, casi como prefieras. Necesitáis un buen descanso, conque iréis al hospital. Honey se desmayó, acuérdate. Ayer por la mañana tú estuviste a punto de ahogarte. Lo voy a pasar muy mal cuando intente explicar mi negligencia a tus padres, Trixie, y a tu madre, Honey. Regresaremos a casa tan pronto como podamos. Desearía de todo corazón no haberos traído conmigo a esta ciudad.

Trixie, arrepentidísima, se apresuró a decir:

—No se puede imaginar lo que siento haberme metido en ese coche con el señor y la señora Aguilera. Usted me advirtió que dejara que las autoridades se ocuparan del caso. ¿Me perdonará alguna vez? Toda la culpa fue mía, la pobre Honey no hizo más que seguirme.

—Tú no tuviste la culpa —intervino Honey—. Creías que estábamos siguiendo las instrucciones de la policía; olvidas que la señora Aguilera nos enseñó esa nota falsa del «Jefe Ogilvie». Tú sospechabas de ella, pero yo fui tan estúpida que creí que estaba de nuestra parte. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

—Vamos a dejarnos de culpas de momento —insistió el señor Wheeler—. Tenemos que dar las gracias de haberos encontrado

sanas y salvas. Y repito: lamento haberos traído aquí.

Uno de los guardacostas intervino, subrayando sus palabras:

—Es una pena lo que les ha pasado a estas dos muchachas. Han debido de pasar un mal trago. ¡Pero piense en lo que va a significar para el país!

—Ah, ¿entonces esa banda… la de Pierre Lontard… trataba de robar planos a la industria aeronáutica? Dígame, señor Brandio, ¿es eso? —preguntó Trixie.

—Aquí tiene la respuesta, señorita —contestó el marinero—. ¡Venga por aquí, y se lo enseñaré!

Las dos muchachas caminaron con paso vacilante por la cubierta. El guardacostas levantó un tablón. Allí había rifles… ¡cientos de rifles!

—¿Rifles? —preguntó Trixie asombrada—. ¿Y para qué quiere rifles alguien que está robando secretos espaciales?

Fue el señor Brandio quien contestó:

—En esta ocasión, el trío no iba detrás de secretos espaciales. Con esos rifles se proponían organizar alguna revuelta en algún país de América del Sur. Suponemos que debe de haber unos cuantos miles de escondrijos, además de éste, a lo largo del Mississippi. Los criptogramas aquellos mostrarán a la policía dónde se encuentran exactamente.

—Entonces, el mapa… ¡sí que era importante! —exclamó Trixie, muy nerviosa.

—¿Importante? Hacía muchos años que la policía no hallaba un documento de tanta relevancia —contestó otro de los guardacostas.

—¿Y fue el dibujo de San Pedro, en el mapa, el que les indicó dónde nos tenían secuestradas? —preguntó Trixie—. ¿Fue así como ocurrió? ¿Cómo nos salvaron?

—El dibujo nos fue de gran ayuda —respondió el guardacostas —. Eso, y otros datos.

—Ya os lo he dicho; lo entenderéis todo más adelante —añadió el señor Wheeler—. Ahora mismo lo que tenéis que hacer es acompañar al doctor. Las dos lo habéis pasado muy mal. Imagínate, Trixie… después de lo de la piscina y… ni siquiera me atrevo a pensar en lo que sucedió después. Tenéis que comprender que yo tengo que hacer lo que el doctor me diga. Necesitáis descanso.

—Sí, supongo que nos sentará bien —admitió Trixie, pero no

muy convencida—. Estoy tan contenta de que estemos a salvo que no siento ni el cansancio. Honey tiene que descansar, sí. Todavía no puedo creer que estemos libres… y vivas.

Trixie y Honey pasaron el resto del día y la noche en un hospital, cerca del aeropuerto. Prefirieron ir allí antes que al hospital militar de la Guarda Costera, y el médico no puso objeción alguna. Compartieron una habitación doble. Aliviadas por el rescate, aunque agotadas por el secuestro, y contentas de saber que pronto estarían en casa, las dos durmieron a pierna suelta.

Cuando ya habían dejado a las chicas en su habitación del hospital, Jim anunció a su padre y al señor Brandio:

—Los Bob-Whites no saldrán de este hospital. Nos quedaremos con las chicas, hasta que puedan salir. Si nos hubiésemos quedado a su lado, en lugar de haber ido a esa exposición espacial, Trixie y Honey estarían ahora bien.

—Yo también me quedo —dijo el señor Wheeler—. También tengo parte de culpa en el asunto. Creí que las chicas estarían seguras mientras vosotros ibais a la exposición. ¿Quién iba a pensar lo contrario… metidas en su cuarto como estaban? Pero Lontard fue más listo. Es un hombre desesperado… uno de los criminales más buscados del país. Aun sabiendo que está en la cárcel, se me pone la carne de gallina.

Así, pese a que el señor Brandio se oponía, aduciendo que se estaba haciendo todo lo posible por las muchachas, el señor Wheeler y los chicos se quedaron en el hospital. Pasaron la noche en la sala de espera. De vez en cuando echaban una cabezadita en los mullidos sillones, pero las pisadas de alguna enfermera, de algún doctor, los despertaban.

A la mañana siguiente, las chicas, el señor Wheeler, el señor Brandio y el Jefe de la Policía, Ogilvie, esperaban en el vestíbulo del motel. Ya habían hecho las maletas. En un aeropuerto de por allí estaban revisando el avión que les llevaría de vuelta a Nueva York. El coche del señor Brandio estaba fuera; esperarían hasta que les dijeran que el avión estaba a punto.

Trixie rompió el silencio.

—Todavía no me ha dicho nadie ni una palabra de cómo pudieron encontrarnos. A mí no se me ocurría nada para salir de allí. ¡Fue terrible! Cuando esos dos chicos cogieron la llave, recobré

la esperanza. Pero hasta esa poca esperanza se esfumó al oír a ese hombre decirles que la tiraran al río. ¿Qué pasó, señor Wheeler?

—Los chicos, por suerte, fueron unos cabezotas y llevaron la llave a un motel de la carretera. Le dijeron al director dónde la habían encontrado y que creían que había alguien dentro de la timonera. El director llamó a «La Posada de Vacaciones».

—¡Guau! —exclamó Trixie boquiabierta—. ¡Caramba! ¿Y luego?

Ogilvie, el jefe de policía, retomó el hilo de la historia.

—Entiendo muy bien por qué quisiste guardar la promesa que le habías hecho a ese chico, Lem, de Hannibal.

Trixie siguió sin cerrar la boca.

—Bueno, cuando hablé contigo, Trixie, supe que había ocurrido algo muy importante en la isla de Jackson. Y comprendí que, por alguna razón, no querías decirme nada. De modo que llamé a la comisaría de Hannibal. Lem y Soapy salían después de haberles hablado del papel que habían encontrado. Dijeron que uno de vosotros les había advertido de la posible importancia que el papel podía tener para los Estados Unidos. Después de darle vueltas al asunto, decidieron que había que hacer partícipe a la policía de su secreto. Y, por supuesto, el papel era importante. Era el eslabón que faltaba en la cadena. Con él, y con los criptogramas, no resultó difícil deducir que la banda de Lontard estaba trabajando al sur de Hannibal.

—Pero sigo sin saber lo que pasó después de que el director de ese motel llamara por lo de la llave —le interrumpió Trixie.

—A eso voy —dijo Ogilvie con una sonrisa—. Mirad, cuando Honey y tú empezasteis a trabajar en este caso, estorbasteis nuestras propias investigaciones. Creímos haber dado por finalizadas las pesquisas que llevaba a cabo la Agencia Belden-Wheeler, pero está claro que subestimamos el ingenio de Trixie.

—Oh, lo siento —dijo Trixie con humildad.

—No lo sentirás cuando haya acabado mi relato. Como te iba diciendo, estábamos casi seguros de que la banda de Lontard trabajaba al sur de Hannibal. Por cierto, su nombre no es Lontard. Ése es uno de sus apodos. Se llama Diego Martínez. Se hizo llamar «Frenchy», o «El Franchute», para despistar a la policía. Pero me estoy apartando del asunto.

—Pusimos un par de hombres en el cruce que llevaba a San

Pedro, y todas las llamadas telefónicas y la información iba a aquella comisaría. Cuando el director de ese motel nos contó lo que esos chicos le habían dicho sobre el viejo vapor, pasamos a la acción inmediatamente. A partir de ahí ya te puedes imaginar el resto. Los guardacostas ya estaban listos, en el río, con los motores en marcha. En menos tiempo de lo que me está costando contároslo, llegamos al vapor… y un minuto después podría haber sido demasiado tarde. Gracias al cielo que tenéis ese silbido de bob-white. Eso paralizó a Lontard y a los Aguilera hasta que nos echamos sobre ellos con las armas en la mano.

—¡Una vez más tuvieron que ser los chicos nuestros rescatadores! —dijo Trixie apenada—. Todo lo que la Agencia Belden-Wheeler hizo fue retrasar la resolución del caso, ¿no?

—¡Nada de eso! ¡En absoluto! —la interrumpió Ogilvie—. Desde luego no me hace ninguna gracia que dos chiquillas se metan en un asunto de intriga internacional, pero me veo obligado a felicitar a vuestra agencia de detectives, en este caso. Esa ocurrencia tuya de tirar la llave por debajo de la puerta fue genial. Si me permites el juego de palabras, fue la llave que nos abrió las puertas de todo… eso y el que te dieras cuenta, desde un principio, de que los papeles eran importantes.

A Trixie le brillaban sus ojos azules. Se incorporó, en la silla, para escuchar mejor.

Honey también era todo oídos.

—Sí, señora, los papeles que encontrasteis en vuestra habitación fueron el primer indicio que tuvimos de las operaciones de esta banda. El mapa, aparentemente, es sólo un dibujo garabateado por algún niño, pero posee un valor incalculable. Nuestro Departamento sabía desde hacía tiempo que se estaban mandando grandes cantidades de armas a varios países de este hemisferio. No sabíamos dónde estaban los depósitos, ni cómo las enviaban. Gracias a los planos y al mapa hemos montado el rompecabezas.

Trixie miró a Honey, exultante.

—¡Vaya!

—Ah, pero eso no es todo —continuó Ogilvie.

—¿Aún hay más? —preguntó Trixie emocionada.

—Naturalmente. Lontard o, mejor dicho, Martínez sí que quería, realmente, comprar algún viejo vapor. Era la tapadera perfecta para

su plan. Ha distribuido una considerable cantidad de armas en los distintos puntos marcados en el mapa. Para ello ha utilizado cuevas, casas abandonadas… media docena de escondrijos de diversos tipos. Terna pensado cargar todas las armas y la munición en el buque de vapor y llevarla hasta Nueva Orleans, para mandarlo todo desde allí a los distintos ejércitos insurgentes. Era un método de transporte único. Me pregunto si hubiésemos conseguido descubrirlo alguna vez si no llega a ser por vosotras dos. De modo que, ya veis, no podemos mostrarnos demasiado severos al criticar vuestras operaciones.

—A pesar de todo, siento muchísimo haber causado todo este alboroto —dijo Trixie—. Creo que su Departamento es magnífico. Estoy convencida de que tarde o temprano habrían acabado echándole el guante a ese Martínez, antes de que lograra sacar las armas del país.

—Tal vez —dijo Ogilvie—. En este momento nuestro Gobierno no estaba tan seguro de que tuvieras razón.

Trixie enarcó las cejas, extrañada.

—Es la verdad —explicó Ogilvie—. Cuando demos por cerrado el caso, y se tasen las armas que habían conseguido, te llevarás una sorpresa. Y sabrás que el Gobierno recompensa a la gente que aporta información sobre los delincuentes. El veinticinco por ciento del valor de esas armas irá a parar a vuestros bolsillos, chicas. ¿Qué os parece?

—¡Maravilloso! —exclamó Trixie contentísima—. Eso significa más dinero para el fondo que los Bob-Whites damos para la caridad.

—¿Y qué vamos a hacer con todo ese dinero? —se preguntó Honey, que no acababa de creérselo.

Mart se echó a reír.

—¡Mujer! No hará falta calentarse la cabeza. Hay media docena de instituciones donde dejar el dinero. Siempre está la UNICEF.

—O la Cruz Roja —añadió Brian.

—O la UNESCO —sugirió Dan.

Honey no podía ocultar el brillo de sus ojos.

—¿Sabéis qué haría yo con todo el gusto del mundo? He visto unas fotos, en una revista, de vietnamitas huérfanos. Era un anuncio; pedían a la gente que los adoptaran (no que se los trajeran a casa, sino que mandaran dinero todos los meses para cuidar de

ellos). ¿Creéis que los Bob-Whites podremos hacer algo así?

—Tal vez cueste un montón de dinero —dijo Trixie, poniendo en duda el proyecto.

—Vais a tener de sobra —dijo Ogilvie—. Vais a poder adoptar un huérfano vietnamita durante mucho, mucho tiempo.

—¿Os imagináis? ¡Los Bob-Whites, padres adoptivos de un niño de verdad! —exclamó Trixie—. ¡Pero qué fenomenal! ¿Votáis a favor? —preguntó a los chicos con gran entusiasmo.

Dan levantó la mano como un rayo. Y Brian. También Jim.

—Por mí vale, pero quiero que sea chico —dijo Mart.

—A mí me trae sin cuidado que sea chico o chica —dijo Trixie, que estaba en las nubes—. Supongo que dependerá de la agencia que se encargue de eso. Sólo por esto habrá valido la pena el viaje, ¿no, Honey?

Honey asintió enérgicamente.

Justo entonces llegó un mensajero para informar al señor Brandio de que el avión despegaría dentro de unos quince minutos.

Trixie fue la última en darle las gracias a Ogilvie, el jefe de la Policía, y decirle adiós.

—Ahora ya me voy contenta a casa —dijo—. Ha sido uno de los viajes más emocionantes… y encima le hemos sacado un buen provecho.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[1] El bob-white, que da nombre al club, es una perdiz; el macho de la especie tiene una mancha blanca en la cabeza que le da el nombre. (N. del T.). < <

[2] El pez aleta es típico del río Mississippi, y tiene la boca en forma de espátula. (N. del T.). < <

[3] El pez gato es el bagro o siluro. (N. del T.). < <

[4] Los Cajuns son gentes de Luisiana, descendientes de inmigrantes franco parlantes de Arcadia; también mestizos del Suroeste de Alabama y del Sureste del Mississippi. (N. del T.). < <

[5] La «National Geographic» es la revista científica más popular de los Estados Unidos. Trata especialmente de geografía e historia universal, pero con sencillez y abundancia de fotografías. (N. del T.). < <